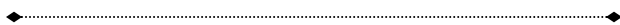
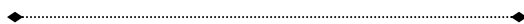


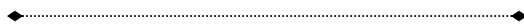
Juan Esteban Peláez



LOS JARDINES ROJOS



Y otros Nocturnos



Contenido

AGRADECIMIENTOS	3
LA BRUJA	4
EL HIPOGEO.....	9
EL ESPEJO.....	14
LOS JARDINES ROJOS.....	19
EL CASTILLO DE LA QUIMERA	28
LOS MUNDOS PRODUCIDOS POR LA MUJER	34
LA CANCIÓN DEL JUEGO	37
MILENA.....	40
EL JOLLÍN DE LAS BRUJAS	43
LA PESADILLA.....	48
EL TEMPLO SUBTERRÁNEO	52
VERBOTEN.....	56
EL DEMONIO EN LA MONTAÑA.....	58
YÚCIDA	62
LA DESAPARICIÓN DE AMANDA	76
EN BOCA CERRADA... ..	¡Error! Marcador no definido.
LA ARMADURA.....	¡Error! Marcador no definido.
ESQUIZOFRENIA.....	¡Error! Marcador no definido.

AGRADECIMIENTOS

Agradecería a mis maestros literarios sin dudarlo;
pero ahora reposan en camas de piedra.
O agradecería a mi orgullo, alto como
montañas, pero sé que se irá a los socavones
cuando su creador sufra el sueño perpetuo.

Mas tengo a quienes agradecer: A una mujer
que pisó el mundo diecinueve años antes
de mi primera visión, al hombre que la
enamoró y a las dos damas que me siguen y,
por las que gustoso, regaría mi sangre.

¿Pero vale la pena agradecer con algo que perdura
si en algunos años todos seremos polvo de estrellas?

Aun así, dedico estos cuentos tenebrosos
y estos relatos malsanos.

LA BRUJA

Hay ciertos temas que nos resultan fascinantes a causa del enigma que los envuelve. En la actualidad, con la maravilla de la tecnología y los efectos visuales, nos es posible todo; y en este momento ya nos asombramos poco, pues todo lo vemos alcanzable. Y, aun así, parecemos ansiar lo inexplicable, lo misterioso y lo que nos causa temor.

Todo esto me llevó a Boyacá, a la sede del Instituto de Investigación de la Biodiversidad Alexander Von Humboldt. En ese momento la casa estaba en restauración, por lo que casi todos los salones estaban cerrados a causa del mantenimiento; pero yo buscaba una cámara en especial, un cuarto oscuro en las entrañas de la edificación.

Todo se remonta a tres semanas atrás cuando conocí al teólogo Carlos Alberto Granados. Un buen amigo me lo presentó, pues sabía que me fascinaba todo lo relacionado con la Inquisición. ¿Y qué mejor compañero de conversación que el maestro Carlos? Casi de inmediato me envolvió con sus grandes conocimientos. Supe que había viajado a Zaragoza, España, y que allí había hecho una serie de estudios sobre el tema que me dejaron perplejo.

Así que empezamos a frecuentar un hermoso sitio llamado Salerno, en la carrera séptima. Allí permanecíamos horas hablando sobre juicios de la Inquisición. Uno de ellos, el más citado, era el de la Inquisición Española al mando de Isabel I y Fernando V. El enorme antisemitismo en este movimiento llamaba nuestra atención. Por el maestro Carlos supe que muchos judíos habían emigrado a Antioquia y se habían asentado. También supe que la Inquisición Colombiana no era más que una sátira, puesto que muchos judíos la dominaban.

Bien, cuando por fin el maestro Carlos me tuvo entera confianza, me reveló lo más preciado de sus investigaciones. En verdad lo consideré un tesoro. El maestro me aseguró que solo una persona como yo, con versados conocimientos del tema y con tantas ansias de aprendizaje, era digna de ver ese papiro. Era amarillento, azotado por los años; pero la inscripción en él era clara. Aunque con una caligrafía horrible y una ortografía no muy pulcra, daba a conocer un acontecimiento que resulta increíble y que estuvo en el anonimato. A esa clase de temas es a los que me refiero cuando digo que nos apasiona lo inexplicable.

El maestro Carlos ya lo había traducido casi por completo cuando me lo mostró. Al parecer no aguantó la ansiedad de darlo a conocer a una persona con sus mismos gustos. Como estaba escrito en español antiguo, tenía palabras como «agora», o se utiliza la «v» como «u». Pero el maestro ya tenía casi finalizado el escrito. Cuando me dio la traducción quedé pasmado.

Al principio pensé que podía ser una broma; pero la antigüedad del papel me hizo pensar lo contrario. Esa clase de papiros no podía conseguirse fácilmente en ninguna papelería de Bogotá, y ni con los mejores químicos podía ser añejado con tanta precisión. No había duda que era auténtico; pero ¿cómo comprobar que lo que decía era cierto?

Después de leer el pergamino no hice más que estudiarlo. Lo releí incontables veces, intentando ver algún indicio de fraude; pero jamás lo encontré. Intenté conocer a quien lo había escrito, pero fue poco lo que pude averiguar. Inclusive, logré llevar el pergamino a

algunos expertos que me afirmaron y juraron que era real; aunque nunca les dejé ver la traducción. Me guardaré, por respeto, los nombres de aquellas personas a las que consulté.

Después de que hice todas mis averiguaciones, el maestro Carlos, con una sonrisa de triunfo, me pidió el pergamino.

-No hay forma de comprobar que lo que dice en ese papel es real -asegué.

-Tiene la firma de un inquisidor, además del escudo de la Inquisición de Fernando V. No hay duda que inquisidores inspeccionaron el papel, y lo tomaron como cierto, al punto de firmarlo y dejarlo donde yo lo conseguí -me respondió el maestro.

Y no pude refutarle. Todo concordaba. Por más que me negué a esas «ridiculeces», no hubo forma de contradecirlas. Era innegable que el caso sí había sido inspeccionado por varias autoridades, y muy importantes. En ningún libro de historia está documentado este caso en particular, quizás por el mismo sortilegio que lo envuelve. La Inquisición no podía verse como incompetente, y por lo mismo, quizás nunca reveló el suceso. Pero un manuscrito sobrevivió, el mismo que tenía en ese momento en mis manos.

El texto había sido escrito por un hombre llamado Fernando Ibáñez, proveniente de la misma Zaragoza. No era de una familia prominente, y había viajado en una carabela a Colombia en busca de un mejor futuro. Después de trabajar un tiempo en Cartagena, resultó en las filas de la guardia del Convento de la Inmaculada Concepción, el ahora Instituto de Investigación de la Biodiversidad, en Boyacá.

El Convento fue fundado en 1613 por la comunidad franciscana. Pero a mediados del siglo XVIII empezó a entrar en decadencia por la falta de frailes. Después se convirtió en la comunidad de hermanos San Juan de Dios, en 1821. Sin embargo, durante ese ínterin sucedió el caso en particular.

En secreto, los frailes habían prestado las instalaciones del convento a la Inquisición, que en un intento de retomar los bríos gallardos que se sostenían en España, ya había juzgado cinco «marranos» (judíos) en el llamado Cuarto Oscuro; el mismo que busqué cuando llegué a las instalaciones. Llámese coincidencia o hechicería que fuese la víctima seis la protagonista del escrito; pues dicen que el seis es el número del Demonio. Fuese lo que fuese, así fue.

Ahora bien, cuando llegué al antiguo convento me maravillé con los amplios salones, los finos decorados, los enigmáticos retratos con marcos dorados, las finas vajillas y cubiertos, los duros catres que emanaban un olor a viejo, los amplios ventanales, los techos de teja, las paredes blancas, y más. Pero mi objetivo era ubicar el Cuarto Oscuro. Seguí al guía por toda la edificación, acompañado de un pequeño grupo de turistas, hasta que nos pusimos frente a un cuarto amplio con una vieja y pesada puerta de madera que tenía una argolla de acero negro. No tenía ventana alguna, ni tampoco lámparas, ni mesillas, ni sillas, ni un catre, nada.

Aunque mis acompañantes ni siquiera se inmutaron, yo sentí allí el aire frío y macabro de una cripta tenebrosa. Entonces supe que ése era el cuarto que tanto había buscado, e imaginé ver la silla de tortura frente a mí, y el potro de castigo contra la pared a mi derecha, y la mesa donde descansaban los instrumentos malignos que solo el deseo del Diablo o el ingenio del hombre pueden crear.

Y, aunque el cuarto estaba silencioso como una tumba, en mi imaginación escuché de repente unos desgarradores gritos que no cesaban. ¡Qué horrible sensación me produjo ese enmudecido y vacío cuarto! Las paredes heladas, la oscuridad densa, el aire gélido y estancado. Aunque no hay texto que asegure que la Inquisición haya estado en el Convento de la Inmaculada Concepción, supe de inmediato que allí habían sufrido las seis personas que Fernando describía en su texto. Y no tuve duda alguna del escrito del guardia, y supe que no podía explicar lo sucedido, simplemente debía aceptarlo, tal y como el maestro Carlos lo hizo.

El maestro ya había intentado falsear el texto, pero al igual que yo, había fallado. Solo podíamos releerlo, y dejar que nuestra razón se humillara ante esas toscas letras negras. Y ambos nos conmovimos por igual de la suerte de Fernando Ibáñez, que, según él mismo en sus palabras, había sido un «Títere del Demonio».

Aunque no escribiré el texto original, daré a conocer la traducción corregida hecha con tanto ímpetu por el maestro Carlos Alberto Granados. Él me permitió su publicación, y por ello le agradezco. El texto está lo más pulido posible, pues «tengo que aclarar que tenía una puntuación muy triste, y las palabras eran muy toscas» me dijo el maestro Granados.

12 de agosto de 1624

Aunque no sé escribir bien, no veo forma alguna de relatar los horrores que se han desarrollado en el convento. Al principio permanecí en silencio, ignorando las atrocidades que los inquisidores han hecho con los cinco marranos. Pensé que eso solo se veía en España. Pero la última hereje que llegó me ha partido el corazón. Es solo una joven de no más de veinte años. Tiene cabellos negros y tiene la cara curtida por el sol. Cuando llegó vestía harapos negros y malolientes, y sandalias de cabuya.

Ya tiene aquí dos días y, aunque parece analfabeta, sabe bien de las leyes de la inquisición, y se ha negado a admitir su herejía. Sabe que la inquisición solo tiene autoridad sobre los conversos; así que niega haber sido bautizada. El inquisidor Pedro Luis Borda está muy ofuscado, y ayer hizo que la llevaran al Cuarto Oscuro. Y, para mi desdicha, me ordenó que vigilara la puerta y que no dejara entrar a ningún franciscano. Durante toda la noche no hice más que escuchar los gritos y sollozos de la joven. Los alaridos se detenían de forma abrupta, y después se escuchaba un burbujeo y un salpicar, y después una bocanada de aire acompañada de un grito; supe que Borda la sometió al potro.

Hoy el inquisidor me despertó. No me dejó dormir ni tres horas. Me ordenó ir de nuevo a la puerta del Cuarto Oscuro. Allí, entre la puerta ajustada, alcancé a ver que la joven, cansada de llorar, ya estaba atada en la mesa que estira los miembros. No sé cómo aguanté el llanto que me produjo la congoja. Pido que no se sometan a las víctimas a esa clase de tratos. Es más, prefiero que las quemen antes de pasarlas al Cuarto Oscuro.

Después de eso hay unos garabatos indescifrables, y después sigue el relato.

13 de agosto de 1624

Hoy vi a la joven cuando salía del Cuarto Oscuro. La llevaba un franciscano del brazo, pues ella no se podía sostener a causa de la debilidad. Supe por otro guardia que le quemaron los pies con hierros al rojo. Jamás había repudiado tanto a una persona como a Borda. La cara de la joven estaba sucia y empapada de lágrimas. Los cabellos estaban vueltos una maraña y sus ropas estaban muy rasgadas. El franciscano, mordido un poco por lo que puede llamarse humanidad y compasión, le mitigó el ardor de las quemaduras con unas plantas y con agua. Pero cuando Borda lo descubrió lo insultó, y llevó de nuevo a la joven al Cuarto Oscuro. Todavía está allá.

En esa parte del pergamino hay un amplio espacio, y, deduciendo los acontecimientos según las fechas, el maestro Carlos y yo llegamos a la conclusión que el escrito estuvo guardado dos días en el cajón de Fernando. Y después viene esto:

16 de agosto de 1624

¡No aguanto más! ¡Maldigo a Pedro Luis Borda por ser tan despiadado con la joven! No ha hecho más que torturarla durante todos estos días, y me obliga a estar en la puerta para que ningún fraile entre. Sus gritos de dolor laceran mi alma. Ayer no pude aguantar las lágrimas, y lloré profundamente mientras escuchaba sus gritos de auxilio. Le pido a Dios Todopoderoso que la libre de ese mal y que la haga confesar que es una judía conversa. Pido a los ángeles que salven su alma, aunque sea una hereje. ¡Por favor, Dios mío! ¡¿Por qué no te la llevas o la haces confesar para acabar este suplicio?!

17 de agosto de 1624

Hoy, sin permiso del inquisidor Borda, entré al Cuarto Oscuro donde estaba la joven. Estaba sentada en la silla de tortura, con los grilletes férreos en las muñecas y en los tobillos. Al verle el golpeado rostro y las vestiduras desgarradas, no pude aguantar mi aflicción. Ella, maloliente, con una mirada cansada y con respiración estertosa me miró con detalle. -¡Por favor, admite que eres una judía bautizada y acaba con este dolor! -le exclamé en un acto desesperado. No pude aguantar más mi congoja. Ella sonrió, agotada, y meneó la cabeza. -Pronto -respondió. Y no dijo más. Salí del cuarto y no hice más que orar por ella. ¡Qué testaruda es! He llegado a tal punto de amargura, que he pensado en asesinarla yo mismo.

El último día se nota la desesperación de Fernando, pues al final del escrito su letra es mucho más apresurada. Se nota que su mano temblaba mientras escribía. El temor se percibe en tan angustiosas palabras.

18 de agosto de 1624

Hoy pensé que todo había acabado. El inquisidor logró sacar la confesión de la joven, y me envió a prepararla para quemarla. Fui al Cuarto Oscuro y la vi sentada en la silla de tortura. Los grilletes le tallaban las muñecas. Estaba muy descarnada, cansada y golpeada. Con una amargura indescriptible, le aflojé los grilletes de los pies. ¡Juro que solo desaté los de los

pies! Entonces ella me miró como si se compadeciera de mí. Me sonrió y pareció morirse, pues se desgonzó completamente. La cabeza le colgó y su cabello le cubrió el rostro. Sus manos se aflojaron, palideció y lanzó un suspiro postrero.

Creí que la joven había muerto por todo el castigo propinado por Borda; pero me sentí un poco feliz de que ella ya hubiera descansado. Un poco más calmado, aunque con lágrimas en los ojos, le di la espalda un momento para tomar las llaves que se me habían quedado en el cerrojo de la puerta. Las saqué y, cuando volteé, vi que la joven no estaba. ¡Juro que eso pasó! ¡Ella ya no estaba! La silla estaba vacía. No supe qué hacer. Era imposible que hubiera salido del cuarto, pues tuvo que pasar por encima mío para lograrlo. ¡Además estaba atada de las muñecas! ¡¿Qué sucedió?! Estoy encerrado en el Cuarto Oscuro, mientras Borda golpea la puerta. ¡¿Qué le diré?! ¡Me va a acusar de que la dejé escapar! ¡Juro que yo no lo hice! ¡Fui un títere del Demonio!

En ese momento la tinta pareció regársele sobre el papiro. Y finalmente esto:

¡Maldita Bruja! ¡Por ella arderé yo!

EL HIPOGEO

Pocas son las historias de amor que son exitosas. Todavía más escasas las historias de amor que provienen de la muerte y no son consideradas una tragedia. La historia que voy a relatar en este momento es una historia más que increíble, pues literalmente es una historia de amor que emerge de un mausoleo.

Conocí a Pablo en la universidad. Yo solo tomaba unos cursos de física, en cambio él ya estaba próximo a terminar la carrera de medicina. Pensaba especializarse como cardiólogo. Nuestra relación fue respetuosa siempre, aunque de vez en cuando nos íbamos de juerga.

En cambio, a María la conocí desde que tenía ocho años. Aunque hermosa, ella y yo nunca tuvimos una relación sentimental. Cuando sucedió todo lo que voy a relatar, ella estaba estudiando enfermería.

María y Pablo se conocieron en una reunión que hice. Yo mismo los presenté. Aunque casi de inmediato hubo una atracción, mi querida amiga ya estaba comprometida con un respetado abogado, hijo de un socio de su padre. Debo aclarar que María proviene de una familia muy prominente y adinerada.

La relación de ambos fue desarrollándose con el tiempo. Fue para Pablo una relación platónica, pues en secreto amaba a mi querida amiga. Yo de todo me enteraba, pues todo me lo contaba. María hablaba poco de su prometido. Incluso alcancé a pensar que no lo amaba de verdad. En cambio, cuando hablaba con Pablo sus ojos lanzaban destellos de alegría, y se sonrojaba con frecuencia. Yo la conocía bien, quizás mejor que nadie, y su risa nerviosa la delataba.

Pero ella ya estaba comprometida y no podía defraudar a sus padres. Así que, aunque no sentía un amor profundo hacia el abogado, se casó con él a los veintitrés años, apenas se graduó como enfermera. Yo fui a su matrimonio, pero Pablo no se sintió capaz de hacerlo. Su dolor fue intenso cuando supo del matrimonio de su amada, y desesperó.

Por buen tiempo dejé de verlo, pero me enteré que estaba entregado a una extrema degeneración, llevado por su mal de amores. Frecuentaba mujeres en ínfimos sitios, y amanecía en callejones miserables. Su aspecto parecía de pordiosero, y su lucidez mental se fue deteriorando con el tiempo. La imagen de María lastimaba su conciencia, por lo que se abandonaba a los alucinógenos y al alcohol.

Por otra parte, aunque María intentaba demostrarme felicidad, no lograba engañarme. La relación con su prometido habíase deteriorado con el tiempo, y ahora él la trataba de manera injusta. Ella, al ser hija única, era muy dulce y mimada, caprichosa y comprensiva; pero ahora era recatada, sumisa, incluso parca. La avidez y la felicidad parecían haberle sido robadas por el abogado que, seco y desdeñoso, la trataba como a un trapo viejo. Creo que incluso llegó a golpearla, pero nunca lo comprobé.

Cuando María y yo nos encontrábamos, ella siempre me preguntaba por Pablo. Yo le contaba con desilusión de lo que me enteraba, y ella parecía sentir un gran dolor. Era obvio, o por lo menos para mí era claro, que ella todavía estaba interesada en él. Su tono de voz la delataba.

Ahora bien, el tiempo pasó y la distancia con ellos empezó a crecer mucho más, hasta casi desentenderme por completo. No me hablé con ninguno de los dos por buen tiempo. Pero una noche de diciembre del año... no recuerdo el año, me llegaron noticias demasiado preocupantes. Supe que María estaba enferma y que deseaba verme a mí y a Pablo con urgencia. Aunque incómodo por la petición de mi amiga, el abogado no pudo negarle ese deseo a su amada.

El problema era en verdad ubicar a Pablo; pero debía hacerlo. No podía fallarle a mi amiga. Así que recorrí los peores sitios de la ciudad. Hasta que por fin lo encontré tendido en el suelo, arropado con harapos míseros, barbado, con el cabello enmarañado, sucio y descalzo.

Le hablé por varios momentos, intentando que entrara en razón; pero estaba dominado por la droga, y no le pude hacer entender lo que sucedía con su amada. Creo que ni siquiera me reconoció. Apesadumbrado, desistí y me dirigí con presura a la casa de María.

No puedo describir el dolor que sentí al verla postrada en la cama, temblando y debilitada. Tenía fiebre alta, y, según el diagnóstico de los médicos, nada se podía hacer por ella. ¡Qué ignorantes fueron los médicos que la vieron!

Mi amiga María fue enterrada en el panteón familiar, acompañada de su difunta madre y sus abuelos. Al parecer ella fue un horrible caso de enfermedad huérfana (sin diagnóstico), y sus padecimientos fueron en verdad dolorosos y angustiosos. La noticia me llegó un día gris, y en su funeral el cielo lloró como si de la tierra se hubiera desterrado a un ángel. Muchos otros la lloraron, pero hubo un alma solitaria que la lloró incluso más que yo, o que su padre, o que su esposo: Fue un simple indigente que tenía por pertenencias un carro de balineras y unas latas de gaseosa. Todos se impresionaron al verlo, y, aunque no se acercó, causó conmoción.

Ahora bien, antes de continuar debo aclarar que, aunque el hombre sigue inmolando amplios conocimientos de su entorno, hay todavía temas inexplicables. Un día después del triste funeral, Pablo, completamente limpio, vestido, afeitado y peluqueado, llegó a mi casa en medio de una tormenta. Lo hice pasar de inmediato. Tenía una actitud azarada. Caminaba de un lado a otro, miraba por la ventana la lluvia incesante y se tomaba la cabeza en señal de jaqueca.

-¿Qué pasa? -pregunté incómodo por su actitud. Incluso pensé que estaba hundido de nuevo en los alucinógenos.

Pero, por el contrario, me respondió con franqueza y severidad. -Tuve un sueño -me dijo-. Soñé con ella.

-¿Con María?

-Sí.

-Eso no es extraño -le dije-. Usted ha soñado con ella muchas noches.

-Esta vez es distinto.

-¿Por qué?

-Porque antes soñaba lo que deseaba soñar, pero este sueño está lleno de simbolismos, y creo que es una premonición.

-¿Y es que ya no la ama como para soñar lo que desea?

-La amo con todas las fuerzas de mi alma.

-Pero ya no está -le dije-. Es mejor que la olvide. Vuelva a los estudios y sea el mejor de los médicos para evitar que estas enfermedades sigan cobrando víctimas.

Él, todavía turbado, se sentó, se tomó la cabeza y dijo: -Si ha de creermme alguna vez en su vida, hágalo esta vez. No le pediré nada más. Solo créame y ayúdeme.

Dijo esto en tono tan profundo, que me sentí extraño, incluso comprometido a cumplirle.

-¿Qué soñó?

-Caminaba por un camposanto con ella de la mano. Me guiaba por entre las lápidas. Había millones de tumbas, como si todos los muertos de la humanidad estuvieran en ese cementerio. Entonces todas las tumbas se abrieron de repente, crujiendo, y de ellas salieron vapores verduzcos y fluorescentes, y olores inaguantables. «Mira las tumbas» me pidió ella. Las miré y vi que miles descansaban, pero había otros que no dormían, y no eran pocos. Algunos estaban en posiciones desesperadas, como si hubieran intentado desenterrarse.

-¿Era de día o era de noche? -pregunté. Hace mucho leí libros sobre los significados de los sueños, y suelo creer en esos significados.

-Había una terrorífica penumbra. El cielo estaba más negro que el petróleo, y no había nubes ni estrellas. Solo veía tumbas sobre los campos verdes.

-¿Entonces qué sucedió?

-Ella me señaló un hipogeo hermoso.

-¿El mausoleo familiar?

-Sí.

Cuando Pablo me dijo esto empecé a dudar de su razonamiento, pero lo dejé continuar.

-Me dijo: «Hay muchos que quieren descansar, pero hay otros a los que los obligan a descansar, como a mí».

-Espere...

-No, déjeme continuar -me interrumpió-. Entonces, como si un maleficio cayera sobre todo el mundo, las tumbas se cerraron de inmediato, y muchos de los que todavía no dormían lanzaron un lamento al cielo. Y al unísono todos gritaron: «¡Dios mío, no nos encierres más en estos sarcófagos, que todavía respiramos!». Entonces los vapores verdes entraron a las tumbas y acallaron todas las angustiosas voces. Y de repente todo fue silencio. El mausoleo de María también se cerró.

-¿Y ella qué hizo?

-No lo recuerdo. Soñé más, pero mi memoria no logra recordar todos los detalles del sueño.

-¿Y después?

-Soñé otro suceso, pero no lo recuerdo bien.

Permanecí en silencio un momento, pensativo. Yo creía con especial fervor en los sueños, más que todo en los simbólicos; pero el estado de Pablo no me convencía del todo. Las drogas y el alcohol habían hecho estragos en sus neuronas, y la pérdida de María había sido demasiado dolorosa. No supe qué decir por buen tiempo.

-¿Me va a ayudar? -me preguntó.

Lo miré, extraño. -¿A qué? -pregunté con escepticismo.

-Acompáñeme al hipogeo.

-¿Qué?! ¿Está loco?!

-Sí, pero de amor por ella -respondió.

-No -respondí casi de inmediato.

-Solo acompáñeme -me pidió.

-¿Qué desea hacer?

-Solo tomar un mechón de su cabello. Pero debo hacerlo ya, pues no resistiría ver a mi amada podrida en ese nefasto sepulcro.

Suspiré, pues el deseo de mi amigo era en verdad simple, aunque profundo sentimentalmente. Me negué al principio, pero no pude hacerlo por mucho tiempo, pues la desesperación de Pablo por un simple mechón de cabello me causó más compasión que furia. Además, pensé que simplemente iríamos al mausoleo, que estaría cerrado, y entonces nos devolveríamos.

Salimos en medio de la lluvia hacia el cementerio. Conduje por las calles más solitarias para evitar ser visto, y me parqué a dos cuadras del panteón. El nerviosismo crecía en mi ser a medida que me iba acercando al cementerio. De vez en cuando veía la lámpara del guardia, y temía ser descubierto. Creo que no exagero si digo que fue la primera y única vez que hice un acto fuera de la ley, pues toda mi vida he querido seguir un modelo correcto; pero no me arrepiento.

Saltamos el muro del cementerio (que era muy bajo) y pasamos por entre las lápidas al amparo nocturno, hasta llegar al hipogeo. Para mi desdicha, el pesado portón todavía estaba abierto. Aunque pensé que habíamos hecho mucho ruido, el guardia pareció no darse cuenta. Bajamos las escaleras de la terrorífica cripta y llegamos hasta el barnizado féretro. Lo abrimos y allí la vimos.

Aunque fue hondo mi dolor cuando supe de su muerte, más dolor sentí al verla allí, inmóvil, maquillada y envuelta en la mortaja. Parecía dormida y se veía hermosa. Estaba muy pálida, pero no tenía el color morado del beso de la muerte en sus labios, ni estaba tiesa como pensé que iba a estarlo. Entonces Pablo tomó las tijeras y le quitó la mortaja del rostro. Le dijo cuánto la amaba y le besó la fría frente. Le acarició el rostro y se dispuso a cortarle el mechón del negro cabello.

Pero en ese momento ella abrió los ojos, como si volviera de un paroxismo espantoso. Incluso pareció que sus pupilas iluminaron el ennegrecido recinto. Al verla despertar yo arrojé la linterna, llevado por el pasmo y el terror, y me lancé hacia atrás, aterrorizado y gritando.

Mas la sorpresa de Pablo fue todavía más intensa. Quedó petrificado por el miedo de ver a su amada volver del eterno descanso. Su rostro palideció como si toda la sangre hubiera ido a su corazón, y este último empezó a agitarse con extrema violencia.

Pero ella no volvió cuerda del todo. ¿Y cómo culparla? Debe ser terrible despertar de repente en una cripta oscura, en medio de una tormenta furiosa y rodeada de sarcófagos familiares. Entonces María lanzó un grito de pavor, un grito siniestro y cavernoso que produjo ecos fantasmales en el mausoleo, y se esparció con el viento por todo el camposanto, mientras subía en agudos decibeles. Y, en segundos, llegó el guardia armado; pero al verla a ella sentada, envuelta todavía entre la mortaja blanca, gritando y con la respiración estertosa, quedó inmóvil, y se aterrorizó.

Bien, a mi amiga María le habían diagnosticado una enfermedad desconocida, pero también sufría de catalepsia. Cuando la enfermedad hizo que sus funciones nerviosas, circulatorias y digestivas se hicieron imperceptibles, se diagnosticó su muerte. Pero ella no estaba muerta. En ese momento entendí con detalle el sueño que había tenido Pablo. ¡Ella había sido enterrada viva! Apenas sintió que Pablo le mecía el cabello y le acarició el rostro, volvió de tan horrible letargo, y se espabiló.

Después de rehabilitarla con fuertes drogas, ella nos relató lo que había sucedido.

-De repente ya no sentí frío, ni dolor, ni al mundo que me rodeaba. Poco a poco fui entrando a un sopor de desasosiego, a un sueño apático que poco a poco me fue aislando de la realidad. No abrí los ojos porque me sentía incapaz de hacerlo. De repente no me pude mover, y me sentía tan cansada que simplemente no tenía las fuerzas necesarias ni siquiera para subir mis párpados.

De vez en cuando sentía una voz familiar, o un leve zarandeo, como el que sentí cuando me llevaron hasta el hipogeo. Sabía que estaba viva, pero no podía hacer nada, ni sentir nada. Entonces en mí se incubó un horrible desespero por gritar: ¡No me entierren, no todavía! Y recuerdo que una frase se me cruzó varias veces por la mente: «Hay muchos que quieren descansar, pero hay otros a los que los obligan a descansar, como a mí». Entonces, de súbito, sentí las cálidas manos de mi amado Pablo, y volví de la negrura del sueño.

Hermosas fueron las confesiones de ambos. Después de unas vidas alejadas, ambos aceptaron que no se habían podido olvidar. María relató lo infeliz que fue su matrimonio, y Pablo la tormentosa vida en la que se hundió después de saber del compromiso de su amada. María no dejó de agradecerle a él por haberla sacado de la tumba, y quizás eso tuvo que ver mucho en los acontecimientos posteriores.

Después de volver a la normalidad, María se enteró que su marido tenía una amante. Cuando el abogado la vio, se desmayó a causa de la sorpresa. Ella, en cambio, sonrió. Al tiempo se separaron legalmente, y, apoyada por su familia, se casó con Pablo. Ahora viven juntos, y cada vez que los veo me alegro, pues sus rostros brillan de alegría.

Él terminó sus estudios de medicina y se especializó en enfermedades huérfanas. María le ayuda en todo, pues es enfermera. No volví a saber sobre algún otro ataque de catalepsia por parte de ella, y eso me alegra. Admito que es difícil ver una pareja tan feliz por tanto tiempo.

Me gusta pensar, de vez en cuando, en tener un amor y hacerlo volver de los pozos de la muerte, y robarlo al cielo, simplemente para que se quede conmigo en la tierra y me haga feliz. Así pienso que es la relación de Pablo y de María. Pienso que Pablo le arrebató al cielo un alma que deseaba ser feliz en este mundo y no detrás de las nubes. Aunque me gusta pensar más que fue ella quien lo subió al cielo, y no él quien la bajó a la tierra.

EL ESPEJO

Aunque muchos gemelos disfrutaban ser lo que son, ese no es mi caso. Para mí, el ser un gemelo resultó una maldición.

Cuando niños, mi hermano Darío y yo éramos inseparables, pues a edad temprana todavía disfrutábamos el ser distintos a los demás. En el colegio realizábamos bromas, aun a los profesores, pues nos hacíamos pasar por el otro, y nos jactábamos de nuestras travesuras al llegar a la casa. A veces, aunque uno de los dos disfrutaba, el otro tenía que aguantarse algún regaño a causa de una mala calificación o de alguna travesura que el otro había ejecutado, y allí venían los conflictos.

Darío y yo, aunque físicamente éramos iguales, teníamos personalidades completamente diferentes. Yo era más cauto, conservador y tímido. En cambio, Darío era extrovertido, alegre y muy buen conversador. Cuando realizábamos estas bromas teníamos que fingir, pero a mí, por supuesto, se me hacía más complicada la empresa. Por otro lado, yo era mucho mejor en los deportes, y era en esas situaciones cuando él tenía que esforzarse, y yo simplemente disfrutaba.

Los años de colegio fueron en verdad alegres. En ese tiempo ambos vestíamos igual, nos peinábamos igual y hablábamos casi igual, aunque los temas y los ademanes eran distintos. A menudo Darío me defendía de los bravucones de grados mayores, y yo le ayudaba con las tareas de biología y química, pues él no era muy bueno para resolver esos problemas. Recordar aquellos tiempos me da nostalgia, pero ya no hay vuelta atrás.

Después de graduarnos nos separamos un poco más. Él se dedicó a la vida nocturna, a las fiestas y a otros delirantes placeres, mientras yo empecé a trabajar con un tío en una tienda. Muy pocas veces Darío me convencía para que lo acompañara a una fiesta, y cuando yo aceptaba, a las horas estaba arrepentido, pues se repetía siempre la misma situación: Darío y yo teníamos gustos similares por las mujeres, y toda mujer que me gustaba también le gustaba a él. Así que siempre se formaba una competencia, y yo siempre perdía.

Sin embargo, todo cambio cuando Darío y yo conocimos a Ana. Nos la presentó un amigo de la familia. Apenas la conocimos ambos quedamos encantados con su belleza y la dulzura que irradiaba. ¡Qué hermosa! Pero, aunque hermosa, fue la causa de la desgracia. Ya se pueden imaginar lo que sucedió, pero hay un suceso que me hace pensar que finalmente enloquecí, dejándome caer presa del delirio, del gusto y de la densa oscuridad que suele engendrarse en los corazones amorosos.

Al principio, mi hermano y yo íbamos juntos a visitar a Ana. Pero con el tiempo el sentimiento de amor hacia ella se incrementaba en nuestros corazones, y, por lo mismo, empezamos a visitarla por aparte, intentando evitar que el otro se diera cuenta. Yo intentaba hablar de temas personales, pero cuando Ana me decía que Darío la había ido a visitar yo me enervaba, y empezaba a difamar contra mi propio hermano. Él también hacía lo mismo. Así, poco a poco empezó a formarse una rencorosa rivalidad.

Los días pasaron, pero los celos y la competencia se incrementaban en vez de mitigarse. El gusto por Ana crecía a medida que pasaba el tiempo, y el odio hacia mi hermano se fortalecía, creando un profundo abismo de furia y envidia. Ahora pienso que el origen de tanta furia era mi inseguridad, pues temía que Darío me venciera esta vez.

Así que un día, colérico por una visita y un regalo que Darío le dio a Ana, visité el mundo nocturno, y me abandoné a los tóxicos alucinógenos que excitan la mente y turban la paz. A esas horribles drogas las acompañé con botellas de ron. Todo esto me dejó extasiado y en un punto nublado del cual solo alcancé a recuperar retazos de mi memoria. Sin embargo, en mi momento final recordé lo sucedido.

Entre esas vagas imágenes recuerdo que Darío llegó a altas horas de la noche. Llegó embriagado porque había ido a celebrar su enorme triunfo sobre mí. Yo en ese momento no sabía nada, pero él, bonachón y sátiro, se sentó a mi lado, me abrazó y me dijo que había logrado lo que yo nunca hubiera podido lograr: Ahora Ana era su novia.

Esas palabras despertaron en mí una especial furia, y en mi interior crecieron la ruina y el caos, como si el mismísimo Érebo se extendiera en mi pecho, quemándolo de amargura y dolor. Estábamos solos, pues mis padres se habían ido a un viaje vacacional, y volverían en una semana y media. Cuando él me dijo eso estábamos en la sala, tumbados en el sofá a causa de nuestros estados. En esos momentos la memoria se me tornó difusa.

Cuando desperté vi que todo estaba en calma. La sala estaba tal y como la recordaba, por lo que deduje que no había tenido ninguna riña violenta con Darío. Había cuatro botellas de cerveza sobre la mesa, por lo que supuse que mi hermano me había brindado más alcohol. Entonces recordé lo que Darío me había dicho, y lo maldije. Subí las escaleras dispuesto a darle un puñetazo en el rostro por haber logrado lo que yo no pude; pero cuando entré a su cuarto vi que no estaba. La cama estaba tendida y las cortinas abiertas, como si Darío no hubiera dormido en el cuarto. Bajé las escaleras y lo busqué por toda la casa. Grité su nombre varias veces, pero no había rastro alguno de él.

La casa estaba en perfecto orden, incluso tenía un aroma a perfumes. El suelo estaba encerado y las mesas desempolvadas. Todo era muy confuso, pero se hizo aún más confuso cuando noté que en la sala había un gran espejo de marco dorado y labrado con extraños tribales. No recordaba ese espejo la noche anterior, y estaba casi seguro que nunca lo había visto.

La duda se apoderó de mí con gran ímpetu. No entendía la razón de ser de ese hermoso espejo. El cristal estaba muy lustrado, y noté que estaba pegado a la pared, lo que se me hizo todavía más extraño. Intenté recordar una y otra vez la existencia de ese espejo, pero no lo logré. A mi cabeza llegaron varias conjeturas, como por ejemplo que Darío lo hubiera comprado la noche anterior, pero ¿cómo lo había instalado? El espejo era un poco más alto que yo, y esa empresa era de por lo menos cinco horas mientras se secaba el pegamento y se cuadraba el marco dorado y hermoso.

El día pasó lento. Una horrible resaca me azotó hasta el atardecer, acompañada de un ardiente vómito y una sed insaciable. Ya al anochecer, aunque todavía estaba dolido por la situación,

empecé a preocuparme por mi hermano. Darío no solía perderse, y una extraña sensación en mi interior me incomodaba y me trastornaba, como si un designio maligno abrigara mi entorno y el de mi hermano.

Darío no apareció los dos días siguientes; pero, aunque yo siempre cerraba las cortinas de su cuarto por la noche, al amanecer estaban abiertas de par en par. Esto me hizo pensar que Darío llegaba a altas horas de la noche a dormir y se levantaba antes que yo para salir de nuevo de la casa. Este pensamiento me tranquilizó un poco. Además, la tercera noche sentí pasos en el pasillo, y sentí el abrir de la puerta de su cuarto, así que me calmé completamente. Sin embargo, al día siguiente él ya no estaba, su cama estaba tendida y sus cortinas blancas abiertas de par en par.

Esta situación duró otros días más. Parecía que Darío me tuviera miedo, pues no se dejaba ver de mí, aunque se dejaba sentir. Entonces empecé a especular que quizás la noche de mi delirio le había hecho o le había dicho algo que lo había herido de sobremanera. Incluso pensé que podía haberlo amenazado de muerte, y que por eso me evitaba a toda costa.

Por lo mismo, le escribí una carta pidiéndole disculpas y se la dejé sobre la cama. Al día siguiente me desperté, pero él no estaba. Sin embargo, me tranquilizó el saber que había leído la carta, pues ya no estaba allí.

Ahora bien, por otra parte, en el primer piso empezó a rondar un hedor agrio y pestilente. Pensé que era el olor de las drogas consumidas, pues ese fastidioso olor parecía no tener origen alguno; se esparcía por todas partes como una peste. El hedor se hizo tan intenso que varios vecinos empezaron a quejarse. Así que llené la casa de pebeteros y aromatizantes, hasta que por fin pude mitigar el olor.

Bien, llevado por una extraña sensación y un profundo sentimiento, me empecé a mirar constantemente en el espejo, quizás intentando ver a mi hermano en mi reflejo. Esta situación me estaba incomodando mucho, y él ya me hacía falta. Miraba mi reflejo detenidamente, mientras intentaba explicar la llegada de ese hermoso pero enigmático espejo.

Y, en un impulso, fui a la peluquería y me corté el cabello como Darío, quizás esperando ser como él, o para mitigar su distanciamiento. Y después empecé a imitar sus ademanes, perfeccionándolos mientras me miraba en el espejo. Aunque me costó algunos días, logré imitar sus muecas, sus expresiones y hasta su tono de voz. Entonces pensé en hacer una prueba para ver si podía imitar perfectamente a Darío, como antes en el colegio. Así que invité a Ana a la casa.

Apenas ella llegó, empecé mi actuación. Al principio, nervioso por mi broma, sentí mi propio acento fingido, pero ella no pareció notarlo, así que empecé a actuar con más calma. A menudo utilizaba ademanes y expresiones de mi hermano, pero a veces actuaba como yo mismo. Sin embargo, Ana no parecía darse cuenta.

-¿Y dónde está tu hermano? -me preguntó sin saber que era el mismo con quien hablaba. Sentí una gran alegría al escuchar mi nombre de esos hermosos labios. Entonces supe que podía obtener información, y me animé.

-No lo he visto hace buen tiempo -respondí-. Ya estoy preocupado por él -añadí.
-Espero que esté bien -me dijo, alegrándose todavía más.
Pero yo debía actuar como Darío, así que de inmediato fruncí el ceño.
Ella lo notó y se apresuró a decir: -No vamos a pelear de nuevo por ese tema.
¡Habían peleado por mí! ¡Qué felicidad! Cada vez me convencía más que esto había sido una buena idea. -No pelearé de nuevo -dije secamente.
Entonces ella se lanzó a mis labios y me dio un beso. Quedé atónito, pues no podía contener la alegría. ¡Había besado a la mujer de mis hermosos sueños!

La conversación se prolongó por varias horas, aderezada de vez en cuando con un dulce beso. Así llegó el crepúsculo púrpura y misterioso. Entonces me levanté del sillón para ir por dos jugos a la cocina. Cuando volví vi que Ana estaba meciéndose el cabello mientras se miraba al espejo. Era vanidosa, además de hermosa, y sonreía constantemente al ver su reflejo.

Fue en ese momento donde la mente me empezó a realizar horribles jugarretas. Me puse detrás de Ana, mirando mi reflejo tras el de ella. Pero, por extraño que parezca, pensé por un momento que no era yo quien se reflejaba en el cristal. Sentí, de manera misteriosa, que era Darío quien estaba tras Ana, mirándome con rencor por haberle usurpado su lugar. Sus ojos refulgían de ira, y tenía sus dientes apretados y sus puños crispados. Parecía haber vuelto después de haberse escapado a Hades, sediento de venganza. Un aura roja parecía cubrirlo, formada por una furia bestial. Incluso pensé que el espejo se rompería y él saldría dispuesto a estrangularme. Temí, pero al ver que Ana no notaba nada, olvidé el suceso. Le pedí que nos sentáramos de nuevo en el sillón, y seguimos nuestra velada.

Y cuando el frío brillo de la luna bañó las calles y las casas, mis padres llegaron de sus vacaciones. Mi padre traía una cama desarmada, y dejó las tablas recostadas contra una silla, exactamente frente al espejo.

-¿Y este espejo? -preguntó él.

Yo dudé, y un sudor frío bañó mi frente; pero astuto, respondí: -Lo compramos mi hermano y yo.

-Es muy lindo -respondió mi madre con su característico tono suave y musical.

Entonces, para cambiar de tema, presenté a Ana como mi novia.

Ella, muy educada, saludó a sus suegros.

-¿Y tu hermano? -me preguntó mi madre.

Dudé de nuevo, pero, presa de la bestia infernal que dominaba los negros recónditos de mi mente, volví a responder con inteligencia: -Dijo que se iba de paseo. No lo he visto en muchos días, y estoy preocupado por él.

Pero apenas acabé de decir esto, escuché un susurro furioso que decía: «Mentiroso». Entonces miré al espejo y vi de nuevo a Darío, mirándome con extrema furia desde el interior del cristal. De inmediato miré a mis padres y a mi amada Ana, pero al parecer solo yo podía verlo y oírlo. Lo digo porque mi padre volvió a examinar el espejo, y en vez de ver lo que yo vi, se vio él mismo, se peinó con la mano y se quitó unas motas que tenía en su chaqueta verde.

¡¿Qué diablos me pasaba?! ¡¿Qué había pasado la noche en que me abandoné a los venenos del placer y del horror?! ¡¿Dónde estaba Darío?!

Creo que fue notoria mi preocupación, pues Ana me abrazó y me preguntó al oído: -¿Sucedo algo malo?

-No -me apresuré a responder mientras, temeroso, miraba el cristal del espejo. El marco dorado brillaba con un lustre majestuoso, y el vidrio relucía impecable.

Entonces mi padre me pidió que le ayudara a subir las tablas. Yo, atemorizado, acepté de inmediato, y Ana también se apresuró a ayudar. Pero, en una jugada maligna del destino, la torpeza de mi amada Ana hizo que me diera cuenta de todo lo que había sucedido en esa noche macabra.

Cuando Ana fue a tomar unas tablas, se escucharon unos pasos acelerados en el segundo piso, como si alguien quisiera correr a esconderse. Ana se asustó, pues pensó, al igual que todos, que yo, o supuestamente yo, había estado arriba todo el tiempo. Entonces Ana se movió bruscamente y una de las tablas se resbaló de costado, cayendo contra el espejo y rompiendo el cristal, produciendo así ese tintineante sonido de vidrios rotos. Pero de las entrañas del enigmático espejo emergió un cuerpo corrompido, con la carne azulada y un gran coágulo en la desgonzada y colgante cabeza. Cayó inerte a los pies de mi atónito padre, que de inmediato me miró. Y mi madre y mi amada Ana clavaron su aterrada vista en mi pálido rostro.

La espantosa noche, furioso por las provocaciones de mi hermano, tomé un candelabro y lo golpeé en la cabeza hasta matarlo. Entonces, excitado por los tóxicos, salí a la calle y vi en la basura un espejo casi nuevo. En ese momento se me ocurrió una idea: Sabiendo que podía romper la pared de madera de la sala con el hacha, hice el hueco con una fuerza sobrehumana, y allí oculté el cadáver. Tomé el espejo y lo pegué a la pared para ocultar a mi hermano. Confundí el hedor a muerte con el olor a drogas, y por eso me apresuré a aromatizar la casa. ¡Yo maté a mi hermano! Pero la vida es curiosa y sarcástica, pues fue el motivo de mi crimen el mismo que me entregó a los verdugos: Mi amada fue quien rompió el cristal y descubrió el cuerpo.

Sin embargo, después de recuperarme un poco del pasmo, vi el cuerpo y noté que tenía rasgos extraños. Yo me había cortado el cabello para parecerme a él, pues yo lo tenía un poco más largo. Pero ahora ese infame cadáver tenía el cabello largo, como yo lo tenía antes, y tenía mi ropa y mis zapatos, y tenía mis mismas facciones. ¡Me había emparedado!

LOS JARDINES ROJOS

¡Vampirismo! ¡Vampirismo! ¡Vampirismo! Los Vampiros son en verdad un tema enigmático, misterioso y fascinante. He estudiado las historias de los Vampiros por años. La de Elizabeth Bathory es una de mis favoritas. Es increíble que la vanidad de una Condesa pueda llegar a tales extremos. La Condesa Elizabeth asesinaba a sus criadas para llenar sus tinas con sangre. Esto lo hacía porque ella, por algún misterio, llegó a pensar que la sangre era lo que preservaba la belleza.

Pero la fantasía llegó con Bram Stoker y su gran obra Drácula. Podemos citar también a alguien más contemporáneo, como Anna Rice. Y así podría llenar hojas enteras sobre hermosas historias Vampíricas que, aunque antes eran ocultistas, ahora son comunes.

Todo esto lo cito porque a menudo doy rienda suelta a mi imaginación. Más joven sufrí de lo que podemos denominar «Vampirismo Psicológico». Mi vida volvióse netamente nocturna, y empecé a amar el mundo gótico. Confesaré que bebí el líquido rojo, pero mentiría si digo que sabe mejor que un jugo de mora.

También empecé a frecuentar bares oscuros, escuchar música estridente y conversar con personas que tenían gustos semejantes. Me dejé crecer el cabello y me compré unos lentes de contacto amarillos; aunque casi nunca me los ponía por la incomodidad. Pero esa época poco a poco fue cambiando, mas no mi pensamiento. Aunque dejé de actuar de la manera ya mencionada, no dejé de fascinarme por las historias de Vampiros.

Ahora, si los Vampiros fueran reales la situación sería un verdadero problema, pues se acabaría ese misterio que los envuelve. Serían temidos como un asesino y no como un enigma, o perseguidos como panteras en vez de ser perseguidos como fantasmas. Sin embargo, yo buscaba cualquier pretexto, símbolo, acción, metáfora o imagen para atar mi obsesión hacia el ocultismo con la realidad. Y, de ese intento de unir dos mundos, nació la aventura que aquí voy a relatar.

Primero debo aclarar que, aunque poseo gran imaginación, también tengo una gran lógica, y no dejo que la fantasía nuble la realidad con facilidad. Y, sin embargo, después de mi primera y última visita a la mansión, no hago más que suspirar para que los casuales invitados me escuchen, y evito a toda costa mirar hacia abajo, hacia la hierba, para no encontrar la imagen que alimenta mis pesadillas, aun cuando todavía estoy despierto. Evito una hórrida y turbia visión que torna azarosos mis pensamientos y hunde mi alma en amargas sensaciones.

Bien, conocí a Lucía en una conferencia sobre historia Eslava. Cuando la vi sobre la tarima, con ese cabello blondo y esos ojos verdes como esmeraldas, me sentí desfallecer. No quiero parecer un conformista, mucho menos un resignado, pero Lucía es de esas mujeres inalcanzables, las mismas que saben que son hermosas y que, por lo mismo, son perdonadas de cualquier infamia.

Sus ojos brillaban con fervor mientras hablaba de un tema que dominaba a la perfección; pero en esas mismas lagunas verdes había una luz de entera experiencia. Sus ojos verdes

parecían haber visto siglos completos. Mas no eran solo sus ojos los que delataban la extrema astucia que poseía, pues su voz era segura, aunque dulce y tranquilizante. Su cuerpo, en cambio, era juvenil, voluptuoso y provocativo, como ese tentador manjar que el Demonio deja a los Ángeles en el umbral del Infierno para después engullirlos.

No alargaré la historia contando todos los detalles de cómo nos conocimos. Simplemente nos empezamos a ver con frecuencia, pues ambos compartíamos muchos gustos. Y yo, dando rienda suelta a mi creatividad, siempre la comparaba con las Vampiresas que relataban las historias antiguas. ¿Y cómo no hacerlo? Lucía tenía todas las cualidades: Era hermosa, astuta, ingeniosa, inteligente, culta, educada y adinerada. Era la mujer perfecta, y se jactaba cuando la comparaba con una Vampira, pues se sentía halagada. Recuerdo que sonreía y se pavoneaba cuando le decía: «Tengo al frente una Vampiresa».

Además, recuerdo que otro de los puntos de comparación era su tersa piel, pues tenía especial irritación al sol. Por lo mismo, cuando el día era soleado ella salía con su sombrilla negra y sus lentes oscuros. A veces, cuando se exponía al inclemente sol, la blanca piel se le tornaba rojiza, y un dolor abordaba su cabeza.

Sin embargo, esto pasaba muy poco. Por el contrario, la piel de Lucía permanecía casi siempre limpia, sin ninguna mancha. Ella entera parecía ser una escultura de nieve. Por tener la piel pálida, los labios de Lucía se veían de un rojo muy intenso. Eran carnosos e invitaban al dulce beso. Y sus facciones gráciles le daban porte atractivo y desdeñoso. ¡Oh cómo se ensañó la belleza con ella!

Sin embargo, aunque no puedo negar mi gusto por ella, siempre tuve en cuenta que era para mí lejana como Antares. Ella era solo un cantar de Sirenas. Y ella lo disfrutaba; eso lo recuerdo con nostalgia y a la vez con furia. Recuerdo que ella, sabiendo que me encantaba, me guiñaba el ojo de forma pícara, y me acercaba el rostro hasta que podía sentir su dulce perfume. Me miraba los labios con frecuencia y lanzaba una sonrisa seductora, mientras reflejaba mi mirada con una expresión impúdica. Todo esto me hacía desfallecer y agitarme en ardorosas sensaciones, pues ningún hombre, por más enamorado que esté, puede resistirse a tales placeres.

Y recuerdo una vez que, presa de mi ardor oculto, me lancé a sus labios cuando ella se acercó para hablarme, como lo hacía a menudo. Entonces volteó la orgullosa cabeza y curvó los sonrosados y húmedos labios con una expresión triunfal. Disfrutaba provocándome, y ambos lo sabíamos, y lo peor era que ambos lo disfrutábamos. Pero después de ese incidente no volví a actuar, aunque me remordía por no hacerlo.

La relación entre Lucía y yo se mantuvo así por dos meses y medio. A mediados de octubre logré por fin lo que tanto había deseado: Lucía decidió invitarme a su casa. Lo que no esperaba era que me invitara a su casa de campo, lejos de la ciudad y apartada del mundo. Allí solo estaban ella y Miguel, su hermano. Miguel era muy corpulento, como esos entrenadores de los gimnasios, y era muy serio, aunque cortés. Su expresión era siempre seca, su ceño fruncido y sus ojos verdes inexpresivos y profundos como pozos sin fondo. Él fue el que me recogió para llevarme a la mansión en un hermoso Mazda 6 negro. Recuerdo que fue un sábado, y el punto de encuentro fue el norte de la ciudad.

-Es mejor que no lo intente, pues aquí no hay señal -me aseguró Miguel mientras yo sacaba el celular para llamar a mi casa y avisar hacia dónde me dirigía. Ni siquiera yo lo sabía al principio, pues salimos de la ciudad y después nos dirigimos por un camino destapado hasta salir completamente de la vía principal. Por lo mismo ya no había señal.

-¿Falta mucho para llegar? -pregunté.

Miguel meneó la cabeza. -Unos diez minutos -aseguró.

Seguimos por la carretera destapada hasta llegar finalmente a una reja descuidada y escondida en la maleza circundante. Miguel se bajó del auto para abrirla y seguimos cuesta arriba hasta llegar a un parqueadero empedrado frente a una fuente de mármol blanco de pila ancha y con la forma de un ángel que desprendía chorros de cristalina agua de sus manos. Frente al portón de escaleras blancas nos esperaba Lucía.

Apenas me bajé intenté realizar una llamada, pero todavía no había señal. Entonces desistí de mi empresa y me apresuré a saludar a Lucía con un beso en la mejilla.

-¡Me alegra que estés aquí! -exclamó contenta. Un perfume dulce rondaba su cuerpo, y sus labios escarlatas brillaban con deleite. -¿Entramos? -preguntó.

Asentí y entré.

Jamás había imaginado opulencia alguna. En las estucadas paredes había colgadas unas obras de arte costosísimas, como un original de Andrés Santa María. También había retratos y paisajes hermosos. La sala principal tenía una enorme lámpara de cristal que pendía de una cadena de oro, y en el techo había pinturas al fresco. Recuerdo un busto blanco de Aristóteles y otro de Liszt, y también recuerdo el brillo del suelo enlosado que semejaba un espejo.

-¿Te gusta? -me preguntó mientras examinaba uno de los cuadros.

Asentí, todavía atónito. -Es hermoso -dije.

-¿Deseas tomar algo? El día ha sido muy caluroso y debes tener sed.

-Lo que puedas ofrecerme.

Ella sonrió con malicia. -¿Sangre? -preguntó.

Entonces yo la miré y sonreí. -Si tienes -aseguré. Pero al ver que ella no cambiaba su expresión, me inquieté. -¿Hablas en serio? -pregunté.

Entonces ella soltó una dulce risa. -Te serviré un vino. Estoy segura que debo tener todavía una botella sin destapar -respondió. Y desapareció en una sala contigua. Poco después llegó con una botella de vino añejo y dos copas de vidrio.

Miguel se negó a tomar, y cuando menos pensamos desapareció. Pensé que se había ido a dormir al segundo piso, pues la mansión tenía dos plantas. Seguí bebiendo el delicioso vino rojo con Lucía, mientras poco a poco los vapores embriagantes de la bebida nos poseían hasta marearnos y desinhibirnos. En ningún momento dejamos de conversar. Y, en medio de nuestra embriaguez, decidimos darle una pausa a nuestro festejo para cenar.

Lucía ya había dejado la comida preparada, así que, torpemente y en medio de carcajadas, logramos servir los dos platos. En ese momento supe que yo estaba más ebrio que ella, pues ella todavía tenía una lucidez definida. Sin parar de reírnos llevamos la cena hasta el comedor, y nos dispusimos a comer para que el mareo se mermara un poco.

Ya más serenos, empezamos una conversación muy interesante, que al principio me emocionó, pero poco a poco me fue incomodando.

-Me fascina -dijo ella –que me compares con una Vampira. Pero no des rienda suelta a tu imaginación, que yo soy una mujer común y corriente -añadió.

-¡No eres una mujer común! -increpé.

-Lo soy -volvió a asegurar, mientras me guiñaba el ojo y se llevaba a la boca una cucharadita de postre. El postre era un delicioso tiramisú; lo recuerdo bien. Entonces se pasó la húmeda lengua por sus apasionados labios, y añadió: -Soy astuta, pero no soy una Vampiresa.

-¡Lo eres! -exclamé involuntariamente-. Tienes todos los ademanes de una mujer fatal. ¿Acaso no dejas enamorados a todos los hombres que conoces?

Ella, un poco apenada y sonrojada, sonrió. –Yo simplemente...

-Eres la mujer perfecta -interrumpí.

Ella bajó la mirada y se meció el cabello, tímida. En verdad se me hizo curioso ver ese ademán, pues ella era muy segura, y era en verdad una proeza verla sonrojada.

-La Vampiresa no es la que absorbe la sangre de la yugular de los mortales. Una Vampiresa es una mujer con tus atributos, con tu pasión, con tu inteligencia, con tu sagacidad. Ésa es una Vampira.

Entonces ella levantó la cabeza, y dijo: -¿Sabías que si un Vampiro existiera debería beber la sangre de doce o catorce personas por festín?

-No lo sabía.

-¿Y sabías que los verdaderos murciélagos vampiros son suramericanos?

-Eso sí lo sabía -respondí.

Ella calló por un momento, comió otro bocado del postre y tomó algo de agua para mitigar el dulce. Me miró con una extraña expresión y preguntó: -¿En verdad crees que soy tan perfecta?

Yo reflejé esa hermosa y verde mirada, y asentí. –Lo eres para mí -respondí con profundidad. Pero en ese momento escuché un hondo suspiro, aparentemente de resignación. Sin embargo, no vi a Lucía exhalar ni un poco de aire de su pequeña boca. Miré todo el salón, pero no había nadie. Asimilé que era Miguel, y no presté más atención.

-No soy perfecta -aseguró.

-Pues dile eso a otra persona, no a mí -le pedí. Pero entonces volví a escuchar ese profundo suspiro. Examiné de nuevo el salón, pero nadie había allí. Y después escuché un ahogado mugido que parecía provenir, por más macabro que parezca, de una persona emparedada entre las blancas paredes del salón. No me equivocaba. Por más embriagado que pudiera estar no podía haberme imaginado ambos sonidos. De hecho, me pareció que éstos nacían a solo un metro de mi silla. -¿Hay alguien más en la casa? -pregunté.

Entonces Lucía cambió la expresión, abrió los ojos y pareció inquieta. -¿Por qué lo preguntas?

-Porque escuché...

-¿Suspiros? -me interrumpió.

Y asentí.

Entonces ella sonrió. –Es el viento que logra colarse por algunas aberturas y produce ese efecto -respondió-. Al principio, cuando venía sola y me quedaba no podía dormir por lo mismo; pero después de darme cuenta de qué producía ese sonido me tranquilicé.

Después de la explicación de Lucía me sentí más confiado. Seguimos hablando por un buen tiempo. Recuerdo que le recité un hermoso poema de Charles Baudelaire llamado *Chanson d'Après-midi* (Canción de la Tarde), y hablamos de otros temas, hasta que, preso del cansancio, decidí que era hora de irme.

Pero Lucía no me lo permitió. -Está muy tarde, y creo que Miguel ya está dormido, pues mañana debe madrugar -me aseguró-. Lo mejor será que te quedes aquí esta noche. Hay un cuarto disponible -añadió mientras se sobaba los ojos a causa del sueño y se levantaba de la mesa.

-No quiero incomodarte.

-Será un placer tenerte esta noche aquí -me aseguró.

-Entonces déjame hacer una llamada. No quiero preocupar a nadie por mi ausencia, y nadie sabe que estoy aquí -pedí.

-Lo siento, pero no tengo un teléfono. El más cercano está en el pueblo, y no es seguro bajar a estas horas.

No me gustó mucho esa respuesta, pero no pude hacer más que aceptarla.

-¡Vamos! Te mostraré tu cuarto -exclamó mientras me tomaba de la mano y me llevaba escaleras arriba. Pasamos un pasillo largo y una antesala, y después llegamos a un cuarto espacioso con una cama doble y una mesilla de noche. -¿Te gusta? -me preguntó.

-Claro que sí -me apresuré a responder. El malestar ya me estaba ganando, y solo deseaba descansar. La embriaguez ya estaba convirtiéndose en resaca, y esa cama era para mí un altar de placidez.

-¿A qué horas puede llevarme Miguel a mi casa mañana? -pregunté.

-A mediodía él ya debe estar aquí -respondió Lucía que, dándome un dulce beso en la mejilla, me dejó solo en el cuarto.

¡Qué noche tan sensacional! Había bebido y comido con la mujer de mis sueños, con la misma que consideraba una Vampira. ¡Tuve una cena Vampírica! De nuevo sentí cómo mi imaginación creaba imágenes en mi mente, y cómo distorsionaba a pedazos retazos de la realidad. ¿Cómo pude pensar que alguien había suspirado o mugido en vez de pensar simplemente en el viento? ¿Cuándo aprenderé que la respuesta es siempre la situación más sencilla? Mi ansiedad de vivir una vida anormal a menudo influía en mi realidad, y creaba una visión hermosa, aunque onírica, de mis deseos más profundos.

Mientras pensaba todo esto, parecí envolverme de nuevo en uno de esos sopores que dejan turbios pensamientos en la mente. Cuando me acosté noté un cuadro que había frente a mí, un cuadro enigmático: Estaba borroso, distorsionado, como si hubieran regado algún líquido sobre el lienzo, o hubieran tomado una brocha gruesa y hubieran intentado borrarlo. Parecía ser la imagen de una solitaria persona con un capuchón negro que le cubría el rostro. Alrededor de la imagen había varias flores rojas de apariencias monstruosas y sanguinolentas. Había algo familiar en esa imagen, pero no pude descubrir qué era en ese momento.

Esa horrible pintura estremeció mi ser, como si de repente yo mismo estuviera entre esas espeluznantes y grotescas flores, y hasta me pareció oler un agrio aroma emanado por las mismas, un perfume venenoso que me aletargaba poco a poco, haciendo desfallecer mis fuerzas y helando mi alma hasta volverla un bloque de escarcha.

Y, en medio de mi soñoliento delirio, escuché sonidos en el techo, como si alguien derramara sal o arena sobre él. El sonido era leve y difuso, pero perceptible. Era extraño que no pudiera dormir, pues el mareo todavía no me había pasado del todo, y el cansancio me había abordado solo instantes antes de acostarme. No tenía sentido que todavía estuviera despierto, inmóvil

por la tétrica imagen de ese cuadro, que parecía absorber mi ser entero entre esas rojas flores. Al mismo tiempo escuchaba ese sonido extraño en el techo.

Creo que alcancé a dormir una o dos horas antes de que el sueño me abandonara de nuevo, dejándome pasmado. Entonces miré otra vez esa pintura y sentí de nuevo ese temor frío que me invadió anteriormente. El sonido del techo había cesado, pero instantes después de mi despabile, sentí como si alguien bajara las escaleras al primer piso. Entonces me inquieté un poco. Sin embargo, de repente, los párpados se me volvieron pesados y volví a dormirme por un lapso de tiempo.

Abrí los ojos por última vez cuando el alba ya se tragaba la oscuridad de la noche. Me pareció una noche tormentosa, horrorosa, siniestra. Pero esos eran mis gustos, y no me quejé en absoluto. Me atrevo a decir que esperaba con ansias contar mi terrible noche para volver a unir mis deseos con la realidad.

Bajé al primer piso, pero como no recordaba el camino al salón, anduve por varias salas hasta llegar a unos hermosos prados interiores: Eran vastos, y el sol los bañaba con su luz de oro. Al parecer esos jardines eran la mitad exacta de la enorme mansión. Había a su alrededor varios balcones con parapetos de rejas negras, y de ellos colgaban algunas materas. Allí el aire era refrescante y dulce por el incalculable número de flores.

Ahora bien, lo que más embellecía tal paraje era el color. Aunque había varias plantas fértiles y de un verdor brillante, en esos prados imperaba el color rojo. Había a mi izquierda y a mi derecha varios cuadrados repletos de *Anthuriums*, bordeados con ladrillos pulidos.

Entonces, llevado por un sopor causado por tan hermoso colorido, salí a los jardines. Pero apenas lo hice, el frío me invadió. Así que volví hasta mi cuarto por una chaqueta negra con capota que había traído conmigo. Me la puse y bajé de nuevo a los jardines. Seguí caminando y vi que en el centro de los prados había una estatua blanca de una mujer hermosa, de facciones y simetrías perfectas. El rostro bien esculpido y el contorno de sus prendas definido. Era inequívoco que quien había esculpido esa estatua blanca era en verdad un maestro con el cincel, semejante a Francesco Queirolo o a Nicola Salvi. La estatua estaba bordeada de más flores rojas, de *Cattleyas Orquideas* si mal no estoy.

Y desde allí noté que los bordes de los caminos enlosados estaban formados por rosas humedecidas por el rocío de la mañana. En las materas que pendían de los balcones había unas *Chaenomeles Speciosas*, pero en los rincones crecían unas flores malformadas de una especie que hasta hoy desconozco, de un rojo muy intenso y de un olor penetrante y amargo. El resto del jardín era en verdad hermoso.

Caminé por allí varios minutos, meciendo las húmedas flores, detallando la estatua y tarareando alguna canción. El pasar del viento mañanero daba de nuevo la ilusión de suspiros y de mugidos ahogados; pero no presté mucha atención a esto, pues mi corazón parecía haberse henchido de felicidad.

Entonces escuché mi nombre, y vi que Lucía estaba bajo el umbral de la puerta, ya peinada y maquillada. Tenía sobre los párpados un color oscuro, y sus labios estaban pintados de un

rojo intenso, como las flores. Su cabello blondo estaba alaciado y brillaba como un río de oro fundido bajo la luz del sol que lograba traspasar las brumas de la mañana. Por un momento pareció que la niebla dorada se estancaba en los bellos jardines, tornando la imagen de Lucía más hermosa y romántica. Pero tenía una palidez mortal, como si de repente hubiera visto un fantasma. Sus ojos estaban bien abiertos, su boca estaba entreabierta, y contenía el aliento, como esperando exhalar un aire postrero.

-¿Qué haces aquí? -preguntó por fin, como volviendo en sí. Entonces miró hacia todos los balcones, como si buscara algún intruso.

-¿Te incomoda? -pregunté de inmediato, dirigiéndome a ella, apenado-. No sabía que...

-¿Por qué entraste aquí? -me volvió a preguntar. Esta vez su voz parecía resquebrajada, como si temiera algo. Su seguridad pareció venirse abajo por un momento. Estaba atemorizada por quién sabe qué situación.

-Simplemente llegué hasta acá y... lo siento -me excusé, balbuceando lo primero que se me vino a la cabeza.

-¿Y qué viste? -me preguntó. Fue una pregunta que me extrañó de sobremanera, pero estaba tan apenado que respondí de inmediato.

-Solo las flores rojas y la estatua -dije apresuradamente.

Entonces ella soltó un suspiro, como si descansara de un peso demasiado hostigante.

-¿Por qué? ¿Qué no debí ver? -pregunté, ya un poco más lúcido y calmado al ver la expresión de mi querida anfitriona.

-Olvidalo -me dijo.

-¿Pero qué puede ser tan grave?

-No deseas saberlo.

-Sí deseo hacerlo.

-¡No! -exclamó Lucía, furiosa.

Yo callé entonces. Nunca la había visto tan airada. Ella siempre parecía tener todo bajo control, pero al parecer había algo en esos jardines que ella deseaba guardar en secreto.

-Por favor, dime qué sucede -le insistí.

Ella bajó la cabeza, cubriéndola bajo sus cabellos dorados. Y cuando la volvió a subir, su expresión era distinta. En sus ojos verdes brillaba la arrogancia, y su cabeza altanera se erguía como si fuera una majestad antigua. Su rostro ahora era enigmático, como si de repente un sortilegio la hubiera abordado.

-¿Qué sucede? -volví a preguntar.

-Te traje aquí por un motivo -me dijo con voz severa-. Deseaba que conocieras estos jardines. Deseo que conozcas los secretos que envuelven, que conozcas...- y calló.

Lucía hablaba cada vez más extraño. Ahora no entendía muy bien lo que sucedía. Se había puesto muy nerviosa cuando me había visto allí, y ahora decía que deseaba que yo conociera esos jardines. -No entiendo -dije con cortesía.

Entonces ella me invitó a sentarme en un pequeño escalón que había frente al umbral de la puerta. En ese momento noté el dintel que había sobre el portón. El dintel tenía forma de rosas con espinas retorcidas. Me pareció bello, pero no le presté mucha atención al detalle.

Ella se sentó al lado mío y perdió la mirada en los prados. -Son hermosos, ¿no te parece? -me preguntó.

-Son en verdad bellos -respondí, corté una flor que había cerca y se la di, y añadí: -Ahora esa flor no es más que un cadáver.

-Es verdad -respondió Lucía-. Un ramo de flores puede asemejarse a un ramillete de cabeza de ratón -añadió con morbosidad.

La comparación me estremeció, pero sabía que tenía razón.

-La verdadera belleza aparece de lo grotesco -dijo mientras se ponía la flor roja detrás de la oreja, resaltada en el cabello dorado.

-¿Como una mariposa? -pregunté.

Y ella asintió. -Aunque prefiero el ejemplo de la muerte -agregó.

-Explícame ese ejemplo, por favor -le pedí mientras me ponía la capota sobre la cabeza. El frío era intenso y mis orejas ya se estaban congelando por el inclemente viento que mecía las plantas.

-El primer día la muerte es trágica, dolorosa, angustiosa y amarga. A la semana y media se torna un poco más... ¿cómo decirlo?... «interesante».

-¿Interesante?

-Sí.

-A la semana y media la muerte es un cuerpo horrible que drena pestilentes líquidos y alberga cientos de gusanos blancos. ¿Acaso eso es interesante? -pregunté con asco. Pero al ver que ella ni se inmutaba, me extrañé todavía más. A veces las conversaciones entre Lucía y yo eran mórbidas y tétricas, pero el tono sarcástico que Lucía había utilizado no era muy frecuente.

-Al mes la muerte es algo... «árida».

-¿Por qué?

-Porque no hay más que huesos-. Miró de nuevo a los prados y añadió: -Finalmente, a los dos meses es colorida, fragante y hermosa, como estos jardines.

Era un buen ejemplo a mi modo de ver. Pero apenas Lucía acabó su explicación, sentí un gruñido furioso, como el de una bestia rabiosa pero apaleada. Como un predador que no puede acercarse a su festín. -¿Escuchaste? -pregunté.

Pero ella seguía con la cabeza altiva, como si no hubiera escuchado ni siquiera mi voz.

-¿Lucía, escuchaste ese sonido? -volví a preguntar.

Entonces ella se levantó sin responderme y me llevó de la mano hasta el centro de los prados. Durante todo el tiempo no dejé de mirarle el hermoso y fino rostro. Cada vez me sentía más enamorado de ella, aunque sabía que no debía hacerle caso a mi corazón.

-¿Todavía te parecen hermosos los jardines? -me preguntó.

Y yo asentí, aunque no los había detallado. Mi mirada solo se fijaba en ella. -Todavía lo pienso -respondí.

-Míralos bien -me pidió.

Entonces me acerqué a las flores alrededor de la estatua. El aroma era dulce, y las flores tenían un color rojo, intenso y brillante. Pero entonces me pareció ver un objeto blanco bajo las flores. Las abrí y vi con espanto varios gusanos lechosos, larvas que se alimentan de la carne muerta. De inmediato retrocedí, asqueado. Y miré con más detalle bajo las flores. Abrí varias partes y me di cuenta que había innumerables gusanos. También había allí enormes caracoles y babosas, y alcancé a ver entre algunos ladrillos un ciempiés negro de patas rojas, irrisible y venenoso, que desapareció al sentir mi presencia.

-¡¿Qué sucede?! -exclamé horrorizado.

Entonces Lucía dijo en tono profundo: -Estos jardines son como un espejo mágico. Ves, por los intensos colores y el frescor, los prados más hermosos. Sin embargo, no los has visto completamente-. Se acercó a unas rosas, las abrió y pareció sacar un objeto acre. Temí cuando Lucía metió la mano entre las flores, pues no deseaba que un escorpión o algún otro animal la picara.

-¿Qué es eso? -pregunté al ver el objeto curvo y grueso, pero al acercarme más pude ver que era una vértebra.

Entonces ella examinó el hueso y lo dejó de nuevo entre las rosas. Pero mientras lo hacía se le cayó la flor del cabello. Así que yo me apresuré a recogerla, pero al abrir de nuevo las flores vi con horror que había varios huesos bajo los rojos pétalos. Y detallé más mi entorno, y encontré, además de algunos insectos repulsivos, húmeros, radios, cúbitos, costillas, vértebras, pelvis, cráneos, falanges, clavículas, omoplatos, quijadas, tibias, peronés, dientes, y más.

-¡¿Qué...?!

Pero en ese momento Lucía, en un acto que todavía no he podido explicar, ya estaba bajo el umbral de la puerta, a una distancia muy considerable. Permanecía de pie, arrogante y engreída. ¡¿Cómo había podido llegar hasta allí en tan solo segundos?! Ni por más que hubiera corrido hubiera cubierto esa distancia. Y si hubiera emprendido carrera me hubiera dado cuenta, pues tendría que haber pasado por mi lado.

-Lo hermoso de estos jardines es que pueden simbolizar el tan anhelado paraíso, pues es la última imagen que todos los huéspedes pueden ver -dijo, y cerró la puerta con llave y con presura.

E inmediatamente lo hizo salieron de los balcones dos enormes perros de pelajes negros, de raza dobermann, de orejas en punta y dientes amarillos. Caminaban tensos, listos, y en sus ojos irradiaban una ira infernal, mientras gruñían con furia y voracidad. ¡Ése había sido el gruñido que había escuchado!

Y, por un momento me pareció ver por los ojos de los dobermann mi propia imagen, y me aterricé al verme entre esas flores rojas con un capuchón negro. ¡Dios mío, ésa era la pintura en mi cuarto! Lo que se me había hecho familiar del cuadro era el capuchón de la persona, pero la embriaguez no me dejó percatarme. ¡Era mi capuchón!

Entonces los perros saltaron a los jardines, y gruñeron, y ladraron, y vi todo rojo, y sentí los colmillos y las garras sobre mi tierna carne, y sentí la sangre bañar los pétalos, y sentí el arrastrar de mi cuerpo sobre las losas, y no dejé de gritar el nombre de Lucía; pero su nombre fue lo último que dije...

Ahora, en medio de la calma y del silencio, entiendo todo mucho mejor. En los jardines hay varias almas, unas bondadosas, otras siniestras. Cuando yo suspiro escucho a Lucía decirles a sus invitados que es el aire el que produce ese efecto. Esas hermosas flores nacen y viven de cuerpos descompuestos. Ése era el motivo por el cual Lucía no quería que entrara allí sin ella; ése es el ejemplo de la muerte.

Y ahora la muerte es más «interesante» para mí. Por eso, como dije al principio, evito mirar hacia abajo, hacia la hierba. No puedo salir de estos rojos jardines, pero intento a toda costa no toparme con una pintura que destrozaría mi alma. Deseo no ver mi imagen hinchada por el sol, con el vientre lleno de gusanos y exhalaciones, y exudando vapores que son mitigados por las fragancias de las flores. Si mal no me acuerdo esa imagen debe estar en el rincón a mi izquierda, donde crecen las *Anthuriums*. ¡Allá debe estar la pintura del cadáver que ahora pende en el cuarto donde dormí antes! ¡Allá deben estar los ojos que son cuencas, los pulmones que no respiran y el corazón que ya no palpita! ¡Allá debo estar! ¡Dios mío, por favor, permítele a mi alma ver mi cuerpo sin asco ni remordimiento!

EL CASTILLO DE LA QUIMERA

Anabella llegó al castillo en el mejor momento, de eso no hay duda. Cuando llegó no supo cómo presentarse, pues no tenía nombre alguno. Nunca conoció a sus padres y vivió diecinueve años en la pobreza absoluta. Tocó los poderosos portones una noche oscura y lluviosa. Apenas le abrí bajó la cabeza como si fuera mi esclava, y permaneció en silencio un buen tiempo; después me confesó que la intimidé tanto que no pudo articular palabra alguna. Incluso olvidó la lluvia, y solo reaccionó cuando la hice pasar.

Su apariencia no era la de una joven hermosa que solicita el trabajo de sirvienta. Por el contrario, su aspecto físico era poco armonioso, incluso desagradable. Su curtido rostro tenía verrugas bajo la barbilla y sobre la mejilla derecha, y tenía protuberancias en la frente, alrededor de los labios y en el cuello. Tenía facciones descarnadas, como azotadas por el látigo inclemente de la pobreza, y su cabello estaba arremolinado en una densa maraña negra.

¿Pero cómo negarme a su solicitud de ser mi sirvienta? ¿Acaso debía juzgarla por su aspecto físico? ¿Acaso necesitaba una sirvienta hermosa? ¿Para qué? ¿Quizás para que compitiera con mi esposa? Simplemente no pude negarme a aceptarla. Además, necesitaba a una sirvienta urgente para que se encargara de los cuartos del ala derecha del castillo, que habían sido olvidados por meses.

Pero antes de seguir la historia, relataré algunos puntos que considero importantes. El Castillo de la Quimera fue edificado por los Arbués durante la era Napoleónica. Algunos dicen que una gran brujería ronda la edificación. Durante su construcción, la ladera de la garganta boscosa donde está erigido sufrió dos derrumbes. En el primer deslizamiento de tierra murieron dos trabajadores, y en el segundo murió uno de los Arbués.

Después, por cuestiones políticas y económicas, pasó a otra familia prominente, los Hidalgo. Entonces la hechicería hizo de las suyas, pues la hija menor de Tomás Hidalgo se enamoró de su hermano. Al no ver otra salida, se colgó en el torreón del ala norte, la misma sección que Anabella debía limpiar. Finalmente quedó en manos de mi familia. Mi abuelo nunca creyó en hados malignos ni en maldiciones, y hasta el momento nunca pasó nada... hasta el momento.

Ahora bien, llevé a Anabella por el salón principal hasta una antesala al otro lado de la escalera. La joven se maravillaba con los tapices de emblemas heráldicos y con las pinturas sobre las paredes. Cuando entramos a la antesala, mi esposa la miró de arriba abajo, petulante. Ella, a diferencia mía, era arrogante y engreída. Nadie podía negar su belleza, que tenía como estandarte sus ojos azules y sus cabellos dorados. Tenía un porte europeo. Era alta y desdeñosa, e infinitamente narcisista. La verdad no sé por qué me enamoré de ella.

-¿Y quién es esta andrajosa? ¿Acaso la hiciste entrar para hacerla ver más miserable al mostrarle el lujo y la belleza? -preguntó María, mi esposa.

Sufrí entonces pena ajena. Miré a Anabella y vi que tenía la cabeza baja, oculta tras la maraña de cabellos largos. Tenía lágrimas en los ojos a causa de la humillación, pero parecía estar acostumbrada. No se movía, y permanecía aterrada y temblando bajo la mirada inquisidora de mi mujer.

-Saca a esta pordiosera del castillo -añadió a modo de orden.

Entonces yo, picado por el orgullo y por una infinita compasión, negué con la cabeza. Hasta ese momento yo no había decidido si dejar a Anabella en el castillo, pero al escuchar las hirientes palabras de mi esposa, decidí de inmediato.

-No se irá -aseguré.

María me miró, sorprendida. -¿Por qué?

-¡Porque yo lo digo, y ya! -respondí, furioso.

Entonces Anabella levantó la mirada, y vi un brillo de felicidad en sus ojos verdes. Entonces supuse que esa pobre mujer de burdas facciones nunca había sido defendida por alguien en toda su vida.

María, con el rostro rojo de la furia, la miró de manera despótica y le preguntó: -¿Para qué vino?

Pero Anabella, atemorizada por el venenoso tono de mi mujer, no fue capaz de responder.

-Va a trabajar de sirvienta y se encargará del ala norte -respondí.

Mi mujer, renuente, aceptó. -Entonces que empiece -dijo.

Pero yo volví a increpar. -Primero se bañará, se secará y comerá. Debe tener hambre. ¿Tienes hambre? -le pregunté.

Ella primero miró a María, que no le despegaba la azulada mirada. Entonces me miró a mí y, tímida, asintió.

Después de que estuvo lista y con el uniforme puesto, la llevé por los salones que tendría asignados. El baño le ayudó un poco en apariencia, pero no mucho. Ella tomó las instrucciones al pie de la letra, y en solo dos semanas ya toda su área estaba impecable. A la tercera semana era la más limpia del castillo.

Mas durante todos estos días, mi mujer se ensañó en humillarla y hacerla sentir miserable. Anabella solo se trataba con dos de las criadas, además del mayordomo. Uno de esos días le escuché decir a una de las criadas que mi querida sirvienta había llorado toda la noche a causa de unos duros comentarios hechos por mi esposa. Me sentí en verdad angustiado.

Esa misma noche decidí ir a hablar con Anabella. Ella en verdad se sorprendió. Mientras María jugaba a las cartas en la mansión de una de sus detestables amigas, yo conocía más a mi criada. Me di cuenta que era una mujer extremadamente inteligente, aún más que yo, y que era muy bondadosa y alegre; pero que la inseguridad en sí misma le ganaba y bloqueaba sus acciones.

Sin embargo, por más que intentaba ignorar sus facciones, se me hacía simplemente imposible. Esas verrugas, esa piel curtida, esos labios descarnados, esos cabellos sucios. Me odié por un momento por ser tan superficial, y por preferir el cuerpo de mi esposa a las virtudes de esa dulce joven.

Anabella lo notó, entonces bajó la cabeza, intentado disimular su profundo dolor. Entonces supe que ella me tenía especial cariño, muy distinto al cariño que se le tiene al dueño de la casa. Los sentimientos de la joven habían crecido a causa de mis acciones, que más que por complacencia fueron por compasión. En ese momento suspiré y me fui de su cuarto.

La relación entre Anabella y yo se enfrió por buen tiempo. Ella se dedicaba a sus quehaceres, mientras yo me dedicaba a los negocios familiares. Mi mujer simplemente se dedicaba a derrochar mi fortuna. Durante ese tiempo empecé a perder aprecio y sentimiento hacia mi esposa. La veía superficial, insulsa, incluso torpe. Su único atributo era su excesiva belleza, pero carecía de cualquier talento. Anabella era la antítesis: Era una mujer dedicada, carismática, atenta, dulce. Lo único que Anabella necesitaba era belleza.

Después de un buen tiempo, Anabella y yo volvimos a entablar conversación. Pero esta vez no me sentí repugnado por sus facciones. De hecho, me atrevo a decir que la vi un poco más bella, quizás por la costumbre de verla todos los días. Pero noté que su piel ahora estaba un poco más limpia, sin tantas manchas. A la altura de sus mejillas la tez estaba fina, mas no era por el maquillaje.

Las conversaciones se hicieron cada vez más frecuentes, a tal punto de que prefería hablar con Anabella que estar con mi mujer. Cuando veía a mi esposa acostarse a mi lado le veía la piel macilenta y el cuerpo poco curvo. Sabía que María era hermosa, pero un mínimo detalle de fealdad en ella resaltaba como una estrella en medio de una noche sin nubes. La maldición de las mujeres bellas es que la fealdad en ellas se hace más notoria cuando llega, lo que las obliga a estar siempre hermosas.

Por otro lado, a medida que los días pasaban, Anabella me parecía más hermosa. Quizás era la felicidad que irradiaba cuando me veía, pero sus ojos cada vez se fueron tornando más brillantes, su piel más pulida y su cabello más sedoso. Ahora mi querida sirvienta se levantaba desde las cinco de la mañana para arreglarse. Se maquillaba y se perfumaba con una fragancia que decidí regalarle en su cumpleaños. Estas acciones Anabella jamás las había hecho antes de llegar al castillo.

María empezó a sentir mi cambio y se irritó de sobremanera. Esta irritación, creí yo, hizo que su apariencia también cambiara. Ella intentó echar a Anabella dos veces, pero las dos veces lo impedí. Además, era yo quien le pagaba a Anabella para que realizara sus labores. En una de esas riñas, vi por un momento una imagen que me pareció curiosa: María entró furiosa al cuarto de Anabella reclamándole sobre unos manteles que supuestamente no habían quedado bien lavados. Yo había visto los manteles antes, y los vi muy blancos. Anabella, como era costumbre, permaneció en silencio mientras mi esposa le gritaba.

Y cuando María se acercó a mí para quejarse vi en ella una purulencia bajo la barbilla que destelló sobre la antes perfecta piel. Entonces vi a mi criada, que parecía tener en los ojos un brillo de triunfo o de satisfacción. Ella también vio la imperfección en ese rostro antes simétrico y deslumbrante.

Después de ese altercado a duras penas deseaba ver a mi desagradable mujer. Ella estaba perdiendo lo único bueno que tenía, o sea su belleza. Ella lo sabía, y por lo mismo empezó a maquillarse de forma frenética. Esto solo hizo que se viera más envejecida.

En cambio, Anabella poco a poco ostentaba una belleza más profunda. En el momento no supe cómo lo hizo, pero las verrugas que tenía poco a poco fueron disminuyendo su tamaño, hasta finalmente desaparecer del rostro, que ahora poseía facciones hermosas. Sus labios,

antes descarnados, ahora invitaban al húmedo beso. Los cristalinos de sus ojos se tornaron más blancos y sus verdes pupilas más grandes y brillantes. Las manchas e imperfecciones de la piel se le borraron, mientras ésta tomaba un color nacarado. La nariz, antes aguileña, ahora era respingada y fina, y los dientes, antes amarillos, ahora mostraban un esmalte luminoso.

Este cambio hizo que mi mujer humillara cada vez más a Anabella, que simplemente bajaba la cabeza y respondía: «Sí, mi señora». María le recordaba la miseria de su vida antes de entrar al castillo, y la ofendía con frases como: «Huérfana miserable» o «ignorante sirvienta». Pero María sabía que Anabella no era ignorante en absoluto, y sus ofensas nunca tocaban el tema de la belleza, pues sabía que ahora todo había cambiado.

Bien, durante nuestras largas conversaciones, Anabella se refería a su cambio de la siguiente manera: «Fue un bichito que picó a una bella y después yo piqué al bichito». Esta tierna expresión me causaba el gran afán de abrazarla y lanzarme a sus labios. Y a mediados de mi cumpleaños, en enero, me rendí a mis deseos y la besé, más que con pasión, con amor. Finalmente había caído rendido a sus pies, a su forma de pensar, a su forma de actuar, a su forma de sentir, a su belleza. ¿Dónde había quedado la harapienta joven de apariencia incómoda que había llegado al castillo suplicando el puesto de sirvienta? Simplemente había desaparecido.

Mantuve mi infidelidad por dos meses. Sin embargo, era un secreto a gritos. Todos sabían de mi gusto por la hermosa Anabella. Ahora ella era una joven de tez marfilada, nariz respingada, cabellos negros y lisos, ojos verdes y bella sonrisa. Mi mujer, en cambio, era una rubia de ojos azules, cabello maltratado, piel purulenta que intentaba ocultar bajo capas de polvo, cuerpo flácido y orgullo infinito. No me excuso de mi infidelidad, pero tampoco era capaz de vivir al lado de una mujer que se jacta de mi éxito como si fuera de ella. Ella ostentaba carros que yo había conseguido como si ella misma lo hubiera comprado. Lucía vestidos que yo le había comprado como si ella misma los hubiera hecho. Ahora sé que su único logro fue haberme conseguido, y ahora me estaba perdiendo. La petulancia de María poco a poco se incrementaba. Quizás ése era el único escudo que todavía tenía. Mientras que Anabella ahora gozaba de toda mi atención, además de mi amor.

El mes de mayo, Anabella salió a comprar unos huevos al mercado. Ella, aunque ahora tenía mucha importancia, no dejaba su sencillez y su actitud atenta. ¡Cómo la amo! Fui a su cuarto por una camisa que me había planchado, y cuando llegué oí un pequeño movimiento bajo la cama. El sonido fue muy leve. Pensé que podía ser una cucaracha o un ratón. Entonces me arrodillé y miré debajo de la cama. Allí había un cofrecito medio abierto. Tomé el cofre y lo abrí, y apenas lo hice lancé un grito de espanto, solté el cofre y salí del cuarto.

En el cofre había un insecto monstruoso de cuerpo verde como un jade. Sus patas eran lánguidas, sus dos pares de mandíbulas aserradas y poderosas, y un aguijón del tamaño de mi dedo meñique. ¡Era el bichito!

Apenas Anabella llegó le pedí que me contara toda la verdad acerca del aparente escarabajo que había en ese cofre. Ella pareció morir entonces, pues púsose pálida como una estatua de cal.

-Dime la verdad -le insistí.

Ella se tomó el rostro, como avergonzada, y sollozó por unos momentos. –Tú jamás me vas a perdonar -dijo en medio del llanto-. Ahora me dejarás de querer y volveré a ser la horrenda mujer que llegó aquí -añadió con un dolor muy profundo y una voz trémula.

Entonces, incapaz de juzgarla por lo que fuese, la tomé del rostro, la abracé y le dije: -Jamás dejaré de amarte.

-¿Así le hubiera hecho daño a tu amada esposa?

Dudé un momento.

Ella esperó respuesta.

-¿Amada? -pregunté-. ¿Quién puede enamorarse de ese trofeo de mujer, que solo tiene la cabeza para ponerse hebillas y el rostro para exhibirlo cual si fuera un maniquí de carne?

-¿Acaso no la amaste?

-Fue la única mujer en mi vida. Pero te conocí y me di cuenta que mujeres como ella no valen la pena.

-¿Y si yo no fuera hermosa me amarías todavía?

Dudé de nuevo.

-¿Cierto que no?

-Una mujer debe ser bella. La belleza es la que atrae al hombre, pero la dulzura y la bondad, además de la astucia y la inteligencia, hacen que el hombre se enamore. ¿Acaso no lo entiendes? La belleza es solo una carta de presentación y dura solo unos minutos. La belleza es muy necesaria, pero la belleza por sí sola no enamora.

-¿Estás enamorado de mí?

-Sí.

-¿Me amarías si no fuera bella?

-No lo sé.

Ella calló por un momento, ensimismada.

-¿Qué es ese insecto? -volví al tema.

-Es un escarabajo que crece en los pozos bajo los nevados, en las cavernas húmedas y sin luz. Es troglodita, y lo llaman *lagrimosa*, pues al comerlo causa lágrimas por su amargo sabor.

-¿Se come?

Ella asintió.

-¿Y? -pregunté, pues sabía que faltaba lo más importante.

Ella no respondió inmediatamente.

-¿Y? -volví a insistir.

-No me pongas en esta situación.

-Quiero saber qué tiene que ver ese escarabajo con mi esposa.

-Si te digo me dejarás de amar.

-Si me dices te amaré infinitamente porque sé que podré confiar en ti.

Ella bajó la cabeza y suspiró. –La *lagrimosa* se acomoda en los almohadones de plumas y pican solo a las mujeres, a la altura del hipotálamo. Les roban la esencia de la belleza. Entonces, después de que se ha saciado queda hinchada e inmovilizada. Se debe comer cruda para obtener la belleza que el insecto succionó.

-¿Esos insectos picaron a mi mujer y tú te los comiste? -pregunté.

Y ella asintió. –Ahora me dejarás de amar, ¿cierto?

Después de las festividades de año nuevo, la última *lagrimosa* fue comida por mi amada Anabella. Su belleza ahora era enorme, sus facciones perfectas y su cuerpo voluptuoso. Aun así, seguía teniendo esa sencillez, esa dulzura y esa ternura que me habían enamorado. Después de saber sobre la *lagrimosa*, le pedí a Anabella que siguiera poniendo esos insectos en la almohada de María para que así siguiera consumiendo su belleza.

De María me separé a mediados de julio. Ella, incapaz de conseguir un hombre que la amara sin su antigua y renombrada belleza, volvió al castillo, encorvada y con la cabeza gacha, y me rogó que la dejara vivir aquí. Estaba demacrada, sin orgullo, cansada y sin la inteligencia para poder sobrevivir en el mundo. Acepté que se quedara y ahora sirve de la manera más irónica a mi amada Anabella, que siendo humilde aún, no recuerda los momentos de desdicha.

Anabella no la odia, en cambio siempre me pregunta: -¿Cómo puedo odiar a quien me dio la belleza, un buen esposo, el Castillo de la Quimera y unas sábanas bien lavadas?

LOS MUNDOS PRODUCIDOS POR LA MUJER

Pequeños duendes me han descrito a la mujer como un hermoso paisaje. Es por lo mismo, querida niña, que ahora te veo como mi paraíso. Todo empieza con unas puertas de rejas doradas que pueden simbolizar la entrada a tu corazón. Después de ingresar, solo el más fuerte puede sobrevivir allí, erigir castillos y ciudadelas, y aguantar las desconcertantes hambrunas producidas por los eternos inviernos que se engendran y se extienden por tus caprichos y tus desdichas.

Muy bien, allí hay montañas enormes, lagos puros, ríos caudalosos, un sol prominente y una luna desdeñosa. También hay volcanes furiosos, colinas sin hierba, cementerios interminables y mausoleos espléndidos. Y hay vida: Flores purpúreas que se riegan como una alfombra por hectáreas interminables, árboles frondosos y animales majestuosos, como por ejemplo mariposas enormes y azules, y panteras de ojos verdes.

Ahora bien, mi travesía por tal paraíso se remonta desde que te conocí, mi eterna amada. Mi alma pareció ser succionada por esos grandes ojos, hasta posarse frente a las rejas que dan ingreso a tu corazón. De una manera que no vale la pena citar, logré entrar, y conocí todo lo que tu mente creaba.

Caminé por eterno tiempo entre las soberbias montañas que producían tus inseguridades y tus desconfianzas. Las mismas brumosas montañas que formaban los muros que te protegían y te calmaban. Y logré traspasarlas después de conocerlas todas. Llegué a bellos prados, soleados por tu felicidad y tu amor, y me bañé en los lagos que causaban tus lágrimas de alegría. Calmé los ríos que tu melancolía y tu amargura embravecían, y pude navegar por ellos sin problemas. Y después fui a la parte más austral de tus sentimientos, donde el caos dominaba.

Allí fue donde mi prueba empezó. Me interné en parajes dignos de Dante. Vi interminables camposantos en donde se sembraban cuerpos en vez de espigas. Allí, de las almas atormentadas que fueron destrozas por tu corazón, emergían gusanos impíos y larvas de mortificaciones pasadas, de amores fallidos. ¿Acaso acabaré así, como un impúdico cadáver que tendrá por descanso un sarcófago estrecho y por manto una tierra seca? Y temí por eso.

Seguí subiendo por accidentadas pendientes, y dudé más al llegar a tus furiosos volcanes, levantados por tus rencores y tus amarguras. Y temí quemarme con la lava que salía de las negras bocas de las melladas montañas, como sangre producida por tu venganza y por tu soberbia. Una sangre calentada en los hornos de tu envidia y de tus celos. ¿Acaso moriré condenado entre esa ardiente lava o cocinado entre esas enormes calderas?

Y vi, en colinas más altas y más áridas, mausoleos con estatuas labradas. Tales panteones marmóreos tenían almas enterradas en vida: Hombres que lograron hacer mella en tu corazón, pero que pagaron el precio al ser sepultados cuando todavía respiraban. Hombres que te hicieron daño, pero que no lograron hacerte hincar. Algunos eran astutos y orgullosos, como yo, pero otros tontos e insulsos.

Allí, mi amada, nunca llegaba la luz del sol ni el brillo pálido de la luna. Allí solo brillaban estrellas con debilidad. Allí la noche era eterna, pues era tu pensamiento más oscuro y sombrío, aunque inactivo; pues ya nadie te hacía daño para ese momento. Allí las estrellas simbolizaban las inalcanzables esperanzas formadas por esos desdichados enterrados, esas almas encerradas en las criptas. Casi todos esos tristes anhelos consistían en nunca haberte conocido.

Sin embargo, hubo un recinto en especial que llamó mi atención: Un hipogeo vacío, custodiado por gárgolas aladas y siniestras, y con un rótulo sin nombre, pero con la fecha actual. ¿Acaso ese sepulcro está destinado para mí alma? ¿Acaso me enterrarás prematuramente como si sufriera de una horrorosa catalepsia? ¡Respóndeme, amada mía!

El desespero me tomó y me ahorcó, sofocándome. Pero seguí hacia el sur, hasta las montañas ennegrecidas y lejanas, buscando de nuevo la luz de tu felicidad y de tu alegría. Así que seguí caminando, subiendo y bajando colinas cargadas de lápidas sin nombres que simbolizaban tus amados anónimos: Hombres que estaban o están enamorados de ti, pero que nunca se atrevieron a salir a la luz por miedo a un rechazo. Los hombres que prefirieron verte como una estrella inalcanzable, y que se alimentaron de sus fantasiosas esperanzas, como quien se alimenta de su propia carne cuando no tiene nada más que comer. Los mismos hombres que, sin saberlo, dilapidaste bajo esas colinas cargadas de huesos y almas sin nombres.

Supe entonces que una parte de la mujer simboliza un infierno, los profundos socavones de la desdicha, los embriagantes perfumes del dolor; pues una mujer puede bañar al hombre en un dolor más penetrante que lo físicamente posible. La mujer puede ser la perdición de una mente débil, de un corazón entregado y de un alma bondadosa pero inocente.

Pero, impulsado por los deseos de dominar por completo tu corazón, logré salir de la eterna noche de tus desdichas, de la fría cúpula de estrellas sin alegría, de entre los cuerpos embalsamados por tus recuerdos, de los cráteres de tus heridas pasadas y de las azarosas maldiciones producidas por tu indescriptible belleza. Y salí de nuevo a que el amoroso sol me abrazara con su calor, y tibiara mi azotada espalda y mi adolorida y atormentada mente.

Entonces vi las hermosas praderas herbosas que se abrían por tu felicidad. Entré a un sopor a causa de los dulces aromas de las flores púrpuras que siempre te identificaron, y que allí parecían multiplicarse por miles. ¡Oh hermosas flores púrpuras! El color púrpura siempre fue el color imperial en la antigua Persia, puesto que el pigmento para crear esas mantas era escaso y muy costoso. Por lo mismo, el púrpura era, para mí, el mejor regalo para mi reina.

Ahora bien, aletargado por ese hermoso color, digno de las más bellas hadas, conocí el brillo del sol, producido por tus ojos cuando se cristalizaban al verme el rostro. También vi el brillo blanco de la luna, generado por el esmalte de tus dientes cuando sonreías. Y, aunque sufrí los inviernos de tu desaprobación y de tu indiferencia, creé ostentosas fortalezas en tus primaveras, y desde allí te defendí de los malos hados y de las dañinas insignias que provenían de paraísos ajenos, de personas externas y extrañas. Y construí ciudades donde los hombres eran mis oníricos pensamientos, y las mujeres creaciones majestuosas de mis sentimientos. Esos aldeanos cultivaron deliciosas cosechas que florecieron en tu fértil corazón.

Pero bajo tu felicidad también hay almas que sufren, pues los mundos producidos por la mujer son impredecibles e inexplicables. A esto me refiero cuando conocí, bajo el sol que flama por tus complacencias, los palacios coloreados de tus locuras, edificados en prados azules, (pues tu enajenación no tiene lógica). Esos palacios, de cúpulas conopiales como los recintos de los sultanes, tenían colores vivos: Amarillo, azul, rojo, verde, etc. Y estaban repletos de espejos. Había allí cristales que mostraban esbeltas figuras de lánguidos personajes: Hombres que habían salido bien librados de tus inocentes perfidias. Pero en cambio había otros espejos que deformaban los reflejos. Estas grotescas imágenes se daban a causa de tus planeadas falacias, de tus pícaras y malévolas travesuras. Esos tristes reflejos, encerrados en espejos de labrados marcos, solo deseaban reflejar la realidad, y no la imagen que tú habías impuesto en ellos. Eran pobres y humillados hombres, vestidos como bufones amarillos de sonoros cascabeles, que habían caído a tus pies, enamorados y sumidos a tus deseos de juego y pasatiempo.

Sin embargo, después de jugar con tu peligroso naípe de amor, y salir bien librado de un ajedrez formado por tus amenazantes diversiones, sembré, en medio de tu soleada y cálida primavera, árboles de sinceridad que daban frutos de confianza y descanso. Construí en tu alegría iglesias y mezquitas, y templos y monumentos; todos solo para adorarte. Y subí a la montaña más alta de tu alma y enarbolé mi estandarte de amor, también purpúreo (pues soy rey de esas tierras, ya que las conozco mejor que nadie).

Yo volví del infierno de tu corazón, y conocí los reflejos de tu locura, el cielo de tu felicidad, el tormento de tus imprudencias, el caos de tus acciones, la pureza de tus sentimientos, los espejos de tus confusiones, el furor de tu pasión, el calor de tus primaveras y el hielo de tus inviernos. Nadie nunca me quitará esa poderosa corona, pues por más que cuentes tus pérdidas historias, nadie las vivió como yo, ni las vio como yo, ni las sintió como yo. Así me quiten la cabeza, querida niña, seré un decapitado coronado; un cráneo vacío de pensamientos, pero con un airón forjado por la historia de tu vida. Seré el guerrero y protector de tus paisajes vulnerables. Seré el poderoso Cerbero de tu alma y el dueño de tu recuerdo.

Sin embargo, me preguntó cuánto durará mi reinado en tales mundos. Aunque estas tierras son más mías que tuyas, (pues las conozco mejor que tú), todo lo que empieza debe terminar. No sé si el final de mi imperio está próximo, pero a veces sufro de horribles pesadillas, y sueño descender a la negrísima Siberia de tus amarguras, y me despierto cuando me veo viviendo en el ennegrecido cielo de tus olvidos. ¡Qué siniestra y apocalíptica alucinación! Temo por mi redención, y temo quedar encerrado e inerte entre las paredes de una casa terrorífica, emparedado como un cuerpo que un mórbido asesino debe ocultar.

Por todo esto, prefiero que me expulses y me exilies, mi amada, de tus mundos, a una Antártica fría, yerta y lejana, antes de que me entierres en la cripta oscura y tenebrosa, como un muerto que nunca supo vivir; como un vivo que siempre estuvo muerto.

LA CANCIÓN DEL JUEGO

Sumergido en su propia opulencia, el hombre actual ha mermado el poder de sus propias creencias a tal punto de desafiarlas. Hago esta afirmación porque los jóvenes actuales, y me incluyo, nos creemos omnipotentes, y, por actos de rebeldía y ego, aclaman más al Diablo que a Dios. El desafío a Dios se volvió común, y esto se dio por los inmensos avances científicos y tecnológicos que hacen casi todo posible.

En nuestra rebeldía y osadía, falseamos la existencia del Redentor por medio de los conocimientos que a nuestros ojos se han presentado en los últimos dos siglos. Siendo un experto en matemáticas y física, también actué así. Ya no me daba miedo negar los poderes teológicos. Por lo mismo, al olvidar el miedo a Dios, olvidé al Demonio.

Es muy común que los gustos perversos dominen varias mentes. Los placeres horribles y las acciones provocadoras son frecuentes, a tal punto de intentar ser ocultistas sin lograrlo. Ahora es fácil identificar una persona con estos gustos con solo mirarla de lejos. Pero parece ser que la persona en sí se jacta demostrando su «bravura», su valentía y su falta de temor al que llaman «Todopoderoso».

Ahora bien, todo esto fue citado porque así era yo. Amante de la oscuridad, del color escarlata del líquido que corre por nuestras venas, y de las insignias engendradas por el Mal. Me hundí en mi orgullo y me alimenté como un alma en pena de mis propios conocimientos. Lo tenía todo: Una reina que dominaba mi alma, unos amigos que se asemejaban más a sombras, una familia prominente y decente, dinero por doquier, etcétera.

El único pequeño inconveniente era que mi amada sufría una extraña enfermedad muy dolorosa. Su cuerpo no había asimilado bien los síntomas, y por lo mismo, se sumía en la cama constantemente. Los días anteriores a mi tragedia no pude ir a verla por cuestiones laborales; y ahora me arrepiento.

Mi rutina perfecta culminó cuando llegó mi muerte y los Ángeles, airados por mi desafío mortal, me ordenaron bajar por una escalera abovedada hacia el umbral del Infierno. El aire estancado era bochornoso, aunque todo estaba oscuro y no había fuegos alrededor. Bajé a tientas hasta ver el rótulo hecho trizas del portón de las tinieblas. Las lúgubres rejas estaban abiertas de par en par, y como llevado por un impulso enigmático, seguí un camino azotado por quién sabe qué maleficio, hasta llegar a una choza miserable.

Entré y llegué a una cámara no muy grande. En el medio de la cámara había dos sillas y una mesa. Las sillas eran de madera negra, bien labradas y con tallados elaborados. La mesa tenía el mismo porte, pero su superficie era de un barniz rojizo que me cautivó. Y, sobre la mesa, había un ajedrez hermoso de fichas marfiladas y lacadas. El tablero relucía sobre la superficie roja de la mesa, y las fichas, con formas humanas, parecían aletargadas, iluminadas por una lámpara que pendía de forma tenebrosa sobre la mesa, lanzando un brillo amarillento y podrido.

Llevado por mi curiosidad y un sentimiento indescriptible, me senté y detallé el ajedrez. Y, mientras lo hacía, sentí un aire cálido en mi rostro. Levanté la mirada y lo vi. Aun así, no titubeé, y le sonreí.

-¿Jugamos? -preguntó.

Acepté de inmediato, puesto que me había vuelto un maestro del ajedrez.

-Primero mira tus fichas -me pidió el Diablo.

Miré las fichas blancas, las mismas con las que debía jugar, y vi, para mi sorpresa, que todas tenían mi rostro. La torre era una hermosa edificación con una figura de mi persona en la cima. El caballo era un jinete con mi rostro. El rey era yo con una corona. Los alfiles eran mi figura vestida como un sacerdote (lo que me causó gracia, al igual que al Demonio). Los peones eran figuras de mí mismo, pero hincados y con la cabeza baja. Pero mi reina no tenía rostro.

-Ahora mira las mías -me pidió.

Las miré y me petrifiqué del temor. Las torres y los caballos tenían las imágenes de mis familiares. Los alfiles mis más preciados amigos. Los peones personas conocidas que apreciaba. La reina era la imagen de la mujer que amaba. Su rey... sin rostro. Así empezó la canción de «El Juego»:

-Ficha que salga del tablero, alma que es tragada por los socavones del Infierno -me aseguró, desdeñoso y tramposo.

Me levanté de inmediato, ofuscado y temeroso. -¡Entonces no jugaré! -increpé.

-¿Acaso piensas perder?

-¿Y si no quiero jugar?

-Quedarás entre estas llamas -añadió-. Solo si me ganas te ganarás el perdón de Dios, además de tus alas blancas.

Así que, resignado, asentí. -¡Que sea así! -exclamé furioso-. No perderé, y te ridiculizaré -añadí.

Pero el Demonio solo sonreía, y nada respondía.

Me es imposible describir el dolor que me causó efectuar jugada tras jugada. El Diablo en verdad parecía ser un principiante de vez en cuando, y muchas veces dejaba fichas sin protección, simplemente para ver mi rostro de dolor al sacarlas del tablero. Cada vez que esto sucedía, un grito lastimero invadía todo el recinto, como proveniente de hondas y negras catacumbas; y la voz era, sin lugar a dudas, la misma que la de la persona eliminada del juego.

-¡Qué horrible juego es éste! -exclamé incontables veces.

Pero el Demonio solo sonreía, y nada respondía.

Entonces, después de movida tras movida, y de dolor tras dolor, el Demonio y yo llegamos a un horroroso punto, un doloroso fragor, en el cual, entretejidos en ardua batalla, tenía una posibilidad de salvación. Pero, para recibir la tan anhelada redención debía matar a la reina del Diablo, a la princesa de mi corazón.

-¡Te maldigo! -le exclamé al verme encerrado.

Pero el Demonio solo sonreía, y nada respondía.

¡Qué horrible situación! Allí estaba, frente a mí, una ficha con su rostro, un significado de su alma. ¿Cómo el Diablo podía jugar así con las almas de mis amados simplemente para

condenarme a su dominio y a sus brasas? No recuerdo cuántas injurias le grité al Demonio, pero éste solo sonreía, y nada respondía.

Los minutos se volvieron horas, pero no me atrevía a mover mis fichas. Solo era manejar mi caballo para darle muerte a su reina, a mi amada querida. Pero la amaba con pasión. No deseaba que su bondadosa alma siquiera viera esos horribles pozos que genera la locura del Infierno. Me era imposible sacrificar su alma para salvar la mía. ¿Qué hacer?! Me levanté, injurié al Demonio, me volví a sentar, me tomé la cabeza, sudé, blasfemé, me sobé la frente, me volví a levantar, me volví a sentar, apreté los dientes, crispé los puños, busqué otra salida; pero supe que nunca la hallaría.

Entonces supe que mi error no había sido jugando esa partida, sino antes, en vida, cuando olvidé las fuerzas inexplicables, y olvidé la maldad del Ángel Caído, el creador de la envidia. Llevado por mi orgullo y mi razón supuse que el Diablo no era real, y que era un cuento para asustar. Incluso pensé en que era mejor reinar en el Infierno que servir en el Cielo. Pero en el Infierno se gobierna por el miedo y la desesperación. ¿Cómo olvidé que la maldad nos cobija a todos, y de ella nada bueno sale? ¿Por qué llegué a pensar que sería la mano derecha del Demonio, cuando éste no es más que un miserable traidor que no tiene clemencia por nadie y no sabe qué es la amistad o el amor?

Así que, llevado por mi infinito amor hacia mi querida princesa, tomé mi rey y lo acosté sobre el tablero, aceptando mi derrota y mi condena a esas horribles tierras. Pero, para mi sorpresa, escuché un grito desesperado que emergió del tablero de ajedrez. Entonces miré hacia la mesa y vi que la ficha marfilada y negra con la figura de mi amada sollozaba, arrodillada y arrepentida. Se cubría el fino y tallado rostro con sus manos, como si intentara ocultar la honda congoja que le dio al verme perder la partida.

-¿Por qué te has rendido, amado mío?! -exclamó furiosa y desdichada.

-No puedo condenarte -balbuceé a la pieza negra, sorprendido.

-¿Acaso no lo entiendes? -me preguntó aterrada y desesperada-. ¡Yo ya estoy condenada! -añadió con desesperanza.

Entonces supe el por qué mi reina no tenía rostro: Ya no estaba viva; ya estaba muerta. Supe que la enfermedad había hecho presa a mi amada, y ella habíase convertido en un delicioso cadáver, en un maligno señuelo. Ella había sido la única ficha condenada desde el inicio de la partida, y por ella me había sacrificado. Un placer envenenado, una malsana movida.

-¡Ahora tienes todas las almas de los que amo: Mis amigos y mi familia, el alma de mi amada, además de la mía! ¿Qué más quieres, maleficio encarnado y vertedor de la desdicha?! -le grité, condenado y sumido a las horrorosas Vampiras. Y lo maldije, y sigo haciéndolo, por el resto de mis infinitos y ennegrecidos días, con mi alma atormentada, enjugada, adolorida y destruida.

Pero el Demonio nunca prestó atención, y no se apiadó; pues al escucharme solo sonreía, y nada respondía.

MILENA

(LA PRIMERA SOMBRA)

Conocí a Milena cuando tenía diecisiete años. Ella tenía dieciséis. Y recuerdo que la primera vez que la vi llevaba ese horrible uniforme gris de colegio. Me la presentó un amigo que teníamos en común, y después de ese encuentro empezamos a vernos más seguido. Con el tiempo resultamos enamorándonos. A esa corta edad se piensa que ese primer amor será el amor de toda la vida; pero casi nunca es así.

Recuerdo con nostalgia cuánta alegría me daba al verla, con su cabello rojizo suelto al viento, y sus ojos almendrados brillando como soles verdes en un rostro marmóreo y fino. Yo quería comprometerme rápido con ella, pero Milena por el contrario quería ser libre, experimentar, conocer. Y en su afán de locura, se llevó mis sentimientos a los abismos. Sí que sufrí durante nuestra relación, pensando dónde estaría, con quién estaría, qué estaría haciendo. Finalmente, después de unos años, decidimos terminar el noviazgo.

Sin embargo, durante muchos años ella siguió atormentándome, provocándome en cada encuentro (pues sabía que yo seguía enamorado de ella). Y cuando yo caía a sus pies, ella, con mirada triunfal, volteaba el rostro para evadir el beso, o ponía sobre mí otros hombres, humillando mi ego. Nunca quiso verme con otra mujer, pero tampoco me quiso a su lado. Estos dolorosos años hicieron que la amara y a la vez que la odiara con todas mis fuerzas.

Yo tenía veinticinco años cuando supe de su muerte, causada por un accidente de tránsito. La lloré como ninguna otra persona, aunque parte de mí descansó por fin de esa amarga dependencia. El saber que ya no estaba inspiró en mí satisfacción más que angustia, pues ya a esa edad la odiaba, casi tanto como a mí mismo.

Entonces, una noche tormentosa y de furiosos vientos, fui a su tumba con una rosa roja, y con profundidad le dije: -Descanso de ti, tormento de mis tormentos. Te amé y te guardé aprecio, pero ahora te guardo rencor, y por lo mismo te maldigo, y maldigo tu alma para que me vea con más mujeres. Te maldigo para que veas lo feliz que seré en el futuro, y tú, en cambio, recibirás el beso del gusano y la tela de la araña.

Después de dicho esto solté una carcajada senil, como invadido por un demonio, y volví a mi casa.

A los meses, llámese suerte o destino, conocí a una mujer hermosísima, completamente diferente a Milena. Su nombre era Luz. Después de un breve cortejo decidimos entablar una relación, y después de dos años decidimos casarnos. No miento al decir que ese fue el día más feliz de mi vida.

Luz se quejaba constantemente de mi falta de afecto hacia ella, pues yo no era muy expresivo. Sin embargo, omitía ese detalle por el infinito amor que me tenía. Yo me quejaba de sus celos, pero a menudo me sentía agradecido por la importancia que me daba. Los años que había sufrido bajo la fuerte seducción de Milena me habían hecho olvidar mi propia dignidad, y por lo mismo la importancia que yo podía generar.

Los primeros dos años fueron una verdadera luna de miel. Había olvidado a la difunta definitivamente, y ahora me entregaba sin dudarle a las cuerdas del amor. Pero ya pasado el segundo año de matrimonio mi esposa cayó enferma. Con el tiempo empezó a palidecer, a temblar de fiebre y a sufrir mucho de sed. Hice llamar a todos los médicos que conocía, incluso médicos reconocidos; pero todos llegaron al mismo diagnóstico: «Daño al sistema inmunológico por causas desconocidas». Jamás había creído en el Todopoderoso, pero durante semanas le oré pidiéndole que salvara a mi amada esposa.

Pero ella no mostraba una mejoría duradera. A veces parecía rehabilitada, pues se levantaba de la cama con color en las mejillas, y se apresuraba a abrazarme y a besarme, y a decirme cuánto me amaba. Pero en pocas horas volvía a postrarse en la cama, enferma y pálida como el marfil. Ella decía que sentía como si un bloque de cemento le apretara el pecho, y a menudo se sentía sofocada, a tal punto que no podía respirar. Durante estos espasmos yo no podía hacer más que hablarle y tomarla de la mano.

Un día soleado a finales de septiembre ella se levantó muy animada, como si le hubiera vuelto la salud. Fuimos a los jardines tras la casa, y bailamos y cantamos. Yo le tomaba el rostro con cariño y la examinaba, y veía en sus pulidas facciones una salud recuperada. Entonces me puse muy feliz y la besé. Esa fue la última vez que estuvo de pie.

Mi amada Luz murió un 9 de octubre. No se supo la causa de su enfermedad. Fue la pérdida más dolorosa que tuve en mi vida. Y, aunque parezca una locura, en su funeral, mientras miraba la inscripción en su lápida, solo podía pensar en la infame Milena. ¿Por qué ella se venía a mi cabeza como si fuera una pesadilla? ¿Acaso no la había olvidado? Incluso alcancé a pensar que se burlaba de mi desdicha desde el más allá. Si estuviera viva lo hubiera hecho, así que no se me hizo extraño. Entonces la odié todavía más, aunque estuviera sepultada.

Pasaron los años, y a medida que esto sucedía, dos sentimientos se incrementaban: Uno era el profundo dolor que sentía por la pérdida de mi amada Luz, y el segundo el intenso odio que sentía por Milena. El solo acordarme de la eterna joven pelirroja (murió cuando todavía era joven), hacía que la sangre subiera a mi cabeza. El solo escuchar mencionar su nombre, aunque no se refirieran a ella, me hacía crispas los puños y apretar los dientes.

Cuando todavía estaba sumergido en estos hondos dolores, conocí a Lida, mi segunda esposa. No entraré en detalles de cómo ni cuándo empezamos nuestra relación. Nos casamos a los dos años y medio de habernos conocido. Mas no la amaba tanto como a mi querida Luz. Ella lo sabía, y aun así me amaba y hacía todo lo que estaba a su alcance para que yo la amara. Siempre lo intentó en vano. Yo deseaba amarla, pero no lo lograba. Aun así, nuestros días juntos fueron muy felices.

Pero, como si en mí pesara una maldición, mi querida Lida también enfermó. Los médicos, ya empezando a sospechar de mí, llegaron al mismo diagnóstico: «Daño al sistema inmunológico por causas desconocidas». ¿Qué había hecho para merecer eso? Al principio no encontré respuesta, pero la respuesta llegó antes de que mi querida Lida muriera.

Recuerdo que tanto Lida como Luz sufrían mucho de sed durante la enfermedad. Entonces yo les llevaba un vaso de agua cada dos horas. Ambas los tomaban con avidez, y al hacerlo,

parecían entrar a una paz fuera del mundo. Pero esa paz duraba poco, y empezaban de nuevos los ataques respiratorios y los estrepitosos escalofríos.

Una noche de diciembre, cuando el cielo estaba repleto de estrellas y la luna menguaba, me di cuenta de lo que había sucedido con Luz y con Lida. Como ya era costumbre, llevé el vaso de agua a mi amada. Me senté en la cabecera de la cama y le mecí el cabello. Ella no se tomó el agua de inmediato. Entonces me levanté un momento, no recuerdo para qué, y cuando volví vi, asombrado y a la pálida luz de las estrellas, que una mujer pelirroja y traslúcida vertía unas gotas de algún espantoso brebaje rojizo en el vaso de mi amada. Poco después la mujer, vestida de sedas rosadas y con la piel lívida, desapareció. El agua siguió límpida, como si nada hubiera caído en ella, y mi mujer la tomó; eso fue lo último que hizo.

A menudo esa escena vuelve a mi mente. Aunque la vi por un momento, estoy seguro que esa mujer era Milena; quizás su fantasma. Ella había envenenado constantemente a las dos mujeres que me habían hecho feliz. Entonces supe que en mí pesaba la misma maldición que le había lanzado a mi antiguo tormento.

-«Te maldigo para que veas lo feliz que seré en el futuro, y tú, en cambio, recibirás el beso del gusano y la tela de la araña» -le dije. Pero de una maldición nada bueno sale. Ella sí me vio ser feliz; pero, irritada por mi alegría, se esmeró en arrebatármela, y lo logró. Nunca más tuve otra mujer.

De vez en cuando siento el cálido aliento de Milena en mi cuello cuando me acuesto. También siento su caminar por la casa, y su risa maliciosa cuando llegan a mí recuerdos de mis profundas pérdidas. A veces canta rondas infantiles y susurra frases inentendibles. Ahora que mi vida ha pasado por mis ojos, y ahora que sé que de ella jamás podré librarme, no puedo hacer más que resignarme a una muerte solitaria, cortesía del recuerdo de la mujer que amé, que maldije y a la que ahora tanto odio.

EL JOLLÍN DE LAS BRUJAS (LA SEGUNDA SOMBRA)

*«Cuando me busques aquí, amado mío, ya no me encontrarás;
pero encontrarás un presente en 'nuestro' salón.
Espero te sirva para calmar los tormentos que te acompañaron durante
estos años en los que estuvimos separados.
No olvides cuánto te amo.»*

Diana.

Conocí a Diana por medio de un amigo cercano. Su profundo y suave tono de voz me hipnotizó casi de inmediato, pues era calmo y tranquilizante. Sus ademanes eran serenos, y siempre parecía estar segura de lo que decía.

Después de cuatro años de noviazgo, Diana y yo decidimos casarnos. Ambos sabíamos que podríamos sobrevivir con mi trabajo de cobrador y de su música. Ella era profesora de violín en un claustro a las afueras de la ciudad. Por petición de las religiosas, decidimos mudarnos a la abadía al año y medio de casados.

Ya en el convento empezaron los conflictos. Los intelectos de mi amada y los míos eran completamente opuestos. Yo tenía grandes estudios, y mi fe era poderosa como tormenta. Estaba muy apegado a un ser supremo, y mis creencias eran fundamentadas. Aun así, es bien sabido que cuando uno está enamorado desea involucrarse en los asuntos de su pareja, y moldea los gustos personales a los de su amor. Además, al estar sujeto a oníricos pensamientos, a mi amada no le quedaba nada difícil destrozar mis afirmaciones. Diana era poderosa de mente y su erudición era gigantesca, pero sus gustos eran extraños, incluso siniestros. Se aferraba a la oscuridad, a lo oculto, a lo enigmático. Sus libros eran antiguos volúmenes de textos apócrifos y corrompidos, y a menudo se dejaba llevar por la metafísica.

Estos gustos también los reflejaba en su obra. Docta en música, siempre se guiaba por las notas misteriosas. Cuando la abadía dormía, y la luna y las estrellas iluminaban de plata los amplios salones de las torres puntadas, mi amada se dejaba llevar por sus deseos, y entonaba melodías dignas de una iglesia espectral. Yo simplemente me dejaba guiar por tal música, y a menudo, cuando Diana terminaba, era yo quien estaba empapado de sudor, quizás por el miedo o por el fervor; aún no lo sé. Ella, por el contrario, ni siquiera realizaba una mueca. Simplemente guardaba su rojo y barnizado violín y me miraba con ese brillo melancólico de sus ojos azules. Nunca, por lo menos que yo recuerde, vi expresión de furia o temor en el rostro de mi amada. Siempre parecía apacible, calmada y metódica. A veces pienso que ni siquiera era humana.

Con el tiempo, y sin desearlo, me fui sumergiendo cada vez más en su música maligna, olvidando por completo mis antiguos pensamientos. Al mismo tiempo, un deseo aborrecible de furia me invadió, pues poco a poco mi ser fue atado a sus enseñanzas, haciéndome olvidar mi fe y mi religión. Además, su inexpresivo tono de voz me exacerbaba. Por todo esto, (y espero que Dios me perdone), empecé a ansiar el momento de su muerte para sentirme libre

de esa oscura abadía y de su diabólico entorno. Pensé que con su muerte podría volver a mí fe y al camino del bien.

Ella sabía que la odiaba, pero nada decía, y en vez se dedicaba más a mí. Se puede pensar que deseaba que la amara, pero yo la conocía, y estoy más que seguro que lo hacía solamente para atormentar mi perturbado ser. Ella sabía que, de manera extraña, tenía mi voluntad atada a su genio y a su obra. La detestaba, pero no podía dejar de escuchar su música, ni tampoco podía separarme de las horribles hojas de sus abominables libros. Quizás esa dependencia fue la que me llevó a sentir tanto odio.

Hubo una melodía en especial que mantenía mi ser preso a su voluntad. Ella la llamó «El Jollín de las Brujas». Era una melodía en verdad perversa, aunque elaborada, y cuando la tocaba en el salón principal, las paredes hacían rebotar las notas como si no las desearan, lo que causaba una acústica excelente. De por sí tocaba El Jollín en las noches de tormenta, así que a menudo un rayo imperioso iluminaba el salón, y también la iluminaba a ella, que no dejaba de tocar el siniestro violín. Cuando esto pasaba su imagen parecía la de un fantasma, la de un alma en pena que busca consuelo en notas tenebrosas. Esto me estremecía, pero no podía vivir sin tal sensación.

Ahora bien, el mes de agosto las religiosas decidieron hacer un viaje a uno de esos santuarios que quedan en lugares remotos. Solo mi mujer y yo nos quedamos en la abadía. Dos días después del viaje de las religiosas, una furiosa tempestad cubrió todo el cielo. Entonces me dispuse a escuchar a Diana. Ella, calmada como siempre, subió hasta el salón principal, conmigo detrás como si fuera su mascota en vez de su esposo. Cuando ya estuvimos arriba ella empezó a tocar su violín, y me hundió en un extraño frenesí.

Entonces, con pensamientos contradictorios y violentos, me acerqué a ella, presto a matar. Diana, consiente de mi odio, siguió tocando para atormentarme. No había más sonido que el de sus terroríficas notas. Un dije de plata le brillaba en el cuello, y el cabello negro y liso se le veía lustroso a la luz de las lámparas empotradas en las paredes del salón.

Pero cuando ya estuve frente a ella me sentí incapaz de ponerle las manos encima. Ella no me miraba. Simplemente mantenía los ojos cerrados y meneaba la cabeza mientras sentía el violín en su mentón. Así que, temblando por las notas y con los brazos colgantes, permanecí frente a ella, inmóvil como el grabado de un muro.

La melodía finalizó. En el dije pulido alcancé a ver mi pálido rostro de ojos rojos, como si estuvieran inyectados de sangre. Ella, con la misma expresión de tranquilidad, guardó el violín en su estuche negro y bajó las escaleras con paso solemne; consiente de que su marido estuvo a punto de matarla.

Yo la seguí por las escaleras hasta el cuarto. Ya allí, ella simplemente me deseó una feliz noche, me dio un beso en la frente y se acostó. Su tranquilidad me enervaba cada vez más. Permanecí sentado por varias horas frente a la cama, tomándome la palpitante cabeza y viéndole el rostro inflexible hundido en un sueño que parecía profundo. Su respiración era constante. ¿Cómo alguien puede dormir frente a una persona que desea asesinarla? ¿Cómo dormía frente a un hombre que la detesta?

Entonces, incapaz de aguantar más mi trastorno, saqué el violín del estuche, reventé una de las cuerdas y me acerqué a mi esposa. Cuando me puse sobre ella tenía los párpados abiertos, y clavaba sobre mí su mirada azul; pero no mostraba temor.

-Puedes hacerlo, mi amado -me dijo con voz melódica y profunda-; pero nunca te librarás de mi música. Yo no te odiaré por quitarme la vida, pero tú me odiarás siempre porque mi música te enloquecerá. Mis melodías jamás saldrán de tu cráneo, amado mío, y te atormentarán por el resto de tus días, recordándote que mataste a quien tanto te amó.

Yo nada dije. La tormenta seguía y el sonido de las gotas sobre las ventanas era lo único perceptible en la abadía. Mis manos temblaban de ansiedad y mi frente estaba enjugada en sudor.

Ella, sin temor, y al no escuchar respuesta de mi parte, levantó la arrogante cabeza y mostró su delicado cuello, adornado por la plata. Así me invitó a que la ahorcara... y así lo hice.

Enterré a mi amada en los patios traseros del claustro, bajo la lluvia y entre el barro. Después subí a mi cuarto con increíble serenidad, me puse mi ropa de dormir y me cobijé hasta el cuello. Quizás era por mi estado de locura, pero dormí más tranquilo de lo que lo había hecho durante mis años de matrimonio.

Al día siguiente me levanté temprano. El sol iluminaba los cielos y el viento era cálido y dulce. Con gran tranquilidad tomé mis pertenencias y las de mi difunta esposa, las empaqué y dejé una nota a las religiosas diciendo que asuntos urgentes nos habían hecho volver a la ciudad. Les agradecí por esos años de atención, y me fui.

Sin embargo, no volví a mi ciudad natal. En vez, arrendé un pequeño apartamento en una ciudad donde era un completo desconocido. Inicié una nueva vida, tomé un buen empleo y me dispuse a descansar de los negros años pasados y de la oscura abadía.

Después de unos meses, mis noches tranquilas cesaron y empezó mi verdadero suplicio. Mis noches se tornaron largas, y la imagen de mi amada tocando el violín se me hizo muy frecuente. Esas horribles visiones se volvieron cada vez más claras, hasta que ya no pude olvidar la maligna melodía que mi amada había tocado para mí en su última noche. La escuchaba todo el día: En mi trabajo, en mis descansos, en mis sueños. No cesaba, y esos finos movimientos cada vez subían más de volumen, al punto de que a menudo gritaba o hablaba muy fuerte para acallar las notas en mi cabeza.

Al principio, y era de esperarse, todos pensaron que estaba sufriendo de alguna enfermedad auditiva; pero no me estaba quedando sordo. Era simple: La melodía de la difunta subía de tono de vez en cuando, como si tuviera puestos unos audífonos. En uno de estos extraños lapsos le grité a mi jefe, que consideró que mi despido era necesario; pues como era cobrador, no podía tratar a los clientes a los gritos.

Sin poder conseguir un nuevo trabajo, me vi obligado a volver a la casa de mis padres, a mi ciudad natal. Me hice exámenes médicos, pero mis oídos estaban perfectos. Sin embargo, esa horrible música no cesaba. ¡Nunca se detenía! Mis noches se volvieron insomnias constantes, lo que causaba soñolencia por el día. Conseguí algunos trabajos temporales, pero por el mismo agotamiento y deterioro tuve que renunciar a todos.

Aun así, logré aguantar esta situación casi tres años. Nunca me arrepentí de mi cruel acto, aunque a menudo recordaba su cuello enrojecido por la cuerda de violín, y veía sus ojos azules, sus cabellos negros y el dije de plata. Su rostro, siempre frío, se fosilizaba en mi cabeza con frecuencia. Mas la imagen que más me llegaba a la mente era la de ella tocando el violín entre las lámparas, en el amplio salón de la abadía, en medio de rayos y truenos. ¡Y esa maldita música no cesaba! Ese horrible Jollín se volvía insoportable, y subía de tono hasta opacar mi propia voz. ¡No lo podía tolerar más!

Así que, llevado por un trance y una crisis nerviosa, subí una noche a mi auto y conduje como un loco hasta el claustro. La noche era lluviosa, tal y como la noche de mi infamia. Llegué a la abadía y le pedí a una religiosa que me dejara entrar. Ella se atemorizó por mis gritos, pero me dejó pasar. La música cada vez se hacía más intensa, y me pareció por un momento que esa tocata espantosa iba a hacer estallar mi cráneo de un momento a otro.

Entonces llegué a los patios traseros, pala en mano, y, a la vista de las atónitas religiosas, empecé a cavar para encontrar el cuerpo de mi difunta esposa. Creo que algunas religiosas me pidieron que me fuera, pero yo solo podía escuchar El Jollín, que se intensificaba a medida que me acercaba a su compositora.

Cuando finalmente sentí golpear algo con la pala, empecé a escarbar con mis manos. Creía que si confesaba mi delito la música cesaría. ¡Cómo odié a mi esposa! Seguí escarbando. Esperaba encontrar sus podridos huesos y sus vestidos harapientos; pero en vez encontré una cajita con una simple nota. La misma nota que cité al principio. Creo que es prudente citarla de nuevo:

*«Cuando me busques aquí, amado mío, ya no me encontrarás;
pero encontrarás un presente en ‘nuestro’ salón.
Espero te sirva para calmar los tormentos que te acompañaron durante
estos años en los que estuvimos separados.
No olvides cuánto te amo.»*

Diana.

Quedé petrificado, aterrorizado de encontrar un escrito en vez de encontrar el cuerpo de Diana. ¿Acaso ella había dejado la nota allí antes de morir? ¿Acaso la enterré viva? No, no era posible. ¡¿Entonces dónde estaba Diana?! Ya habían pasado tres años. ¿Acaso sus huesos habíanse vuelto polvo? Imposible. ¿Acaso sus huesos habíanse unido de nuevo para revivirla? ¡Qué locura!

Apenas acabé de leer y releer la carta, volvió a mi cabeza la terrible música. ¡Dios mío, otra vez esa música! Entonces, bajo la atenta y asombrada mirada de las religiosas, y bajo las frías gotas de lluvia, me tapé los oídos, intentando no escuchar más El Jollín de las Brujas; pero me era imposible, pues estaba en mi cabeza, tal y como ella lo había dicho antes de que la ahorcara. ¡Maldita sea mi difunta esposa y maldita sea su obra que nunca acaba!

Con el mojado cabello pegado al rostro y arrodillado en el fango, miré mis manos y vi que tenía sangre sobre las yemas de los dedos. Mis oídos ahora sangraban. Entonces, frenético, subí corriendo la escalera en caracol hasta llegar al salón principal. No había más luz que el blanco destello de los rayos rutilantes. Entonces busqué el «presente» que Diana mencionaba en su enigmática carta.

Cuando me acerqué a la silla verde donde siempre me sentaba a escucharla, me pareció ver a la luz de un rayo una imagen negra, una sombra femenina recortada contra el destello blanco y momentáneo de la ventana frente a mí. Sostenía en una mano un violín, y con la otra señalaba hacia el techo. Pero la aterradora sombra desapareció en seguida, apenas el rayo se apagó y las tinieblas volvieron al salón. Casi al mismo tiempo un trueno azotó las nubes grises y retumbó como un eco cavernoso en el recinto.

Entonces miré hacia arriba, hacia donde el espectro había señalado. Allí vi el macabro «presente» que mi antigua amada me había dejado después de muerta. Amarrada en una viga a modo de horca, una cuerda de violín pendía de forma fantasmal, como mecida por una mano invisible. Por extraño que parezca, supe de inmediato que con esa misma cuerda había matado a mi mujer.

-Así que quieres calmar mis tormentos -dije al viento, mientras la música se hacía más y más fuerte, y por mis oídos goteaba la cálida sangre. Entonces, bajo lo que yo denomino voces y cánticos de hechiceras excomulgadas, corrí la silla hasta que estuvo bajo la cuerda, miré con detenimiento mi patíbulo y me ensimismé, como si una calma repentina reposara en el aire, ajena a la tormenta y a mis terrores. Descansé entonces al pensar en el suicidio, y sentí una paz grande, muy grande, pues supe lo que tenía que hacer...

LA PESADILLA

Después de leer mucho sobre el significado de los sueños, supe que hay tres tipos: Sueños proféticos, sueños ocasionados por el entorno y sueños que reflejan nuestros más grandes deseos. De los proféticos nada puedo explicar, pero los otros dos tipos son formados por el cerebro, normalmente producidos por los últimos pensamientos antes de caer en el sueño profundo. Durante mi vida he tenido los tres tipos de sueños, y en este escrito relataré algunos de los que me acuerdo.

Recuerdo que en mi adolescencia tuve un sueño producido por el deseo. Durante esa etapa de mi vida estaba enamorado de una bella jovencita, y ese sentimiento fue la semilla del sueño. Recuerdo que ambos estábamos en un recinto que nunca había visto en mi vida, pero que en mi sueño sabía que conocía. Ella se sentó en un bello sillón. Yo me senté a su lado y la besé con gran intensidad. En ese momento el recinto empezó a desplomarse alrededor, las paredes se agrietaron, los cimientos se movieron estrepitosamente y cayeron pedazos completos del techo. El sitio se destrozó por completo, arruinándose, pero nosotros seguimos besándonos, sin importarnos lo que sucedía a nuestro alrededor. Cuando el beso terminó nos vimos los rostros, y la alegría brotó de nuestros ojos como faros blancos, mientras la dulce luz del sol nos bañaba los rostros. Siempre deseé ese beso, lo que explica tal sueño.

Hubo otro sueño en donde fui coronado por una princesa hermosísima. Entonces salí a un balcón alto y vi a mis pies miles de personas, todas ovacionándome y vitoreándome. Ese sueño significa mis ansias de poder y de gloria.

Ahora bien, hubo pequeños sueños que tuvieron que ver con mi entorno. Recuerdo un sueño en donde un verdugo me preparaba en la horca. Sentí cómo me ponía la soga alrededor del cuello, y, cuando sentí la sofocante presión, abrí los ojos y sentí mi cuello adolorido. Entonces noté que uno de los cordones de la cortina me rodeaba el cuello. El cordón había caído sobre mí, y se había enredado sobre mi cuello al voltearme dormido.

El sueño de entorno más común que tengo se produce cuando me duermo escuchando música. Siempre sueño tocando en una banda, aunque nunca les veo el rostro a mis compañeros. Pero siempre sueño tocando la misma canción que estoy escuchando cuando abro los ojos.

Finalmente están los sueños proféticos, sueños que tienen significados. Al principio no creía en ellos, pero con el tiempo me di cuenta que esos sueños influyen de una manera que todavía no puedo explicar en la vida real. Un sueño que muchas personas tienen, y me incluyo, es el de caer al vacío. Éste ha sido uno de los pocos sueños que se ha vuelto repetitivo: Estoy en la orilla de un alto acantilado. Abajo hay un mar enfurecido que rompe sus olas en los despeñaderos. Entonces, de repente, siento que alguien me empuja. No tiene rostro, pero alcanzo a ver su figura. Mientras caigo siento el vértigo inundando mi cuerpo. Pero he aquí la diferencia con otros sueños semejantes: Al caer no despierto de inmediato, pues siento el crujir de mis huesos rotos cuando caigo sobre las rocas. Cuando me despierto tengo la respiración acelerada y el sudor sobre la frente. Siempre que tengo este sueño alguna persona cercana me traiciona.

Recuerdo otro sueño en verdad aterrador, un sueño del cual jamás busqué el significado por temor a sus negros matices. Recuerdo que llegaba a un barrio sobre una colina. Es uno de esos barrios miserables donde las casas son de techo de aluminio y los ladrillos forman débiles paredes que les sirven a los desdichados como refugio.

Yo estaba haciendo un documental, mas no tenía cámara alguna. Simplemente relataba lo que veía. Entonces, como uno de esos programas de medicina brutal, empecé a explicar el motivo por el cual los habitantes de allí eran diferentes. Tengo la clara imagen de un bebé que caminaba desnudo por una de esas callejuelas, llorando y con los ojos entrecerrados y la boca bien abierta. Tenía la piel muy enrojecida, pero lo verdaderamente aterrador era que tenía seis brazos en su torso, tiesos y malformados. ¡Todos, absolutamente todos los habitantes de ese barrio infame y tenebroso, tenían la piel purulenta, rojiza y sarpullida, y tenían seis brazos! Y veía cómo los niños morían en la calle, olfateados por perros sarnosos y destrozados a picotazos por cuervos malignos. ¡Qué imágenes tan horripilantes!

Aunque me impresionaba ver estas mutaciones, sentía que sabía todo de ellas, como si en verdad las hubiera estudiado antes de realizar ese documental. Sabía que la posibilidad de que uno de esos infantes malformados llegara a ser mayor de edad era casi imposible. Los que lo lograban permanecían casi toda su vida postrados en la cama, utilizando cremas y ungüentos para la piel. Sus brazos parecían muertos, pues no podían utilizarlos. Era en verdad horrible.

Y, sin embargo, hay una cuarta clase de sueños, una clase que los expertos omitieron. Hay un sueño espantoso y grotesco que arruina las mentes y horroriza el alma, recubriéndola de los terrores más intensos. He aquí el mundo de las pesadillas. Hay una pesadilla en concreto que me marcó para siempre, un sueño terrible que me cambió por el resto de mi vida, y es el sueño que recuerdo con más lucidez.

Quizás mi cerebro anidó tan tétricas imágenes por mi amor al terror, y las incubó en mi subconsciente como una semilla negra y famélica. ¡Qué horrible pesadilla! El solo recordarla estremece toda mi alma, pues sé que está repleta de significados, de síntomas ocasionados por mi entorno y, si hay algo de deseo, es el deseo más miserable que puede germinar de un hombre.

Bien, recuerdo que me encuentro en una llanura yerta y esteparia. Nubes de polvo suben y bajan, entrando a mis ojos, a mi nariz y a mi boca. Es una sensación sofocante y fastidiosa. El cielo es pálido y melancólico, sin astros ni vida, y cargado de nubes plomizas y de rayos que inflaman las alturas. Alrededor no hay más que un monte solitario, sombrío, como esas montañas volcánicas que producen terror.

Con un cansancio que no puedo explicar, camino pesadamente hacia el monte, buscando algo que desconozco, pero sé que lo estoy buscando. A medida que me acerco veo que la llanura empieza a craquearse, dejando profundas grietas a mis pies. Esas grietas se van anchando, y, para cuando estoy llegando a las laderas del monte, por esas fisuras melladas ya corren ríos rojizos.

Sigo caminando y empiezo a sentir miles de moscas zumbando de manera violenta a mi alrededor. Intento espantarlas, pero siguen azotándose como batallones negros y líquidos que se mueven como listones sonoros y oscuros. Cuando por fin llego al monte quedo presa del horror, pues veo que no es una elevación de piedra y helechos. ¡Es una montaña de carne, ceniza y huesos! Sé que tiene un cráter, pero nunca lo vi. El cráter vomita ceniza y huesos carbonizados. Pero de las laderas descienden arroyos escarlatas y espesos que se convierten en ríos luctuosos al desembocar en las fisuras de la llanura.

Pero mi temor estalla por completo al encontrar lo que busco. Sabía que lo estaba buscando, pero quizás una parte de mí tenía la esperanza de no encontrarlo. Y, sin embargo, sabía que estaba allí, en el monte, exactamente donde escarbé, entre calaveras y cadáveres. ¡Allí estaban! Normalmente el soñante despierta apenas la adrenalina lo sumerge por completo, pero este no fue el caso. ¡Allí estaban, entre carne pútrida y huesos ennegrecidos, los rostros de mi madre, de mis hermanas y de mi amada! Permanecían blancos, casi azules, con los ojos abiertos y con una mirada vacía pero aterradora. Todas ellas me miraban, pero no parpadeaban, ni cerraban la boca, ni movían un solo dedo. Las moscas les caminaban sobre los ojos y se metían en sus oídos. Y todas, inconscientemente, me lanzaba una sonrisa macabra desde unos labios carcomidos y unos maxilares rojos y desprovistos de piel. Peor aún, bajo el rostro de mi amada vi dos rostros de unos niños, con expresión de dolor y cernidos por la muerte. ¡Dios mío, mis hijos!

Cerré los ojos de frío y de terror, esperando abrirlos de una vez y acabar con tan dolorosa pesadilla. Pero al abrirlos me vi lejos del monte, como si por acto reflejo hubiera corrido para escapar de esa altura horripilante, o como si los mismos cadáveres del monte hubieran revivido y hubieran caminado gran trecho, y hubieran muerto de repente, formando de nuevo esa oscura montaña, semejante a un monumento lastimero.

Entre la montaña y yo había un gran número de árboles azotados, sin hojas y repletos de hongos venenosos. Parecían almas en pena que se habían fosilizado apenas habían escapado de esa áspera tierra. Y, sobre los árboles, reposaban cuerpos ahorcados que se mecían lentamente, produciendo ese sonido de tensión en las sogas, y lanzando unas lánguidas sombras bajo un crepúsculo púrpura de nubes negras.

La gran carga de significados indica en esta pesadilla malos augurios. Quizás es el peligro en el que se encuentra mi familia, o lo estropeado que mi cerebro puede estar. Pero hasta ahora todavía no he podido descifrar el significado con precisión. Sin embargo, allí no acaba el sueño.

De repente el polvo empezó a fatigarme, pues se tornó más asfixiante. Entonces me vi obligado a beber de esos ríos espesos y nauseabundos, mientras a mi alrededor caía una noche escabrosa. En este momento el sueño se vuelve más lúcido, pues es como si una verdadera noche cubriera el horizonte. Nada era visible, y solo cuando los rayos blancos iluminaban momentáneamente el cielo veía ese lúgubre mundo.

Cuando el amanecer llegó la montaña se había desplazado de nuevo, pero yo no me había movido en toda la noche. Simplemente miraba alrededor, intentando no sucumbir a la locura

y al miedo. Entonces sentí hambre. Así que tuve que ir hacia la montaña y empezar a devorar la poca carne que todavía estaba en buen estado.

Y, hasta el día de hoy, veo con desconsuelo el amanecer y el atardecer purpúreo en el horizonte, y los días lúgubres y las noches llenas de tinieblas. Cada noche la montaña se mueve de nuevo, y los árboles andantes, tomando formas monstruosas, sacuden en sus ramas los infames cuerpos.

Hay sueños que los estudiosos oníricos no expusieron en sus filosofías, y que se tornan horriblemente reales: Los sueños de los que nunca se puede despertar. Y anhelaría que los filósofos hubieran dado una solución a este problema, pues estoy en verdad cansado de alimentarme de carne muerta y sangre insana, mientras mantengo la esperanza que pronto despertaré de esta horrible pesadilla.

EL TEMPLO SUBTERRÁNEO

Es sencillamente increíble imaginar que en tiempos modernos aún se crea en sacrificios humanos para calmar a los dioses; pero ahí estaba yo, llevado por quince aldeanos al templo en la cueva. Yo era un turista, pero, no sé por cuál motivo, decidieron llevarme como ofrenda a un demonio desconocido. Al parecer la aldea estaba sufriendo, y por eso apenas llegué al pueblo decidieron amarrarme y llevarme a las afueras, al templo, para encerrarme allí y morirme de hambre o inanición.

Antes de llegar a la cueva me vendaron los ojos; por lo cual nunca vi la entrada. Caminé empujado por uno de los aldeanos cuesta abajo mientras sentía cómo bajo la venda todo se oscurecía, hasta finalmente ver sólo una luz mimbrenña y amarilla. Entonces me desamarraron las manos y escuché el cerrar de la puerta a mi espalda.

Apenas sentí mis manos libres me quité la venda y examiné mi entorno: Frente a mí estaba un altar de piedra gris con seis velas blancas y varios papiros con letras extrañas. Más allá del altar nada era visible. Todo el rededor estaba oscuro. No alcanzaba a ver los bordes del recinto. El olor era a humedad y un frío terrible golpeaba mi cuerpo tembloroso. Al principio pensé que era una broma de mal gusto, y no medí el verdadero peligro de mi situación; pero a medida que pasaban los minutos, y veía cómo las velas se iban derritiendo, empecé a preocuparme.

Inicialmente me acerqué a la puerta, pero por más que intenté forzarla no pude. Entonces vi una piedra grande y un palo en el suelo, por lo que pensé en romperla. Empecé a darle golpes con el palo, pero desistí al ver que la puerta no cedía. Entonces tomé la piedra y vi que tenía un borde filoso. Así que empecé a golpear la puerta con la piedra. Al principio la puerta parecía imbatible, pero poco a poco empezaron a formarse fisuras pequeñas. Esto me animó, pero después de pocos golpes quedé exhausto. Así que simplemente solté la piedra, me sobé la mano y me senté para descansar un poco.

Mientras lo hacía veía cómo las velas poco a poco seguían muriendo, ocultando de a poco el altar tallado en la piedra. Entonces empecé a reflexionar, y empecé a odiar a los aldeanos por su ignorancia y fanatismo. Al mismo tiempo empecé a sentir más frío y hambre. El estómago empezó a dolerme y la garganta se me tornó arenosa.

Pero lo que en verdad me sacudió fue ver que una de las velas se apagaba por completo, dejando gran parte de la cueva a oscuras. El cambio fue muy abrupto y notorio. Esto me aterrizó, pues supe que debía abrir esa puerta antes de que la luz se perdiera por completo. La oscuridad total siempre me había aterrado. Toda la vida fui un ciudadano, por lo que la oscuridad total era casi desconocida para mí. Solo la experimentaba cuando iba a la finca de mi abuela, pues allí la noche era muy oscura y solo estaba la luz de la casa.

Así que me apresuré a seguir mi empresa con la piedra. Pero apenas me levanté vi con preocupación que una segunda vela se había apagado, dejando el salón cada vez más oscuro. Entonces escuché con claridad un mugido débil, como de una persona amordazada. Al principio pensé que era el viento que se había colado por alguna fisura, pero lo escuché por

segunda vez, esta vez claro como el agua. Entonces las manos me empezaron a sudar y a temblar de terror. Solté la piedra, incapaz de sostenerla a causa del miedo, y un frío me trepó por el pecho, haciéndome respirar de manera acelerada.

-¿Hay alguien ahí? -pregunté con la voz entrecortada, pero no recibí respuesta. Entonces entrelacé las temblorosas manos y me arrodillé a rezar, esperando un milagro. Quizás lo del sacrificio humano sí era cierto, y yo estaba allí para alimentar a un demonio siniestro que rondaba por esa oscura cueva. Y, sin más, la tercera vela dejó de brillar. Las lágrimas se me salieron a causa del temor. Seguí rezando mientras me parecía más difícil respirar. Entonces tomé el palo como por acto reflejo, mientras escuchaba por tercera vez el mugido. Esta vez pude determinar de donde venía: Estaba a la derecha del altar. Allí la oscuridad era impenetrable. Me acerqué lentamente al origen del sonido, con el palo a dos manos, al mismo tiempo que una cuarta vela se apagaba y dejaba casi todo en penumbras.

Cada vez que daba un paso el olor a humedad y piedra se juntaba con un olor acre, semejante al sudor. Definitivamente había algo ahí, quizás el demonio agazapado que quería devorarme. Solo el altar gris con techo rojo era visible. Y, de súbito, ya cuando estaba cerca del altar, vi que una mano sombría se acercaba a las velas aún encendidas. Grité aterrorizado y bajé el palo para golpear a la sombra, al mismo tiempo que la cabeza me retumbaba como un tambor. En ese instante las dos velas restantes se apagaron, dejando todo a oscuras. Aunque tenía los ojos abiertos no veía nada; pero golpeé con el palo dos veces más, a ciegas, mientras gritaba. Al tercer golpe las manos me temblaron y solté el palo a causa del rebote del impacto. Mis manos eran incapaces de fortalecerse y mis ojos no veían dónde había caído el arma, por lo que me devolví a tuestas, mientras escuchaba de nuevo el mugido ahogado, pero esta vez más débil. Retrocedí hasta sentir en mi espalda la fría piedra de alguna de las paredes del templo. Y allí simplemente me acurruqué, ciego, con frío y al borde de la locura.

-¡Auxilio! ¡Auxilio! -grité una y otra vez, sudando y mareado por el miedo, pero nadie me escuchó. Así que simplemente puse mi cabeza entre mis rodillas y, sentado en un rincón de ese templo tenebroso, me dediqué a dejarme morir.

Así pasaron las horas. La oscuridad me aprisionaba, pues ni siquiera podía ver mis manos así las tuviera frente a mi rostro. El mugido había desaparecido por completo, pero el terror de que algo estaba en ese lugar me abordaba de vez en cuando. Me imaginaba a una bestia amorfa asechando desde la oscuridad; un merodeador horripilante que sólo esperaba el momento oportuno para devorarme y así llevar a cabo el culto al cual había sido arrojado. Pero nada pasó.

Sin noción del tiempo, y llevado por el hambre y la sed, decidí levantarme del rincón donde estaba y palpar el piso a mi alrededor para encontrar la piedra y continuar mi empresa. El piso terroso a menudo me lastimaba las yemas y las rodillas, pero finalmente me acostumbre. La piedra no estaba cerca, así que empecé a desplazarme acurrucado y palpando el suelo por varios minutos, hasta finalmente toparme con una piedra. No era la piedra que inicialmente había tomado, pero era más grande y más filosa, lo que ayudaría a romper con más eficiencia la puerta.

Ya motivado, y un poco más calmado, me levanté y empecé a buscar la puerta. Toda la pared era de piedra informe y fría, y de vez en cuando sentía algo acolchonado, como el moho o alguna planta. Hasta que finalmente sentí la madera. Tanteé la puerta y pude encontrar las fisuras que le había hecho. Así que empecé a golpear con todas mis fuerzas. El estruendo rebotaba en ecos dentro del templo; pero eso me alegraba, pues quizás así alguien me escucharía.

A menudo se me caía la piedra de las manos, y sentía dolor bajo mis uñas, pues cada embate era muy fuerte; pero al sentir que la puerta poco a poco cedía me sentía cada vez con más fuerza, más esperanzado de poder salir de esa terrible oscuridad y de ese templo maligno. Sin embargo, finalmente el cansancio me venció, por lo cual solté la piedra y me senté de nuevo para descansar. Me sentía ahogado y sediento, y el frío se sentía cada vez más doloroso; quizás porque la noche estaba llegando.

Incapaz de seguir golpeando la puerta, decidí cerrar los ojos y descansar un rato, y así me quedé dormido (desconozco por cuanto tiempo), casi desmayado. Apenas abrí los ojos volví de nuevo a la terrible realidad: No veía nada, era como si todavía tuviera los ojos cerrados. Entonces temblé de miedo y permanecí acostado por algún tiempo; pero el hambre volvió a azuzarme y me obligó a tomar la piedra y a seguir golpeando la puerta. Y así lo hice una y otra vez, por un tiempo que no puedo calcular, quizás por días. Cuando me tomaba la cara me sentía barbado, y los dedos poco a poco se me endurecieron, haciendo que los golpes con la piedra fueran más tolerables. Y cuando por fin logré hacer una fisura lo suficientemente ancha vi cómo un rayo de luz entraba por la abertura. Aunque era pequeño fue para mí eneguedor, luminoso y lacerante. Inicialmente tuve que entrecerrar los ojos, pero ese pequeño rayo de luz llenó mi corazón de esperanza. Tal rayo solo iluminaba tenuemente el altar del templo; pero para mí era como si el sol mismo hubiera bajado a rescatarme.

Animado, seguí golpeando la puerta, abriendo cada vez más la grieta, hasta que pude sacar los dedos de mi mano, y después mi mano, y después mi brazo. Aunque tenía un hambre terrible y estaba deshidratado, el ver luz me dio ánimo. Incluso me atrevo a decir que mis dolencias parecieron desaparecer.

Miré una y otra vez por la abertura. Allí se veía un camino ascendente y arenoso. No era visible el cielo ni la hierba, pero para mí era suficiente para continuar. Ya sabía cuándo era de día y de noche. Y cuando la noche llegó decidí dormir y descansar. Y antes del amanecer seguí rompiendo la puerta.

Pero mis esperanzas se vinieron abajo al dar un golpe y sentir un sonido metálico. Entonces saqué el brazo por la abertura y me di cuenta que había barrotes por fuera de la puerta. Todo el mundo se me vino abajo. Tuve náuseas y lloré desconsoladamente, pues sentí que mi esfuerzo había sido en vano. Y miré mis manos bajo la luz y vi que estaban llenas de sangre seca, y mis uñas estaban negras y melladas. Simplemente me arrodillé con un vacío en el estómago y me sentí morir de nuevo.

Permanecí contra la pared por horas, jadeante, hasta que de repente me pareció escuchar voces. Al principio fueron difusas, pero después fueron claras y parecieron acercarse. Entonces intenté gritar, pero la garganta no me respondió. Era como si mis cuerdas vocales

estuvieran dormidas a causa del desuso. Al principio simplemente hice un mugido, pero al ver que las voces se alejaban, tomé de nuevo aire y, desesperado, grité con todas mis fuerzas:

-¡Auxilio! ¡Ayuda por favor!

Entonces las voces se callaron por un momento.

-¡Ayuda! -volví a gritar.

Entonces vi que dos personas se acercaban. Era turistas igual que yo.

-¿Qué sucede? -preguntó uno de ellos con acento.

-¡Por favor ayúdenme! Los de la aldea me encerraron acá.

Uno de los turistas me miró y dijo: -Debe ser la persona desaparecida que está buscando la policía.

-Vamos a avisarle a las autoridades -dijo el otro.

Pero yo negué con la cabeza. -¡Por favor, no me dejen solo! -les rogué desesperado. Estoy seguro que la caverna apestaba, y yo también, pues ellos hacían muecas cada vez que se acercaban al hueco de la puerta desde donde yo les hablaba.

Entonces uno de ellos asintió y decidió quedarse. El otro turista se fue a buscar a los rescatistas. Y mientras esperábamos le conté todo mi sufrimiento al extraño. Iván, como se llamaba, estaba conmovido con la historia, y miraba a todos lados, temeroso de que los aldeanos vinieran y también lo encerraran conmigo. Pero primero llegaron Julio (el otro turista) con dos policías locales.

El rescate duró casi medio día, pues tuvieron que llamar a los bomberos para romper los barrotes. Pero mientras lo hacían, yo, desplomado contra la puerta, simplemente sonreía. Sentía una paz profunda, pues me sentía a salvo. Lo había logrado: Había sobrevivido a seis días encerrado en la oscuridad total, al terror y al frío, sin comida ni bebida.

Pero apenas la puerta fue abierta y pude ver todo mi entorno, mi paz desapareció. El templo en la cueva era más pequeño de lo que me había imaginado, quizás del tamaño de una sala mediana. Al fondo estaba el tenebroso altar con sus velas apagadas, su techo de tejas rojas y sus inscripciones extrañas, y una estatuilla de piedra de un monje budista. Y, al lado, yacía el cuerpo de un anciano. Su cabello cano era largo al igual que su barba, y sus extremidades eran muy delgadas a causa de la desnutrición. La parte posterior de la cabeza estaba llena de sangre negra producto de un golpe certero; y al lado del anciano el palo que yo había blandido días atrás.

El anciano era el otro turista desaparecido que buscaba la policía. Él era otro sacrificio llevado a cabo por los aldeanos ignorantes del pueblo (todos presos en la actualidad). Había desaparecido solo dos días antes que yo. Y, esos mugidos que había escuchado los había producido él, también incapaz de hablar por la debilidad y el hambre. Ese hombre se hubiera salvado conmigo si no hubiera recibido esos golpes en la cabeza. Ese hombre se hubiera salvado si me hubiera hablado, si se hubiera puesto frente a las velas para que lo viera. ¡Ese hombre sufrió lo mismo que yo y yo lo maté! ¡Cuánta culpa! Entonces, aterrorizado, me di cuenta que yo, sin desearlo, era quien había realizado el sacrificio humano a ese demonio desconocido.

VERBOTEN

Era mi primer viaje a Alemania. Todo fue muy rápido. Coincidieron mis vacaciones con la invitación de Karl y Eva, dos alemanes que conocí por redes sociales. Tuve la suerte de tener el dinero y salir como loco a conocer tal país. Alcancé a comprar algunas excursiones; pero la ida a «*Verbotene Katakomben*» era el mismo día en que llegaba del viaje. No pude cuadrarla para otro día. Así que fuimos con Karl y Eva a las catacumbas apenas me bajé del avión.

Fueron doce horribles horas de viaje, recorriendo el mundo para llegar a Múnich. Y la verdad ni siquiera llegué a una casa. La pareja, amable y animada, me recogió en el aeropuerto Múnich-Franz Josef Strauss en su auto, e inmediatamente salimos por la ruta romántica hacia el Castillo de Harburg, y posteriormente a las catacumbas. Se me hizo extraño porque la excursión era tarde, casi de noche; pero la promoción decía que era para tener una experiencia de «terror». Yo, febril amante del terror y lleno de una juventud impetuosa, convencí a la pareja en tomar la excursión. Ellos también querían visitar un sitio terrorífico por la noche, por lo cual no pusieron mucha resistencia. Sin embargo, la promoción en verdad no era normal.

Al llegar éramos un pequeño grupo de siete personas, incluyendo a Hans, nuestro guía. Era un hombre alto, rubio y de ojos azules, elocuente (aunque no entendía muy bien el alemán), y carismático. Se presentó y dio una pequeña inducción, que por cierto no entendí, y abrió la reja oxidada del portón. Entonces nos invitó a entrar. Bajamos a la oscuridad sólo con la luz de nuestros celulares, lo que empezaba a causar miedo en nuestros corazones. Pero seguimos caminando mientras veíamos los huesos y los cráneos empujados en las paredes. El techo abovedado cada vez se volvía más alto, hasta estar fuera del alcance de la luz de los móviles, y a menudo el camino se convertía en escaleras que descendían en caracol. Siempre estuvimos bajando, mientras de vez en cuando se abría una pequeña cámara con algún altar de piedra o alguna bóveda repleta de huesos. Todos tomábamos fotos con flash, maravillados y a la vez aterrados de estar en un sitio tan macabro en horas de la noche.

Pero después de una hora de caminata, el viaje hizo de las suyas, y empezó a ganarme el cansancio y la falta de sueño. Le pedí a Karl que le preguntara a Hans cuánto faltaba para acabar la excursión. El guía dijo que faltaban sólo dos niveles. Entonces yo, llevado por el agotamiento, vi una cámara con tres altares de piedra vacíos con algunos relieves en los bordes. Le dije a Eva que me iba a quedar descansando allí. Y la joven, muy amable, le pidió a Karl que me acompañara mientras ella y el resto bajaban hasta los últimos niveles de la *Verbotene Katakomben*. Karl aceptó, pero decidimos no decirle a Hans para que no detuviera la excursión por mi culpa, ni me prohibiera acostarme allí. Eva nos dijo que apenas fueran subiendo nos avisaba por mensaje. Ambos asentimos y nos metimos en la cámara. Apenas entré vi que había varios huesos apiñados en un rincón, pero era un esqueleto incompleto, pues no había cráneo ni muchos otros huesos. Primero nos quedamos con Karl en la oscuridad, sentados en los altares y hablando un poco, aunque no nos viéramos por la penumbra impenetrable. Y poco a poco empecé a sentir mucho sueño, así que me acosté, excusándome con Karl. Él, muy amable, me acompañó un poco; y después sentí en la oscuridad que él también se acostaba. Finalmente me quedé dormido.

La piedra no era nada cómoda, por lo que a menudo intentaba acomodarme para que la espalda no me doliera. Abría de vez en cuando los ojos, pero la oscuridad era tal, que era como tenerlos cerrados. Hasta que hubo un momento donde no supe si estaba dormido o despierto. A mí vinieron pensamientos horribles. Imaginé que los huesos del rincón se armaban y una mano huesuda me tomaba del cuello. Y también sentí por un momento miradas tácticas de los cráneos cercanos, y alientos fríos de muerte y terror, combinados con el olor a tierra húmeda. Pero hubo un momento que no escuché nada, ni siquiera la constante respiración de Karl. Entonces me impacienté, y cuando sentí que me iba a levantar abrí los ojos, y otra vez los cerré. En verdad no tenía concepto de la realidad, no sabía si todas esas sensaciones eran verídicas o estaba teniendo un terrible sueño.

Entonces escuché unos pasos acercándose. Pensé que era el grupo, pero no, era una sola persona, y los pasos eran cautelosos. Y vi una luz de linterna, y una figura detrás de la luz que nos iluminaba.

-¡No dispare! No somos fantasmas ni nada. Sólo estábamos cansados -grité con el alemán más fluido que hablé alguna vez.

Entonces Karl se levantó e, igual que yo, levantó las manos. -Tranquilo -le dijo al guardia en alemán.

El guardia de la catacumba ya tenía la mano en el cinto cuando yo grité, listo para tomar el arma. Yo sólo había visto una sombra negra tras la lámpara, pero al ver la reacción supe de inmediato que tenía la intención de disparar. Pero al escucharnos, el guardia se calmó. -¿Qué hacen acá? -preguntó.

-Vinimos con el grupo de Hans para recorrer las catacumbas -dijo Karl.

Pero el guardia parecía confundido. -¿Hoy? -preguntó-. ¿Y a esta hora?

-Si- respondió Karl -. El grupo debe estar en el último nivel. Somos siete. Deben estar por llegar -añadió.

Pero el guardia meneó la cabeza. -Esta catacumba está cerrada desde hace décadas. Está prohibida la entrada.

Entonces Karl y yo nos miramos, asombrados.

-Además, no hay nadie abajo. Vengo de hacer todo el recorrido. Sólo están ustedes dos...

Eva y los otros tres turistas nunca volvieron a casa. Karl lloró profundamente la desaparición de Eva por mucho tiempo. Y sólo tres días después me enteré que Hans Richter fue capturado y llamado por los medios «El Antropófago de *Verbotene Katakomben*». Al parecer, Hans llevaba a sus víctimas hasta el último nivel de la catacumba y allí las mataba y las devoraba. Hizo lo mismo por años, y mató a quince personas. Fue capturado por una foto encontrada en un celular al interior de la catacumba, donde salía él (sin querer) con otro grupo de turistas. Karl y yo nos salvamos por dormir rodeados de huesos; lo que me recuerda que el peligro no son los muertos, son los vivos.

EL DEMONIO EN LA MONTAÑA

RELATO DE JACINTO:

Contaré una historia que me sucedió hace dieciocho años, cuando solo tenía doce y era un tímido niño. Me veo en la urgente necesidad de escribirla porque no aguanto más las imágenes de muerte que se anidan en mi ser desde ese terrible invierno en que destapé ese maldito cofre y vi ese demonio. Pero tengo que aclarar que el invierno en mi país no tiene temperaturas bajo cero ni nieves perpetuas. De hecho, puedo asegurar que no tenemos invierno. Lo más próximo a esta dura estación es la temporada de lluvias, que llega en los meses de abril y octubre. Durante las lluvias se presentan crecientes de ríos y deslizamientos de tierra; pues los Andes cruzan mi patria con imponencia. Y cuando las lluvias llegan causan derrumbes que se llevan todo a su paso, enterrando y engullendo todo sin discriminación.

Primero quiero poner todo en contexto. En esa época vivía en Fresno, un pueblito a las faldas de la cordillera central. El pueblito es pequeño y está rodeado de montañas fértiles y llenas de verdes árboles. Su principal economía es la agricultura. Pero un mes de octubre el pueblito cambió para siempre, al igual que mi vida.

Antes de describir mi tragedia tengo que hablar de mitos y leyendas. Algunos creen que hace mucho tiempo, en la época de la conquista, dos sacerdotes lograron encadenar a un demonio maligno, lo encerraron en un cofre y lo enterraron en una ladera cerca al pueblo. Este mito se hizo común en algunos de los habitantes, pero no dejó de ser un mito. Yo lo conocía bien, pero no le prestaba mucha atención; hasta ese día.

Recuerdo que jugaba con mi amigo Hernán al costado del pueblo, en la calle 2 con carrera 3 (lo recuerdo bien), cuando vimos que unas nubes de lluvia se acercaban. Sin embargo, no queríamos entrar a las casas. Estábamos jugando un partido de fútbol, y a uno de niño la lluvia no lo intimida. Sin embargo, la lluvia se hizo cada vez más copiosa y fría. El sonido del agua contra los árboles y las casas se hizo ensordecedor, y el frío empezó a colarse al pueblo a tal punto que el vapor empezó a salir de nuestras bocas.

Sin embargo, seguimos jugando. Hernán pateó muy duro el balón, y el viento (que ahora creo que estaba maldito), lo elevó y lo dejó trabado en la ladera de la montaña. Yo, sin pensarlo, subí por el costado de la montaña, y, aunque estaba resbalosa por el lodo, logré alcanzar el balón. Entonces vi un madero que parecía tener remaches negros. Al acercarme más me di cuenta que era un pequeño cofre. Le lancé el balón a Hernán y desenterré el cofre.

Apenas bajé de la ladera se lo mostré a Hernán. Tenía inscripciones en latín, pero en ese momento ignorábamos ese idioma. Éramos niños de pueblo, con educación básica. Nada sabíamos de ángeles y demonios además de lo que nos explicaban nuestros padres. Al inicio temimos abrirlo por lo que sabíamos del mito. Pero fue Hernán quien insistió. Entonces lo abrí sin trabajo: No había nada adentro. Sin embargo, un hedor me pegó en la cara como un puñetazo. Era un olor a huevo podrido combinado con madera húmeda. Lo recuerdo muy bien, pues el olfato es el sentido con más memoria. De solo recordarlo me dan arcadas.

Inmediatamente tuve que cerrar el cofre. Hernán también sintió el hedor, y no pudo aguantar el vómito. Apenas lo cerré dejamos el cofre enterrado cerca de la ladera, y nos fuimos cada uno a sus casas.

Pero el olor no desaparecía. Mi madre tuvo que bañarme varias veces, mientras me regañaba y me preguntaba por el origen del hedor. Yo solo decía que había jugado con un líquido a las orillas de la carretera. Incluso tuvimos que abrir todas las ventanas de la casa para evitar el asco. El olor no desapareció hasta entrada la noche.

Esa noche tuve una pesadilla. Recuerdo que caminaba bajo la lluvia y por entre los árboles de las montañas, cuando una sombra alargada y sin cara se me acercaba. Al principio se acercaba lentamente, pero de un momento a otro empezaba a correr hacia mí. Entonces sentía todo el vértigo por mi cuerpo, una sensación de frío terror. En ese momento desperté, y vi que toda la noche había llovido.

Cuando me levanté, mi madre me dijo que no me acercara a la montaña porque había riesgo de deslizamientos. Y, efectivamente, por la tarde llegó un aviso por parte de las autoridades para evacuar. Al principio mi padre estuvo reacio, pero con cuatro hijos y una mujer en riesgo, finalmente aceptó. A mediodía empezamos a empacar. Cuando tuve todo listo fui a la casa de Hernán. A él y a su familia también le habían dado el aviso de evacuación. Hernán también ya había acabado de empacar, así que salimos a jugar un rato bajo la lluvia mientras las familias acababan los preparativos del desalojo.

Entonces, inconscientemente, volvimos a la calle 2 con carrera 3. Y allí juro que vi, en la ladera de la montaña, un perrito que parecía estar atascado con un alambre de púas. Era un perrito callejero que yo quería mucho, y que se llamaba Lucas. Al verlo, llorando y temblando del frío, decidí subir a ayudarlo. Hernán me advirtió que no fuera, pues el terreno estaba muy inestable y el lodo cada vez se hacía más profundo. No le hice caso.

Entonces trepé por la falda. Por un momento lo perdí de vista por culpa de unos árboles, pero cuando fue visible de nuevo la ladera, vi que Lucas ya no estaba. En ese momento sentí ese mismo hedor horrendo. Me tapé la nariz para evitarlo. Incluso tuve náuseas, pero quedé paralizado al ver entre los árboles y las gotas de lluvia varios troncos arrancados, como si alguien los hubiera talado. Y esos árboles arrancados formaban un camino largo desde la cima de la montaña hasta donde yo estaba. Y entonces lo vi: Era un ser pequeño, de quizás menos de un metro, encorvado y mirando fijamente hacia el camino de árboles talados. Parecía ser un hombre enano, muy delgado, de piel acartonada y carbonizada; negra como una víctima de un incendio. Recuerdo que solo brillaba su horrible sonrisa por entre las gotas de lluvia; una sonrisa que era ridículamente grande. Su enorme boca de dientes brillantes pasaba de oreja a oreja, mientras parecía no tener ojos ni nariz. Parecía humear bajo las nubes grises, y hedía a azufre.

Recuerdo que grité al ver la horrible criatura. Entonces ese monstruo negro, sin dejar de sonreír, pareció empezar a cavar en la ladera como si fuera un perro. Y, casi de inmediato, la ladera empezó a ceder, poco a poco, hasta tomar fuerza y convertirse en un alud de tierra dirigido por el camino de troncos arrancados. Recuerdo el sabor a lodo, la asfixia y el golpe. Y después de escuchar un terrible impacto no recuerdo nada más.

Cuando abrí los ojos me vi con una cuerda alrededor. Sentí que me halaban con fuerza, y de repente me sentí libre. En ese momento varios bomberos llegaron a socorrerme. Al parecer había sobrevivido al alud, aunque por poco. Me sentía mareado, con mucha hambre y con un intenso dolor en las piernas; pero estaba vivo.

Sin embargo, mi dicha no duró mucho. Apenas me sacaron del lodo empecé a preguntar por mi mamá; pero en vez llegó mi tía. Ella, con los ojos hinchados a causa del llanto, me habló sobre el fatal incidente: Toda mi familia había sido enterrada por el alud, al igual que mi amigo Hernán y su familia. ¿Para qué había sobrevivido?! El vacío interior y la angustia que sentí son simplemente indescriptibles.

Esa sensación de soledad me rondó por mucho tiempo. Maldije a Dios y estuve molesto con la sociedad y conmigo mismo por muchos años. Incluso, algo en mí sabía que todo era culpa de ese demonio que había generado el alud.

Vine a vivir con mi tía a la capital desde ese inconveniente. Conseguí un trabajo mediocre y a duras penas puedo pagar las deudas. Pero desde los doce años, casi día de por medio, tengo horribles pesadillas con ese demonio, con ese alud, con mis padres y con mi amigo. Me siento cansado. No me he repuesto de la pérdida hasta el día de hoy. Incluso veo como todo se oscurece a mi alrededor, como si ya hubiera llegado la hora de partir.

RELATO DE HERNÁN:

Tenía trece años cuando la tragedia sacudió el pueblo. Estaba jugando con mi amigo Jacinto a las orillas del pueblo, cuando empezó a llover de una manera descomunal. Era tanto el frío que salía vapor de nuestras bocas. Aun así, seguimos jugando con la pelota. Recuerdo que ese día lancé muy duro la pelota, y se elevó de una manera inexplicable hacia la ladera de la montaña. Entonces Jacinto fue a buscarla. Yo esperé cerca de la falda. Allí permanecí un rato hasta que Jacinto me lanzó el balón. Y cuando él bajó tenía un cofre viejo con inscripciones de un idioma antiguo.

Yo había escuchado un mito donde dos sacerdotes habían capturado un demonio en un cofre y lo habían enterrado en Fresno; pero no creía en eso. Jacinto estaba temeroso de abrirlo, pero yo le insistí (y por eso hasta el día de hoy me siento culpable). Cuando lo abrió sentí un aire que escapaba del cofre y un hedor que me hizo vomitar. En verdad no pude aguantar las náuseas por ese olor a carne podrida y a madera húmeda. Y el hedor quedó impregnado en mí hasta llegar a mi casa. Recuerdo con gracia que mi madre me castigó por eso. El hedor continuó por horas.

Al día siguiente, mi hermana mayor me llamó y me dijo que empacara todo porque teníamos que desalojar la casa. Había un gran riesgo de deslizamiento, y las casas cercanas estaban en peligro. Así que las autoridades se apresuraron a evacuar las personas con mayor riesgo (entre esos nosotros). Alisté rápido mi ropa y algunos juguetes. Y después del almuerzo llegó Jacinto con la pelota. Fuimos a jugar un rato y, de manera inconsciente, resultamos en la calle 2 con carrera 3 (el mismo sitio donde Jacinto encontró el cofre). Estuvimos jugando por

varios minutos, hasta que Jacinto dijo que le pareció ver a Lucas (un perro callejero que queríamos mucho en el pueblo), atrapado por un alambre cerca de un desfiladero. Yo la verdad no veía nada, pero la lluvia era muy copiosa y no dejaba ver con claridad. Incluso, recuerdo que me tocaba secarme las pestañas y las cejas con frecuencia para poder jugar. Le insistí a Jacinto que no fuera, pero no me hizo caso.

Apenas Jacinto subió, vi a Lucas ladrando cerca de una casa, a solo unos metros de donde estábamos jugando. Entonces le grité a mi amigo que bajara, pero en ese momento un alud de tierra terrible se vino sobre el pueblo. Yo corrí lo más que pude, seguido por Lucas, hasta llegar a mi casa. Instintivamente una persona siempre corre a su casa cuando se encuentra en peligro. Apenas el alud cesó, todos corrimos a socorrer a los heridos. Por fortuna, el alud no alcanzó a llegar al pueblo. Entonces temí por Jacinto y le dije a mi madre lo sucedido. Ella a su vez le dijo a la madre de Jacinto, y la madre de Jacinto a las autoridades.

Casi de inmediato todos los socorristas fueron al sitio que les indiqué. Aún llovía, y todavía había riesgo de más deslizamientos; pero los socorristas fueron muy valientes y trabajaron sin cesar. Y, para la noche, encontraron el cuerpo hinchado y grisáceo de Jacinto entre el lodo. Mi amigo fue la única víctima del alud. Confieso que hasta el sol de hoy creo que lo que mi amigo vio en la montaña no fue a Lucas, sino el demonio que dejamos escapar del cofre.

YÚCIDA

-El término Selyúcida proviene de los turcos antiguos -me aseguró el individuo mientras caminaba de un lado al otro de la sala. Miraba pensativo las negras baldosas del suelo, como si buscara su distorsionado y pálido reflejo.

Yo no podía hacer más que mirarlo, petrificado del miedo. Él de vez en cuando hacía bailar sus dedos al compás de la música que sonaba. En ese momento era la *Appassionata* de Beethoven. Poco a poco se me había quitado el mareo producido por la droga que él me había dado para llevarme hasta esa sala. Ni siquiera sabía dónde estaba, ni quién era él, ni qué era.

-Pero el término «Yúcida» tiene un significado muy distinto -agregó. Entonces me miró con esos brillantes ojos mieles, casi amarillos, como crisoberilos al sol. Su rostro era tan pálido que parecía un tallado maestro sobre hueso, y sus facciones eran tan perfectas que era inimaginable decir que no era atractivo, aunque cueste decirlo.

-¿Dónde estoy? -pregunté con la voz trémula. Mi frente estaba empapada de sudor y mi respiración era acelerada a causa del miedo.

Él se detuvo un momento, examinándose. -En medio de la nada -me respondió.

-¿Cómo llegué aquí?

-Te tomé en el parqueadero del edificio de tu apartamento, cuando ibas a trabajar. Esperé hasta que llegara la noche y te traje. Te drogué- me respondió. Sin embargo, aunque suene extraño, su tono de voz era culto y tranquilizador, pausado y muy pulcro. Aunque su presencia me atemorizaba, su voz parecía calmarme.

-¿Y qué me va a hacer? -pregunté-. No tengo mucho dinero, si esto se trata de un secuestro -añadí.

Pero él meneó la cabeza. -No se trata de un secuestro -respondió. En ese momento volvió a caminar de un lado al otro. -La palabra Selyúcida se remonta a Silyuq o Selchuk, un jefe turco de la tribu de los Kinik. Fueron una tribu fuerte, que después se convirtió en un poderoso imperio.

-¿Qué me va a hacer? -volví a preguntar. Sus ojos amarillos y brillantes me intimidaban. No era robusto, pero yo presentía, y no de manera errónea, que tenía una fuerza inhumana. Estaba finamente vestido con un paño elegantísimo de color negro, y tenía una camisa blanca que relucía a la luz de las lámparas de vidrio que pendían del techo de la sala. A mi izquierda había una chimenea apagada, a mi derecha algunos anaqueles con libros, y a mi alrededor sillas y un sillón doble de color verde.

Él miró por un ventanal de la sala la noche creciente. Las estrellas refulgían frías en la cúpula nocturna, y la luna llena le bañaba el blanco rostro. -No creo que desees saberlo antes de que acabe mi relato -me aseguró con cortesía-. Por favor, déjame acabar mi explicación y contestaré todas las dudas que tengas -pidió de manera amable.

Asentí entonces. Noté que tuteaba, lo cual me hacía tomar un poco más de confianza.

-Los Yúcidas están desde antes de los turcos, incluso antes del que ustedes llaman Jesús de Nazareth. El nombre de esas criaturas empezó a mencionarse cuando la poderosa Nínive todavía se erguía imponente en la confluencia entre el río Tigris y Khosr. Cuando todavía los hombres adoraban a la bien amada Ishtar. Pero los hombres cambian de creencias al igual que cambian los tronos.

-Es verdad -dije.

-Los Yúcidas somos seis, y siempre seremos seis -dijo con un tino de orgullo-. Nuestra historia se remonta a un mundo muy antiguo. Aún tenemos presente al Dragón Escarlata y a

la reina Méladriel de Herda. Pero cuando se dio la invasión de Babilonia a los asirios, fuimos perseguidos como Demonios. Por eso tuvimos que casarnos con el anonimato, abrazarnos a la sombra y actuar en el silencio. Somos como una araña en medio de un hormiguero, esperando que una indefensa o inocente hormiga se separe para poderla cazar, pero cuidándonos de no ser descubiertos por la colonia-. La música todavía sonaba, y él parecía aletargarse a pedazos por la melodía.

Yo seguía sentado, espabilado por completo. Aunque no tenía idea de lo que él me hablaba, me sentía un poco interesado. No sabía nada de esas ciudades, ni de esos imperios, pues nunca me había interesado por la historia; pero la imponente presencia del Yúcida me causaba admiración, y me sentía en la necesidad de saber sobre su origen.

-¿Hace cuánto pasó todo eso? -pregunté.

-Hace cuatro mil años -respondió, asombrado. Pareció impresionarle mi interés. Entonces se sentó en el sillón frente a mí, más pendiente de mis opiniones. Me miraba el rostro de manera metódica, y sus ojos amarillos parecieron rastrear mis expresiones.

-¿Tú eres uno de esos seis? -pregunté cortésmente.

Y él asintió. Se recostó en el espaldar del voluptuoso sillón, un poco más confiado, y continuó su relato. -Uno de nosotros no supo ampararse bien en la oscuridad, y por lo mismo se generaron rumores, que con el tiempo se fueron distorsionando hasta que finalmente se salieron completamente de la realidad.

-¿Cómo se llama?

-No te diré el nombre, pero te diré que es el único que vive en la Europa Oriental. Si mal no estoy debe estar viviendo en este momento en Hungría.

-¿Qué sucedió? -pregunté. Por un momento parecí olvidar el temor que la presencia de mi anfitrión me causaba.

Él, sumido en recuerdos, miró hacia la lámpara sobre nosotros, y continuó. -Por él se iniciaron los rumores de los Vampiros. Con el tiempo también se nos atribuyeron los males de la tisis, y otras consecuencias completamente ajenas a nosotros.

-¿Los Yúcidas son Vampiros?

Él meneó la cabeza. -Los Vampiros son invenciones del hombre, al igual que sus creencias.

-¿Dios?

-De Dios no hablemos -me pidió el Yúcida.

-¿Acaso sabes algo de Dios que los hombres no sepamos? -pregunté.

Él ahora me miraba con mucho interés. Meneó la cabeza y respondió: -Simplemente veo todo con más claridad.

-¿Entonces crees que Dios no existe?

-Creo que el hombre siempre busca una creencia para alimentar sus esperanzas y sentirse seguro. ¿Qué es lo primero que haces cuando estás en peligro o tienes un problema?

Me quedé pensando unos momentos. -¿Rezar?

-Santiguarse -aclaró.

Yo afirmé con la cabeza.

-Simplemente no quiero hablar de Dios -dijo.

-¿Y los otros Yúcidas? -pregunté.

Él se levantó del sillón, se arregló las blancas solapas y se cruzó los brazos por la espalda. - Dos de nosotros, un macho y una hembra, viven en Mesopotamia.

-¿En dónde? -pregunté.

-En el Oriente Medio -me respondió-. Aunque no sé si uno de ellos al fin se mudó a Kazajstán -añadió, meciéndose la barbilla-. Bien, una hembra vive en la lejana China, entre las

montañas boscosas, y el otro macho vive en lo que llaman actualmente Nueva Guinea. Finalmente estoy yo, que decidí Suramérica.

-¿Por qué casi ninguno vive en países industrializados?

-Porque es más difícil pasar desapercibido. Si una persona desaparece se forma una conmoción.

En ese momento volví a recordar que estaba en peligro. Estaba en un sitio desconocido, con un anfitrión que me confundía, pues no podía adivinar sus intenciones.

-¿Qué vas a hacer conmigo? -insistí.

El Yúcida me miró con serenidad y dijo: -Una cena.

Quedé petrificado al escuchar esto.

-Haré un estofado con tus manos, condimentado con vinagre, aceite, ajo y algunas especias. Pensaba hacer un vino con algunas uvas y un poco de tu sangre. También quería servir tu carne, quizás la del torso, con algunos quesos de acompañamiento. Y de postre: Flan.

Dijo esto con una frialdad combinada con un humor tan macabro, que me hizo estremecer. ¡El maldito me iba a comer! ¡Qué horrores tengo que pagar para que Dios me ponga en estas situaciones!

-La cena será servida en dos días, obviamente estás invitado.

Entonces, en un ataque de idiotez, pregunté con voz cortada: -¿Y por qué en dos días?-. Quizás pregunté esto porque si me iba a comer deseaba que mi suplicio durara lo menos posible.

-Hace días tuve un gran festín y todavía estoy hastiado. Además, siento especial afecto por ti. Hasta el día de la cena puedes hacer lo que desees en la torre.

¿Torre? ¿Acaso estaba en una torre? ¿Dónde estaba? Cada vez entendía menos lo que me sucedía. Incluso alcancé a pensar que todo era una tétrica pesadilla.

El Yúcida fue a la puerta, con caminar solemne, y con un ademán me invitó a que lo siguiera.

-Deseo mostrarte a alguien. Es la única persona que vive en la torre, exceptuándome, claro está. ¿Te gustaría conocerla? -me preguntó de manera muy cortés.

Yo asentí, incrédulo de que un ser de apariencia tan bondadosa me hubiera dicho instantes atrás que iba a hacer una cena con mis manos y con mi torso.

Lo seguí por un amplio e iluminado pasillo adornado con algunos cuadros en óleo, hasta la última puerta. Él la abrió y llegamos a un salón muy amplio por donde subía una escalera de losas grisáceas. La escalera tenía un bello parapeto con grabados en las barandas. Subimos y llegamos a un cuarto muy ostentoso con una cama grandísima. La cama tenía pliegues de lado a lado, como velos árabes, y en ella descansaba una hermosa joven. Parecía suspendida en el tiempo. El cabello negro se le arremolinaba en torno al pálido rostro. Tenía pestañas encrespadas y largas, nariz respingada y boca pequeña. Era una joven muy bella.

-¿Quién es? -pregunté.

-La llamo Luna, y es mi amada -respondió él.

-¿Un Yúcida puede amar a una mujer? -pregunté.

Y él asintió. -En cuerpo somos iguales a los hombres. Pero la vida de los humanos es corta. He amado a muchas mujeres, y he sufrido la partida de cada una de ellas, pero no puedo dejar de amar -dijo con gran profundidad-. Dejémosla dormir. Mañana hablarás con ella. El desayuno es a la octava hora del día, en el comedor a la izquierda del salón que queda bajando las escaleras.

Yo asentí en señal de entendimiento. Entonces le di un último vistazo a la hermosa joven y seguí al Yúcida.

Bajamos de nuevo al salón y seguimos por otra puerta, bajamos otra escalera similar a la anterior y llegamos a un corredor con dos puertas a cada lado. Él abrió una de ellas y me invitó a pasar con gentileza.

-Dormirás aquí -me dijo-. Si necesitas algo toca la campanilla que está sobre la mesa de noche, ésa, al lado de la lámpara. No importa la hora. Recuerda que yo no duermo -me aseguró. Me dio la mano y se retiró.

Cerré la puerta del cuarto y me apresuré a mirar por la ventana enrejada. Entonces vi un paisaje hermoso, pero enigmático. Bajo la luz de la luna y las estrellas se extendía una interminable cadena de montañas boscosas, azuladas, hasta donde la vista alcanzaba. De algunas laderas se elevaban blancas brumas, y alcancé a percibir uno que otro sonido de insectos y aves. Supuse que estaba en los Andes, pero desconocía siquiera un punto de referencia cercano. No se veía rastro alguno de civilización. Sin embargo, me esperancé, pues la torre tenía luz. Fui al baño y abrí los grifos. También tenía agua. Eso quería decir que sí había alguna ciudad cercana, pero ¿cuál?

Entonces miré hacia abajo y sentí un gran vértigo, pues la torre estaba erguida entre unos precipicios altísimos. La niebla blanca se extendía como un estanque alrededor de las estribaciones, y no dejaba ver el fondo de los abismos. Era imposible subir hasta la torre desde esa ladera. Los árboles se extendían alrededor de los precipicios, y las rocas eran cubiertas por frondas muy fértiles y floridas, pero aun así el paisaje me atemorizaba. ¿Dónde estaba? ¿Cómo me había llevado hasta allí?

Al ver el vasto paisaje desistí de un escape. Así que me acosté e intenté dormir. Fue una de las noches más largas de mi vida. Rodé por la cama toda la noche, mirando constantemente mi reloj y viendo cómo las horas pasaban muy lentamente. De vez en cuando escuchaba algún ruido extraño. No pude conciliar el sueño por más que lo intenté. Estuve varias veces tentado a tocar la campanilla, pero en todas me arrepentí. Durante horas busqué las respuestas que tanto necesitaba, pero pocas fueron las conclusiones.

Esperé arropado hasta que dieran las ocho de la mañana. Cuando fue hora salí del cuarto y subí al comedor. Cuando llegué me asombré, pues pocas veces he visto tal puntualidad. No eran ni las ocho y cinco cuando la mesa ya estaba servida. En la cabecera estaba Luna. Estaba peinada y finamente vestida. Sus ojos eran grises, aunque al principio me parecieron azules. La hermosura de la joven me hizo olvidar por un momento el tedio de mi noche.

-Me alegra que seas tan puntual -dijo la joven con una voz muy dulce y un tono muy bajo. Yo me senté, un poco intimidado por la belleza y la serenidad de la joven. -¿Y Él? -pregunté. -Me pidió que lo disculpas contigo, pues no puede acompañarnos hoy. Espero que no lo tomes como una ofensa -me pidió.

Meneé la cabeza de inmediato. -No hay ningún problema.

-Espero que te guste -dijo mientras tomaba uno de los panes que había en la charola en la mitad de la mesa.

En verdad tenía mucha hambre. Aunque al principio pensé que la comida podía estar envenenada, me ganó el hambre, y comí con avidez los panes, los huevos y las tostadas que Luna me ofreció. Tomé rápidamente el café y el jugo de naranja, y me dispuse a reposar. Luna casi no había comido.

-¿No tienes hambre? -pregunté.

-No sufro de mucha hambre -me respondió con ese dulce tono de voz.

-¿Puedo hacerte una pregunta?

-Claro.

-¿Cuántos años tienes?

-Veintidós.

-¿Y desde hace cuánto vives aquí?

-Desde los diecisiete.

-¿Y no vives aburrida?

Ella sonrió entonces. -Claro que me aburro de vez en cuando. Las pocas visitas que recibo son las cenas de mi amado.

En ese momento recordé el peligro en el que me encontraba. -¿Y con todas sus cenas es tan amable? -pregunté.

Ella volvió a sonreír, curvando sus rosados labios. -Simplemente diré que le agradas.

Esa respuesta me tranquilizó un poco. -¿Cuál ha sido la víctima que más ha sufrido bajo sus manos? -pregunté.

-Un hombre que se enamoró de mí. No puedo negar que me parecía simpático, pero no me gustaba. En cambio, él intentó sobrepasarse conmigo, y...

-¿Y?

-Se lo comió crudo, cuando todavía vivía. Lo destajó con sus uñas, y lo devoró mientras gritaba de dolor.

-Veo que no es buena idea entrar en confianza contigo -aseguré mientras miraba con detalle sus ojos grises.

Ella sonrió, quizás un poco apenada. -Tienes razón -respondió.

-¿Y cómo debe ser un hombre para que tenga tu corazón? -pregunté. De repente había sentido una gran atracción por Luna, y habían pasado por mi mente extraños e infames pensamientos.

-Eso no importa -respondió. No sé si era por mi presencia, pero ella ahora tenía el rostro sonrojado y la cabeza baja, como si mi mirada la pusiera nerviosa. Se tomó las manos y después tomó un poco de jugo de naranja. Ese jugo era en verdad delicioso, pues tenía mucha azúcar y algo de zumo.

-¿Estás nerviosa?

Entonces casi se le cae el vaso de la mano. -Yo... -musitó, todavía más sonrojada.

-¿Qué sucede? -pregunté.

Ella calló por un momento. Sus mejillas refulgían en su tez pálida. -Hace mucho no veía un hombre de tu edad -me confesó. Entonces tomó otro sorbo de jugo y se levantó. -Permiso, no deseo ser grosera, pero tengo que acabar mis quehaceres -añadió mientras levantaba las charolas y los vasos.

Yo le ayudé, la acompañé hasta la cocina y dejé que subiera a su cuarto. No dijo nada durante ese tiempo.

Me estuve paseando toda la mañana por salones enormes y suntuosas habitaciones. A menudo el aire era inundado por dulces aromas producidos por rosas en floreros cristalinos, y a veces escuchaba a Luna realizar alguna actividad. En la torre se respiraba una extraña paz, como si de repente hubiera tomado unas gratas vacaciones.

A eso de las dos de la tarde Luna me llamó para que le ayudara a correr un pesado armario de uno de los cuartos. La ayudé sin dudarle, y después nos sentamos, pues estábamos agotados con el esfuerzo físico.

-¿Qué te atrae de Él? -le pregunté mientras me secaba con un pañuelo el sudor de mi frente.
-Todo -me respondió de manera evasiva.

-¿Todo?

-Sí.

-No lo creo -increpé.

Ella bajó de nuevo la cabeza, apenada. -Él es un conjunto que me atrae -insistió mientras se mecía el cabello.

-Te atrae lo diferente que es, pero no él en sí -aseguré. Yo era perspicaz con esos temas, y me gustaba analizar a la gente.

-Quizás -me dijo con tono de confusión.

-¿Te gusta que devore humanos?

-No me incomoda.

-¿Y si fueras tú la víctima?

-Lo fui -me respondió.

Al escuchar esta respuesta quedé paralizado. Las palabras se me olvidaron por un momento y mi mente quedó en blanco. -No te entiendo -dije de manera idiota.

Ella sonrió y pareció un poco más confiada. -Yo iba a ser una de sus cenas, pero me conoció y se enamoró de mí.

-¿Y tú estás enamorada de Él? -le pregunté.

Ella dudó entonces; pero respondió: -Lo estoy.

-Pero te pones nerviosa cuando hablas con alguien más. ¿Por qué?

Ella volvió a bajar la cabeza. La poca seguridad que había tomado se había desvanecido por completo. Sus ojos grises miraron al suelo embaldosado, y sus labios se sellaron de repente.

-Respóndeme -pedí.

-No lo sé -respondió con su tono de voz bajo-. No sé por qué me pongo nerviosa cuando me hablas.

-¿Y qué piensas?

Pero ella se levantó, hizo una venia al estilo antiguo y añadió: -Soy un manjar envenenado. No te fijas en mí, por favor, que Él y ellas vigilan, y aunque Él es cordial, puede ser muy cruel. No quiero que descargue su furia contigo. Es por tu bien.

-¡Yo defino lo que está bien para mí! -exclamé.

-¡No! ¡Es Él quien lo define! -increpó ella con una vehemencia que me dejó petrificado de la sorpresa. Ella se calmó, suspiró y realizando otra venia, se retiró.

Aunque no entendí el por qué ella se refirió a «ellas vigilan», no le presté mucha atención. Ese fue un gran error.

Ya por la noche bajé de mi cuarto al salón principal, pues escuché música. No soy muy docto en música estilizada, pero creo que en ese momento sonaba algún concierto de Albinoni. Al parecer a mi anfitrión le gustaba mucho esa clase de música.

Cuando entré al salón principal vi que Él estaba sentado tras un escritorio rojizo y barnizado. Sobre el escritorio había varios libros de pastas negras y rojas, algunos con broche. Una lámparilla iluminaba el recinto. Él leía un libro muy grueso, y tenía puestas unas gafas de marco dorado. Apenas entré, Él me miró y dejó el libro a un lado, me apretó la mano y me pidió que me sentara.

-Me disculpo por no haber podido estar en el desayuno ni en el almuerzo, pero tuve unos inconvenientes. Pido tu perdón -me dijo mientras se sentaba tras el escritorio.

-No hay problema -aseguré.
-Espero que Luna te haya atendido bien.
-Lo hizo -me apresuré a decir. Él parecía ignorante de las conversaciones con ella.
-Mañana sí desayunaré con ustedes -me aseguró.
Hubo un silencio incómodo, hasta que pregunté. -¿Sufres de miopía o alguna enfermedad ocular?
Él levantó la amarilla mirada y pareció interesarse de nuevo por mi curiosidad. -No. Simplemente me gusta cuidar mi vista -respondió con serenidad.
Entonces me sentí un poco más confiado, y pregunté: -¿Es Albinoni?
Y Él asintió. -Veo que sabes de música.
-Un poco -dije con modestia.
Él dejó el libro a un lado, se quitó las gafas y me preguntó: -¿Qué otro compositor conoces?
Le dije todos los que se me vinieron a la cabeza. Incluso algunos que había oído mencionar, pero de los cuales no conocía obra alguna.
Él me comentó sobre la vida y obra de todos los músicos que le mencioné, con fechas exactas y lugares específicos. Además, habló de otros compositores que nunca había escuchado mencionar. En verdad era un erudito de la música. Y a medida que conversábamos, Él parecía más animado. Sus ojos amarillos brillaban con fervor cuando recordaba alguna melodía, y sus ademanes eran alegres. Me atrevo a decir que parecía más humano. A eso de media noche, después de que tomé algunos vinos añejos, Él me llevó a mi cuarto.
-Será un placer desayunar contigo y con mi amada Luna -me aseguró con profundidad. No podía disimular su felicidad.
-Y será un placer que nos acompañes -respondí. Por un momento olvidé que yo era su cena. Incluso alcancé a pensar que todo era una broma, o que él me liberaría por tener afinidad conmigo.
Él curvó sus labios y asintió la cabeza. Entonces se retiró.
Apenas lo hizo, intenté dormir. Al principio se me hizo difícil, pues el rostro de Luna no se iba de mi mente. Me sentía muy atraído a ella. Por otra parte, estaba el Yúcida. Él la había perdonado a ella, ¿entonces por qué no me podía perdonar a mí? Este pensamiento me animó. Caí dormido a eso de las dos de la mañana.

El sol en el rostro me despertó. La mañana era cálida y agradable. Cuando bajé al comedor Luna y Él ya estaban esperándome. Él se levantó y me saludó con un apretón de manos. Luna permanecía sonriente, pero tímida.
-Siéntate, por favor -me pidió el Yúcida con un amable ademán.
Me senté y nos dispusimos a desayunar.
-¿Cómo dormiste? -preguntó Luna, rompiendo por fin el silencio.
-Muy bien -respondí.
-Me alegro -dijo Él.
Entonces vi que Luna tenía la mano izquierda vendada. -¿Qué te sucedió? -me apresuré a preguntar.
Ella se miró la mano con tranquilidad, y respondió: -Me corté con un cuchillo. Estaba tajando la carne para el almuerzo y no calculé bien.
-¿Pero estás bien?
-Lo estoy.
El Yúcida no comía, solo escuchaba, mirándome fijamente, pero sin expresión notable.
-Espero que no te haya dolido. No hay nada peor que el dolor -aseguré.

Pero el Yúcida levantó la mano, cortésmente. –No quiero parecer grosero, ni tampoco quiero desmeritar tus ideas; pero eso no es verdad -increpó.

Yo lo miré, asombrado.

-Es simple sentido común. El dolor es bueno, pues actúa como una alarma. Lo verdaderamente dañino es lo que causa el dolor, no el dolor en sí. Te daré un ejemplo: Un sistema de seguridad. ¿Qué prefieres? ¿Que los vecinos te insulten porque tu alarma los despertó, o que te roben?

-La respuesta es obvia -dije.

-Si no hubiera dolor, una pequeña cortada podría infectarse, causando graves consecuencias; y tú solo te darías cuenta cuando ya es muy tarde.

Era verdad. Simple sentido común. El dolor es bueno, lo verdaderamente malo es lo que lo causa. ¡Qué brillante deducción la de mi anfitrión! -Tienes razón -dije, atónito y maravillado. Cada vez me agradaba más el Yúcida, aunque parezca increíble, incluso absurdo.

-Pero no dolió mucho -añadió Luna con ternura, tocándose la venda.

Yo no podía dejar de ver los ojos de ambos. Por un lado, estaban las tranquilas pupilas grises de Luna, que parecían el pacífico mar. En cambio, el poderoso brillo de los ojos amarillos del Yúcida reflejaban los horrores del incontenible fuego.

-Me alegro -dije.

Él me preguntó: -¿Cómo te ha parecido tu estadía?

La pregunta en verdad me extrañó. Aunque era un prisionero era tratado por mis captores como un invitado de honor. A tal punto que había olvidado escaparme.

-Muy buena -respondí.

-Espero que no te hayas aburrido en ningún momento -dijo Luna. Su mirada era profunda, como si de repente ella también hubiera despertado una atracción por mí.

-En absoluto -respondí. Tomé algo de café y me dirigí al Yúcida. -¿Por qué te gusta tanto la música clásica? -pregunté.

Él no me había quitado la mirada de encima en ningún momento. Pero su rostro era inexpresivo, como si estuviera grabado en granito. –Las canciones no dejan nada a la imaginación. Las letras guían al que las escucha a una idea ya definida por el cantante. Incluso, muchas de esas canciones imponen las ideas del autor -tomó un sorbo de café y añadió: -En cambio la música instrumental deja al receptor a merced de su poderosa mente. Aunque da indicios de lo que se desea expresar, el cerebro es el que hace que los sentimientos nazcan.

-¿Y las óperas? -pregunté.

Él se tomó la barbilla, como si buscara su memoria, y respondió: -Hay unas buenas-. Él seguía mirándome con detenimiento, como si escarbaba en mis ojos mis pensamientos. Entonces se levantó y me dijo: -Te pido que me acompañes a la parte más baja de la torre. Deseo mostrarte unos cuadros y unas esculturas.

Asentí de inmediato. Sabía un poco de arte, y me apasionaba aprender de él. De repente vi al Yúcida como un maestro en vez de un demonio.

-Luna, por favor haznos saber sobre el almuerzo -dijo.

Ella, con una expresión bondadosa, asintió.

Bajamos por largas escaleras de mármol negro y barandillas elaboradas, y pasamos salones enormes de pisos lustrosos y voluminosos sillones. Pero después de pasar el sexto salón, sentí que entrábamos a una especie de piso subterráneo. El frío se incrementaba a medida que descendíamos las escaleras, y el aire parecía estancarse. No había ventana alguna, y tanto

escaleras como salones estaban iluminados con lámparas redondas, cuales frutas luminosas. Parecerá extraño, pero el séptimo salón me pareció más enigmático, y los siguientes iban tornándose más lúgubres y miedosos.

Ya en el onceavo salón, él se detuvo frente a una puerta de madera de color granate. Era una puerta pesada y de batientes poderosos.

-A esta parte de la torre Luna nunca baja, así que debo pedirte el favor de que no le menciones nada de lo que verás aquí -me pidió-. Ella sabe de la existencia de «ellas», pero nunca las ha visto -añadió con tono enigmático.

Yo asentí, pero me extrañé.

Él sacó una gran llave dorada del bolsillo y con ella abrió la puerta. Entonces nos internamos a un pasillo larguísimo que tenía colgados sobre la pared varias pinturas hechas sobre lienzo. Todos los cuadros estaban iluminados por unas lamparillas empotradas en el suelo a modo de reflector. Pero las luces eran mortecinas, y al iluminar los cuadros desde abajo les daban apariencias maléficas y terroríficas.

Sin embargo, más terribles eran las imágenes que se plasmaban allí. Yo esperaba alguna obra maestra conocida, pero en cambio me encontré con retratos cadavéricos de risas burlonas. Todos eran imágenes de esqueletos finamente vestidos. Recuerdo una que parecía ser una mujer, con una tiara de plumas carnalescas y un collar de perlas que se apoyaba en sus desnudas clavículas. Otro de los cuadros era un esqueleto que vestía un fino paño negro y una corbata roja. Todos eran del mismo estilo.

Pero, aunque solo eran calaveras, sabía que eran osamentas de personas distintas; no sé el motivo. No eran solo los trajes que les cubrían los blancos huesos. Quizás era la forma en la que le habían posado al pintor, o sus huecas miradas, o sus extrañas sonrisas sin maxilares ni labios. Los fondos de los retratos eran salones distintos, unos más opulentos que otros, y había una constante de oscuridad y sortilegio. Los colores eran opacos, y los esqueletos tenían increíbles detalles, como una falange fracturada o una intensa porosidad en algún hueso determinado.

-Donde tú ves calaveras, yo veo rostros. Nosotros vemos objetos o reflejos que ustedes no pueden ver -me aclaró él-. Hay colores que yo veo que para ustedes no existen, y por lo mismo no tienen nombre en ningún idioma -añadió mientras me invitaba con un ademán a seguirlo por el pasillo, a la vista negra y fija de esas cuencas horribles.

Solo nuestros pasos eran escuchados en el pasillo. Al final de éste había una puerta negra de repujados de acero frío que relucían con las lamparillas del suelo. Tenía un candado muy grande y de color gris.

-Aquí guardo las esculturas -me dijo. Sus ojos amarillos parecían haber intensificado su brillo en medio de esa débil luz. Me atrevo a decir que de su rostro solo sus ojos eran visibles. Además, como vestía una capa oscura su cuerpo tampoco era fácil de detallar.

Tomé aire, pues después de la sorpresa de los cuadros no sabía qué esperar de las esculturas. Él abrió la puerta negra y entró al salón. Yo lo seguí. En el medio del amplio salón había una estatua marmórea de un león alado que parecía emitir un soberbio rugido. Por un momento imaginé el recinto inundado por el imperioso rugir de la bestia. La estatua estaba hecha por una mano maestra con el cincel, pues tenía grandes detalles en su melena y en sus extendidas

alas. El león estaba iluminado por cuatro grandes reflectores, pero estos eran rojos, lo que le daba un aspecto sangriento al animal.

Pero no eran solo las lámparas las que inundaban el recinto de un color escarlata. Aunque podría jurar que estábamos bajo tierra, en las tres paredes había ventanales enormes de vidrios rectangulares y rojos como los labios de la más seductora mujer. Por esos ventanales escarlatas entraba una luz maligna que tornaba el cuarto sanguinario.

En contraste con la luz, el suelo, el techo y las paredes del recinto estaban pintados de negro, lo que daba la ilusión óptica de una oscuridad más intensa, mitigada solamente por esa denigrante luz. El recinto era en verdad aterrador.

Sin embargo, era todavía más aterrador lo que había alrededor de la estatua. En altares negros como el vacío descansaban las «esculturas» del Yúcida, que más que arte consideré un acto horrible y morboso. Cada una estaba iluminada por moribundas teas pequeñas, una a cada costado del altar. Pero las llamas de las teas también eran rojas, y arrojaban una lastimera luz. Todo en conjunto parecía un execrable ritual de una religión desconocida.

-Antes de que Von Hagen siquiera existiera yo ya immortalizaba a mis amadas -aseguró el Yúcida mientras nos acercábamos a uno de los negros altares, donde reposaba una de las supuestas esculturas. Entonces le quitó la mortaja al cuerpo y lo dejó a la luz roja de las teas. La piel del cadáver estaba cenicienta. El cuerpo estaba rígido y frío, además de deformado por horribles y profundos cortes. Sus ojos eran esferas de vidrio gris, lo que tornaba a la muerta todavía más sombría, pues parecía devolver una mirada nublada y desorbitada. Los labios estaban cocidos con hilo negro, al igual que la parte de atrás de una oreja. Un corte en su brazo había dejado una cicatriz blanquecina; quizás todavía vivía cuando se realizó ese tajo. Sin embargo, el resto del cuerpo parecía intacto. Vestía una gala victoriana de color blanco, y tenía sobre la desgonzada testa una diadema de diamantes. Daba un aspecto de mujer adinerada.

-Los huesos fueron unidos con cuerdas de piano, y los gases y fluidos fueron cambiados por líquidos incoloros y sin olor. Es una obra maestra -dijo, orgulloso, mientras mecía el brillante cabello del cadáver con una ternura enfermiza.

Sentí entonces una gran repugnancia. De repente había vuelto a la realidad, y recordé que mi anfitrión no era un maestro, sino un demonio siniestro. Entonces me sentí mareado porque, aunque no había olor, esos ojos de vidrio empañado me subían la hiel hasta la garganta y me producían unas enormes náuseas. ¡¿Dios mío, entonces Luna sería una más de esa horripilante exposición?!

Él pareció leer mis pensamientos, pues dijo: -No te preocupes, que ninguna vivía cuando las immortalicé-. Su tono de voz no había cambiado en ningún momento. Seguía siendo sereno, frío, pero cortés.

-¿Por qué no le muestras a Luna tus actos? -pregunté-. Si ella te prepara la cena, no veo por qué le ocultas tu arte -añadí, intentando disimular el asco y el temor que sentía en ese momento, mas no la indignación.

El Yúcida me examinó con mirada inquisidora, mas su rostro no reflejó nada. Solo sus ojos amarillos brillaban bajo la luz roja y la oscuridad perenne. -Todo a su tiempo- dijo con astucia y tranquilidad.

Yo, para intentar disimular mis sensaciones, me armé de valor y caminé por entre las demás muertas. Todas tenían en vez de ojos esferas grises o blancas. Sus cabellos estaban peinados

de manera distinta, y estaban teñidos de rojo, dorado o negro. Aunque eran cuerpos inertes, casi todas mostraban la belleza que habían tenido en vida. Sin duda habían sido mujeres muy atractivas. Algunas vestían sedas costosas, otras tenían vestimentas más humildes. Pero casi todas vestían al modo victoriano. Solo había tres de las diecisiete que tenían vestimentas medievales, y una tenía un traje elegante de los años cincuenta. Pero por más que lo intenté, no fui más perspicaz que mi anfitrión.

-Quizás tenemos gustos distintos -me dijo, consciente de mi asco al pasearme por entre esos infames altares. Me seguía con la mirada, y yo solo podía verle los ojos. En un momento me pareció que su cuerpo había desaparecido por completo, refundiéndose con las tinieblas de los rincones en donde se posaba para vigilarme. En ese momento me sentí asechado.

-La verdad no sé qué decir -respondí de manera sagaz.

Él pareció sonreír, pero debo aclarar que me pareció, pues solo sus ojos amarillos me eran visibles. -Debo dejarte. Te pido el favor que cierres la puerta al salir. Debo escribir mis memorias, pues he tomado una decisión importante. Si me necesitas estaré en el estudio del cuarto piso. Luna sabe dónde es. No dudes en pedirme algo si lo necesitas -aseguró con cordialidad. Y sin más salió del recinto. Lo vi cruzar con paso calmado el pasillo de los retratos, hasta que desapareció tras la puerta del otro lado.

Apenas el Yúcida dejó el recinto, me sentí todavía más aterrorizado. Me pareció por un momento tener encima todas las vacías miradas de esas inertes amantes. Aunque veía todos esos cuerpos derrumbados sobre los altares, algunos con las blancas mortajas y otros con los brazos colgantes, me sentía espiado. A tal punto que no aguanté tan miedoso silencio, aderezado con esa enigmática luz roja. Entonces subí corriendo, pasando salón tras salón. Finalmente llegué a un cuarto que no recordaba. Allí solo había dos mesillas y dos sillones. Una ventanilla pequeña dejaba ver el día, que poco a poco se arropaba con nubes grises, avisando una fuerte tormenta.

Me senté en una de las sillas por buen tiempo, meditabundo. De repente había vuelto a la normalidad, y había recordado que el Yúcida era un ser perverso. ¿Cómo había olvidado que yo era su cena? Pero más me atormentaba la suerte de Luna. ¡Ella sería disecada como un animal y guardada en un recinto tenebroso!

Mientras todos estos pensamientos atormentaban mi mente, escuché el abrir de la puerta. Entonces entró Luna con rostro de preocupación.

-¿Te encuentras bien? -me preguntó con dulce tono.

Entonces, de manera impulsiva, me lancé a ella y la abracé. Ella al principio intentó evadirme, pero después me devolvió el abrazo. No sé si lo hizo por compasión o por atracción.

Yo dudaba si contarle lo que el Yúcida tenía allá abajo. Si lo hacía podía meterme en enormes problemas con mi anfitrión, pero entonces vi el rostro fino de Luna, y lo acaricié. Ella al principio pareció reacia, pero después se dejó llevar por su ternura y su impulso. Entonces tomó mi mano para que no la quitara, y movió la cabeza para que la acariciara más. Cerró los ojos en ademán de gusto, lo que me impulsó a tomar su rostro entre mis dos manos, y darle un dulce beso que hizo estremecer mi interior como un caudal. Por un momento fui inundado por un vértigo que solo los amantes pueden sentir.

Después del beso hubo un silencio prolongado. Ella permanecía cabizbaja, quizás arrepentida. Sus ojos grises mostraban una gran melancolía y un gran peso formado por la culpa. Yo también permanecí silencioso por unos instantes.

-¿Dónde está Él? -pregunté después de meditar un poco.

-Escribiendo sus memorias -me respondió ella, incapaz de mirarme al rostro.

-Debe ser un libro muy grueso, teniendo en cuenta sus años -dije en son de broma para alivianar la situación.

Ella sonrió. -Son varios libros, unos escritos en idiomas que ya no se conocen -dijo. Se alejó de mí y añadió: -Debo subir. Te haré saber de la cena.

Yo asentí y la dejé ir.

Subí pensativo las escaleras. De alguna manera me sentía culpable, pues Él me había tratado muy bien, y había confiado en mí. ¿Qué estaba pensando? ¡Soy su cena!

Cuando la comida estuvo lista, Luna me llamó a mi cuarto. Apenas entró se sonrojó de inmediato. Alcanzo a creer que dudó más de una vez en ir por mí al cuarto.

-La cena está servida, pero Él se excusa contigo, pues no puede acompañarnos hoy. Está muy ocupado con sus memorias -me dijo. Permanecía de pie, con la cabeza baja y la timidez a flor de piel. Al parecer era incapaz de mirarme a los ojos, y en vez miraba el suelo, bajo mi intimidante mirada.

Entonces yo me levanté, y sin poder olvidar la adrenalina que sentí durante el beso horas atrás, levanté con ternura su rostro y me apresuré de nuevo a sus labios. Ella no opuso resistencia alguna. De hecho, parecía estar esperando esa reacción de mi parte.

La cena, bajo una tormenta furiosa, fue un festín de besos y caricias. Las ventanas se agitaban con el golpe de los vientos, y los cielos se iluminaban de blanco; pero nada de esto nos importó. ¿Cómo describir tan fuertes sensaciones? Sus grises ojos brillaban de amor, y sus labios no dejaban de curvarse a causa de la felicidad que yo le había brindado. Esto se prolongó por varias horas. Durante todo este tiempo no dejamos de estar pendientes de la presencia del Yúcida. Luna bajaba cada hora para ver si Él seguía abajo escribiendo sus memorias. Entonces subía y continuábamos con nuestras infames acciones. Sin embargo, ambos nos sentíamos observados.

Ya estaba bien entrada la noche cuando Luna decidió subir a su cuarto. Yo, extasiado por mi pecado, la deje ir. Subí a mi cuarto, muy agitado pero muy feliz. Me derrumbé sobre mi cama y cerré los ojos. Escuché por un buen rato los golpes de las gotas en la ventana, mientras mi cuarto se iluminaba esporádicamente con fugaces rayos. Entonces sentí que la puerta de mi cuarto se abrió, y vi que el Yúcida estaba bajo el marco, mirándome con serenidad.

-¿Cómo estuvo la cena? -me preguntó. Entonces un rayo tronó en los cielos y me hizo saltar de la cama. En ese momento me sentí desfallecer. Sentí que Él ya sabía de mis injurias, y temí.

-Estuvo bien -respondí.

-¿Qué sirvió Luna? -me preguntó. Su actitud era más de curiosidad que de prueba. Entonces supe que Él desconocía lo sucedido.

-Pastas con carne molida.

-Espero no haberte incomodado, pero vengo a disculparme por no haber asistido a la mesa. En verdad tenía hambre, pero mis memorias me sumergieron, y hasta hace unos minutos acabé.

-No hay problema.

-Espero que Luna haya sido buena compañía -dijo-. Ella es muy tímida, y a veces no es buena conversadora -añadió.

-Fue muy buena compañía -aseguré, al mismo tiempo que otro rayo blanco azotaba las oscuras nubes. Entonces me sentí omnipotente, pues había engañado a un demonio.

Pero mi orgullo decayó casi de inmediato al escuchar al Yúcida. -Ya todo está listo para mañana -dijo-. Será una gran noche-. Y, sin más, se retiró del cuarto, bajo el poderoso sonido del trueno que sacudió la ventana con fuerza.

En ese momento pensé que por fin había finalizado mi visita al mundo de los vivos. Era hora de agradecerle con mi carne al Yúcida por tan grata estancia. Rodé en la cama interminables horas, pensando con temor todo lo que había dejado de hacer en mi vida, y me arrepentí. Y me arrepentí de haber callado mis sentimientos a la gente que amé, y del daño que le causé a la gente buena. Pero había una acción de la que no me arrepentía: Lo ocurrido con Luna. Quizás esa era mi venganza, aunque no sabía si era una venganza efectiva si Él no se daba cuenta. Pero si se daba cuenta mi final sería horroroso, más terrible que el que ya me había preparado. Y también recordé a los cadáveres que descansaban en los pisos bajos de la torre. Y me estremeció el pensar en la suerte de la hermosa Luna. ¿Ella quedaría como un infame recuerdo de una amada pasada? ¿Sus huesos serían atados eternamente con cuerdas de piano?

Sumergido en estos pensamientos, y llevado por un impulso inexplicable, subí al cuarto de la joven. Ni siquiera toqué la puerta, simplemente entré. Ella abrió los ojos con lentitud, pero al verme allí se despabiló del todo. Entonces me apresuré a ella para contarle todo con respecto a los salones inferiores.

Entonces todo sucedió muy rápido. Sentí que a ella la halaron con una fuerza bestial. Y de repente sentí una fría mano en mi cuello. La mano me apretó con fuerza descomunal, semejante a la de una máquina poderosa. Me sentí muy sofocado. No podía respirar, y no sabía lo que había sucedido. Solo podía ver esos ojos amarillos brillar de ira y rencor.

-¿Cómo te has atrevido, miserable mortal?! -exclamó Él con voz tempestuosa y ronca. En ese momento un rayo iluminó la estancia, y su pálido rostro fue visible por completo.

Yo no podía respirar. Entonces, hostigado y débil, caí de rodillas, mareado por el dolor en mi garganta y la falta de aire.

Él, bajo truenos furiosos y rayos fugaces, siguió estrangulándome con una sola mano, como si yo tuviera la fuerza de un infante. Sus dientes se apretaban tras sus labios sellados, y sus ojos fulguraban. Tenía el rostro pálido y las manos frías. Pero de repente me soltó el cuello, sin cambiar la furiosa expresión. Entonces me miró con una crueldad que jamás pensé podía tener, y dijo con voz severa mientras la tormenta proseguía: -Escribirás toda tu infamia. Desde que llegaste hasta el día de hoy. Tienes dos días. Después me daré un banquete contigo. Calmaré mi sed con tu sangre, y mi hambre con tu carne. Si te niegas a mis designios, haré que tu tortura dure siete semanas. Desearás la muerte, pero no te la concederé.

Entonces, quizás por delirio, vi que tras el Yúcida estaban las muertas, mirándome con esas pupilas blancas, con sardónicas sonrisas visibles por sus labios carcomidos, con sus vestidos sangrantes como si sus heridas hubieran revivido, y con sus pálidos rostros. ¡Ellas vigilaban! ¡Esas malditas muertas de ojos vidriosos me habían delatado!

Ahora bien, eso pasó el día de ayer. Mañana será una exquisitez de culinaria. De vez en cuando me pongo a pensar cómo me preparará el Yúcida. Quizás haga conmigo un succulento *gulash*, o quizás me prepare a la plancha, o me acompañe con manjares y postres, o muele mis huesos y mi carne y me prepare en una sopa... Todos estos pensamientos me hacen saltar una sonrisa, quizás de miedo o de resignación.

Hasta ahora supe que el Yúcida me había estado esperando en el cuarto de Luna, oculto en la oscuridad y alertado por sus fúnebres amantes. La verdad creí que estaba entrando en un fuerte delirio, pues siempre que estaba con Luna me sentía observado, y creí que en esos vertiginosos momentos tenía sobre mí los ojos vidriosos y vacíos de las amantes. Después supe que no me equivocaba.

Bien, creo que ya escrito esto cumplí con los deseos del Yúcida. Ya relaté todo lo ocurrido durante estos días. La tormenta aún no se detiene, y hace unos instantes un rayo iluminó este cuarto. En la ventana no deja de caer agua, distorsionando el paisaje, y el sonido en el techo no cesa. Estoy en la cámara más alta de la torre, prácticamente prisionero, aunque es un cuarto bien amoblado y cómodo.

Pero narraré lo que sucedió hace menos de diez minutos. Lo haré para que se sepa de mi miserable suerte. Hace unos minutos Luna entró a mi cuarto, sollozando de dolor. Sus ojos hinchados y rojos delataban su noche larga y triste. Sus grises pupilas mostraban melancolía, sus labios estaban secos y sus mejillas enjugadas de lágrimas.

Entonces se arrodilló, a modo de ruego, y me dijo: -¡Por favor, perdóname!

Yo meneé la cabeza. -La culpa fue mía.

-Pude haberte dicho que el Yúcida también estaba en mi cuarto cuando tú llegaste. Pude haberlo hecho -se reprochó en medio del llanto.

Volví a menear la cabeza. -La culpa fue mía- volví a decir.

Pero ella me tomó los pies, e insistió. -¡Por favor! -exclamó- ¡Dime que me perdonas! ¡Hazlo! Tanto era su desespero, que asentí. -Te perdono -le dije.

Entonces ella pareció quitarse un peso de encima. Se limpió las húmedas mejillas con las mangas y se levantó. -Ahora espero que Dios me perdone -añadió. Entonces me pasó un libro muy grueso, de pasta negra y grabados dorados. -Pero sé que nunca me perdonará -aseguró. Y, sin más, salió de la habitación.

El libro eran las últimas memorias del Yúcida, escritas hasta el día de ayer antes del altercado. ¡Ay, de no haber sido por mi impulso! Las leí de manera fugaz. En ese momento supe que no estaba loco, pues los cadáveres caminaban por la torre, susurraban y llevaban mensajes. También entendí la decisión que el Yúcida había tomado cuando estábamos en la parte baja de la torre. Y solté una amarga risa de ironía y locura al leer la última línea de sus memorias:

«Es un joven agradable. Ya lo he decidido: Le voy a perdonar la vida».

LA DESAPARICIÓN DE AMANDA

El reporte policial decía que la pequeña Amanda, de tan sólo un año, había desaparecido de su cuarto sin dejar rastro. Quien hizo la denuncia fue su madre que, destrozada, veía cómo la habitación permanecía vacía. La noche anterior había acostado a la bebé en la cama, y al día siguiente simplemente ya no estaba. Sus padres la buscaron por todos lados, pero al ver que la ventana estaba sin seguro pensaron lo peor: Quizás un desconocido había entrado a la habitación y la había raptado.

Casi de inmediato...

Formato incompleto.